



El futuro nos espera

José Antonio Gómez





José Antonio Gómez

El futuro nos espera

ePUB v1.0

SMAGX01.12.15

más libros en epubgratis.org

Primera edición: Diciembre 2015
© José Antonio Gómez Hernández
ISBN: 978-1522710141

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros medios, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

A Mari Ángeles, Belén, Manu, Cristina, Juanfran, Visi, Silvia, Virginia, Nacho, Ana, Kika,
las dos Charos, Rosa, Almudena, Susana, María, Sole, Begoña y Concha, por
arrancarme una sonrisa en los momentos más duros y por demostrarme que la vida
es algo más importante que vivir.

*Sperare che domani arrivi in fretta e che
Svanisca ogni pensiero.
Lasciare che lo scorrere del tempo renda
Tutto un po' più chiaro
Perché la nostra vita in fondo non è
Nient'altro che
Un attimo eterno*

[\[1\]](#)

Veronica Scopelliti

Abrió los ojos, vio el techo blanco de su habitación y se dio cuenta de que ese día podría

ser el último. En las últimas semanas se sintió perseguido aunque lo achacó a la paranoia tras las amenazas recibidas por haber tenido el valor de presentar su candidatura a las elecciones. Se cruzaba con personas a las que no había visto nunca por su barrio. Contemplaba desde la ventana del salón cómo siempre aparcaban coches que no eran los habituales y permanecían en el mismo lugar hasta el amanecer, momento en el que era relevado por otro. En una ocasión creyó ver cómo de la ranura de la ventanilla entreabierta salía un hilo de humo azul. Sin embargo no logró ver el brillo del cigarrillo. Por detalles así achacaba a su imaginación los hechos extraños que percibía.

Sergio Pan era el candidato de la coalición de los partidos de la izquierda creada para enfrentarse en unas elecciones al partido del Gobierno, al partido que llevaba gobernando España desde hacía más de ocho años. Estos comicios eran los primeros que se celebraban en España tras la prórroga de la legislatura que había impuesto el Partido Conservador gracias a su mayoría absoluta y a las presiones ejercidas por los poderes fácticos al Jefe del Estado para que firmara dicha resolución. La crisis económica había convertido a España en un país deprimido, donde los que habían tenido trabajo lo perdieron sin esperanza alguna por recuperarlo en las mismas condiciones. El pueblo comenzó una revolución pacífica llenando las plazas del país de mensajes de desapego hacia la clase política y culpando en exclusiva a ésta de sus males. Por otro lado, comenzó a correr como la pólvora que el Partido Socialista era el verdadero culpable de la situación. Al fin y al cabo, era quien gobernaba en aquellos años que, con todo lo que había ocurrido en los tiempos posteriores, parecían ya tan lejanos como lo podían ser la desamortización de Mendizábal o la firma del Tratado de Tordesillas cuando realmente apenas habían pasado ocho años. Los socialistas podían tener responsabilidad en ello, sin embargo, los verdaderos culpables eran los que llegaron al poder a través del engaño y la mentira. Hacía ya casi ocho años de aquel asalto al poder y las cosas no habían hecho más que empeorar para el pueblo. Con la excusa de la crisis económica, del cumplimiento de los objetivos de déficit, de la reducción del gasto del Estado, se pusieron los pilares para la destrucción del Estado del Bienestar y de los principios democráticos. Se comenzó a perseguir a aquellos ciudadanos que tenían el valor de salir de la apatía para protestar contra el asalto a la democracia que estaba perpetrando el Partido Conservador. Después de los años duros del franquismo los ciudadanos habían logrado conquistar derechos y libertades que los conservadores habían eliminado. Comenzaron destruyendo todo el sistema educativo para favorecer a la Iglesia y los centros privados. Continuaron con la privatización de la sanidad pública alejándola de los cánones de calidad asistencial que el sistema universal de atención de la salud garantizaba para todos gracias al principio de igualdad. Posteriormente atacaron a las libertades civiles reconocidas en la Constitución con una legislación más restrictiva que la que existía en el franquismo. También destruyeron el sistema de pensiones para favorecer a los intereses de la banca y a sus planes privados. Se le entregó el poder de la legislación laboral a los empresarios con una Reforma Laboral que garantizaba a éstos la posibilidad de explotar a los trabajadores. También atacaron a la independencia judicial y legislaron para alejar la justicia de los ciudadanos de a pie

eliminando de facto el principio de igualdad con unas tasas que impedían defenderse a las clases medias y bajas de los abusos de las élites.

Fueron cuatro años negros para el ciudadano de a pie que sufrió el desempleo, la precariedad y el hambre en unas cotas que no se recordaban en España desde la posguerra civil. Sin embargo, el principal atentado no había llegado aún. A falta de seis meses para las elecciones el Partido Conservador utilizó su mayoría absoluta en el Parlamento para aprobar una serie de Reales Decretos que modificaban unilateralmente la Ley Electoral y permitían que el Ejecutivo pudiera prorrogar la legislatura hasta un máximo de cuatro años. De ese modo hurtaron a los ciudadanos su derecho al voto. Lo peor de todo fue la justificación que dieron: lo hacían porque el país necesitaba que las reformas que habían implementado durante esa primera legislatura no podían echarse para atrás y era casi obligatorio la profundización en las mismas, por el bien de España y de los españoles. Realmente era un subterfugio que escondía la intencionalidad de crear durante otros cuatro años un régimen pseudo-democrático e imponer a los ciudadanos la ideología conservadora en su versión más maximalista para que en las elecciones que se celebrarían en 2019 se garantizara su eternización en el poder, dejando poco margen de maniobra a la oposición democrática.

El Partido Conservador creó un sistema de represión política y de opinión que prácticamente anuló cualquier discrepancia por parte del resto de partidos. Legislaron para que cualquier conato de protesta fuera considerado un delito. Metieron el miedo en el cuerpo al pueblo y el pueblo respondió positivamente a ese miedo: se quedó quieto en su casa tragando todos los atropellos a los derechos y libertades. El Presidente se arrogó poderes más propios de un Jefe de Estado que de un Primer Ministro. Nadie hizo nada porque las fuerzas de seguridad se habían convertido en fuerzas de represión. Comenzaron las purgas y las detenciones de políticos de izquierda y sindicalistas, además de personas que aun siendo ideológicamente afines al Partido Conservador discrepaban del autoritarismo impuesto. Varios medios de comunicación de la prensa libre fueron cerrados acusados de informar en contra de los intereses del país. Cientos de periodistas que quisieron utilizar su libertad de expresión fueron purgados y encarcelados. España se convirtió en un Estado policial.

Al miedo por la seguridad personal se unió el miedo a perder el empleo. El Gobierno decidía quien podía mantenerlo o era expulsado del mercado laboral. Al no haber representantes de los trabajadores los empresarios pudieron imponer unas condiciones de trabajo rayanas a la esclavitud. Si un español perdía el empleo era llevado a realizar trabajos obligatorios que en otros tiempos eran desarrollados por los funcionarios. Evidentemente, el Estado no pagaba por el tiempo de trabajo forzoso. Por tanto, había miedo también a perder el empleo. Mucho miedo y en base a ese miedo lograron imponer un régimen pseudo fascista

Por otro lado, el Partido Conservador generó una serie de amenazas externas con el fin de incrementar otros miedos. Se produjeron sabotajes a infraestructuras clave, atentados que fueron imputados a grupos terroristas islámicos pero que, en realidad, estuvieron promovidos por el propio Gobierno. Todo parecía sacado del guion de la película *V de Vendetta*. El Presidente cada día se iba pareciendo más al «líder» contra el que luchaba el enmascarado *V*.

España iba recibiendo día sí y día también condenas por parte de instituciones como la ONU, advertencias por parte de la Unión Europea de incumplimientos flagrantes de leyes de obligada aplicación en Europa, denuncias de organizaciones de defensa de los derechos humanos. Todo daba igual y todo era lo mismo. El Gobierno del Partido Conservador gobernaba tal y como lo

hubiera hecho un dictador con la coartada de que ellos estaban ahí porque el pueblo lo había decidido ocho años antes. Tal era la presión internacional que al final el Presidente decidió convocar nuevamente a los españoles a las urnas. Los partidos tradicionales y los de nueva creación fueron haciendo alianzas según su ideología para, de este modo, intentar ganarse a los ciudadanos, ganarse su voto por encima del miedo. No se permitió una campaña electoral al uso sino que se hicieron grabaciones televisivas que eran censuradas en todos los medios posibles para que los diferentes candidatos no pudieran enviar un mensaje completo a los ciudadanos. El único que tenía el derecho de exponer su mensaje íntegro era el Presidente. Realmente llegaron a pensar que nadie se atrevería a presentar candidatura alguna. Pusieron a las Fuerzas de Seguridad del Estado a rastrear cualquier posible filtración de los mensajes de los candidatos opositores a través de internet o de Redes Sociales imposibilitando de ese modo que el mensaje llegara por vías secundarias a los receptores que debían votar. Como dijo alguien en el franquismo, «todo estaba atado y bien atado», no podía haber otro resultado que el de la victoria del Partido Conservador.

Sin embargo, había una sensación rara que volaba por el ambiente de aquella mañana, esa misma sensación que se tiene en la boca del estómago cuando acecha un peligro o se avecina un acontecimiento dichoso. Sergio salió de su casa con la sensación de que algo iba a cambiar y por eso dejó de lado sus paranoias para encaminarse al colegio electoral donde le correspondía emitir su voto. Algo iba a cambiar, pero ¿cómo?

Paseó hasta el quiosco donde compraba la prensa desde hacía más de 20 años y estaba cerrado. Le hubiera parecido extraño en cualquier día pero recordó que el Gobierno había prohibido la salida de ninguna publicación en el día de las elecciones con la excusa de no contaminar la intención de voto. Como tantas otras decisiones tomadas por el Partido Conservador las explicaciones a la idoneidad de las mismas eran absurdas. Esta era una más que no encerraba otra cosa que la necesidad de que todos los que no habían querido dar su intención en las encuestas realizadas, una masa de indecisos de más del 60%, pudieran cambiar su voto hacia las candidaturas alternativas en vez de depositar su confianza en quienes llevaban gobernando ilegítimamente desde hacía casi una década. El miedo era una de las bazas electorales del Partido Conservador, el miedo, ese sentimiento que provoca que el ser humano reaccione o se comporte de manera distinta a lo que sus propias convicciones le dictan.

Se dirigió a tomarse un café al bar de su amigo Salazar, el mismo bar donde su padre desayunó hasta el día antes de morir, el mismo bar donde su abuelo se tomaba un sol y sombra antes de irse a la fábrica de cerveza donde trabajaba, el mismo bar que no había cambiado nada y que del mismo modo en que servía a distintas generaciones del barrio había ido pasando por las diferentes generaciones de la familia Salazar. Era uno de esos establecimientos por los que aunque pasaran los años daba la sensación de que el tiempo se quedaba en la puerta. Las mismas mesas de hierro con una tabla de mármol blanco, la misma barra de madera y mármol blanco, el mismo espejo detrás de aquélla. Lo único que había cambiado eran las cosas que el paso del tiempo había ido imponiendo a los bares: la tragaperras, las marcas de las bebidas, la televisión, la caja registradora y la cafetera. El tiempo no pasaba por el bar de Salazar pero su paso sí que se notaba en Sergio.

Mientras esperaba a que le sirvieran su café con leche se vio reflejado en aquel espejo que una vez tuvo propaganda de Anís El Mono. Tal vez fuera por día que era o por la paranoia de sentirse perseguido. Tal vez fuera por verse en un espejo diferente al de su cuarto de baño. Fuera por lo que fuere se contempló y vio el paso del tiempo. En los últimos años había perdido

mucho pelo y el que le quedaba se había encanecido a pesar de que apenas había superado los 42 años hacía un par de semanas. Su mirada azul que en otros tiempos era luminosa y estaba llena de vitalidad ahora no mostraba más que preocupación y cansancio, una mirada casi opaca enmarcada por unas ojeras grises. También pudo ver cómo había perdido mucho peso, que estaba demasiado delgado. Nunca fue una persona con más peso del que le correspondía a su metro ochenta de estatura como tampoco había estado tan delgado como mostraba el espejo. Pero lo que más le sorprendió fue que había perdido la alegría. Sus ojos, su nariz chata, su boca no transmitían nada que no fueran preocupaciones. Incluso sus hombros lo denotaban. En estas estaba cuando atronó la voz de Salazar:

— ¿Qué pasa Presidente? —desde que se supo que Sergio se presentaba a las elecciones le llamaba así. Al principio con la guasa típica de los camareros con los que se adquiere una confianza casi de amistad aunque sólo se comparta con ellos el tiempo necesario para tomar un café cada día—. Joder, Sergio, parece que vas a un entierro. Venga, macho, que hoy es tu día.

— A ver, a ver... —respondió con resignación.

— Venga, coño, que hoy voy a poder presumir de que soy el proveedor oficial de café con leche del nuevo Presidente —le dio un par de palmadas en el hombro y le puso la taza de café con leche.

— Ya veremos cómo va el día. No sé por qué pero creo que no van a ser unas elecciones como las de antes —respondió moviendo el azúcar—. ¿Tú vas a ir a votar?

— Claro. En cuanto mi hermano se haga cargo de la barra voy y ya sabes que mi voto es para ti, como el de toda la familia.

— Muchas gracias, pero lo no pregones mucho, no quiero que tengas problemas.

— ¿Por qué iba a tener problemas? ¿No son unas elecciones libres? ¿No estamos en un país libre? —y comenzó a reírse a carcajadas. La ironía era una de las virtudes de Salazar y la utilizaba con la sabiduría de quien está detrás de una barra.

— Eres un cabronazo —espetó con una media sonrisa Sergio. Terminó su café y sacó unas monedas del bolsillo, pero Salazar se lo impidió.

— Este va de mi cuenta, no vaya a ser que ganes y la prensa sepa que te cobré el café —y le guiñó un ojo—. Suerte y ten cuidado.

— Gracias, mañana te veo.

Pero ese «mañana te veo» le sonó a despedida definitiva, no sabía por qué.

¡ARRIBA!

Cromacio Vila era el Presidente del Gobierno del Reino de España. Siempre lo había querido ser y por esta razón entró en política durante el franquismo. Fue un hombre del Movimiento Nacional, redactor del diario *Arriba* en Valencia, su tierra natal, oficio con el que se pagó sus estudios de Ingeniería de Caminos y las posteriores oposiciones. Nunca ejerció esa profesión porque la política le imbuyó y el Movimiento Nacional le retribuyó con una alcaldía de un pueblo que no conocía y con un puesto de Gobernador Civil de Toledo del que tomó posesión con apenas 30 años. Siempre se tomó el poder como un hecho predestinado para aquellos que pertenecían a ciertas clases sociales. No entendía cómo otros países podían ser mejores que España siendo gobernados por personas provenientes de clases bajas o medias. Sin embargo, la muerte de Franco, la llegada de Juan Carlos a la Jefatura del Estado, los primeros intentos aperturistas de Fraga y Arellza, la «dimisión» de Arias Navarro y la llegada de Adolfo Suárez a la Presidencia, la Ley de Reforma Política de Torcuato Vila Miranda, el Referéndum donde los españoles decidieron terminar con el franquismo e iniciar el camino hacia la democracia, la legalización de todos los partidos políticos de oposición incluidos los comunistas y las elecciones de 1977 fueron acontecimientos que Cromacio Vila vio con alarma y esperando que alguien diera un vuelco a la situación con un golpe de mano como el que Franco y Mola dieron el 18 de julio de 1936. No entendía cómo los españoles habían decidido cambiar el Régimen por la democracia cuando Franco les había dado la paz y la prosperidad. No entendía cómo el heredero de la obra de Franco, Juan Carlos de Borbón, se había dejado embaucar por quienes habían estado arrastrándose por las cancillerías europeas para atentar contra la Patria. No entendía cómo prohombres del Movimiento, que habían medrado gracias al Régimen del 18 de julio traicionaron sus juramentos y desataron los nudos gordianos que parecían que jamás podrían ser desenredados. No entendía cómo se permitía que los comunistas y los socialistas camparan a sus anchas. En aquellos primeros años de democracia, durante los primeros gobiernos de Adolfo Suárez, aún tenía esperanzas de que ese cambio, de que esas reformas no fueran más que una tormenta de verano y que los españoles volverían a pedir que se volviera al Régimen, que se retornara al partido único y se ilegalizaran los de la oposición, lo mismo que con los sindicatos. Por eso se presentó a senador en las Elecciones de 1977 por el partido de Blas Piñar, elección ésta que le dejó sin ningún puesto en la política activa. Esas no eran las condiciones que él esperaba; esas no eran las condiciones por las que había abandonado un futuro profesional prometedor para vivir de la política. Aun así él continuó defendiendo los valores del Régimen e hizo campaña por el «No» en el Referéndum para la aprobación de la Constitución, un texto legal que, según Cromacio Vila, borraba del mapa lo poco que podía quedar de la obra de Franco, un texto legal diseñado por socialistas, comunistas, nacionalistas y traidores al Movimiento. Sin embargo, los españoles fueron muy claros de nuevo: querían que España fuera un Estado democrático donde el pueblo fuera soberano y no un país donde se dependiera del capricho o la arbitrariedad de la voluntad de una sola persona que, además, no había sido elegida por ellos sino gracias a un golpe de Estado. Sus pretensiones de ascender en política a costa de lo que fuera, incluso de su propia ideología,

hizo que abandonara el partido de Blas Piñar para afiliarse a la Alianza Popular de Manuel Fraga que aunque podía haberse fundado por traidores al Régimen, según su modo de pensar, representaba algunos valores con los que él estaba de acuerdo. La capacidad de Cromacio Vila para ascender dentro de la organización sorprendió a muchos y logró el escaño de senador que con Piñar no consiguió. Cuando el 23 de febrero de 1981 el Teniente Coronel Antonio Tejero Molina asaltó el Congreso y el General Milán del Bosch sacó a los tanques en Valencia Cromacio Vila deseaba con todo su corazón que el golpe de Estado ganara aunque ante los que le rodeaban y en alguna entrevista que concedió a los medios de comunicación expresó indignación por el atentado contra la democracia que se estaba perpetrando. En 1982 ya era diputado por Segovia, escaño que mantuvo en las dos siguientes legislaturas. Fue en 1990 cuando entró a formar parte de la Ejecutiva Nacional y cuando en 1996 alcanzaron el poder él fue uno de los elegidos para ser ministro, puesto que no dejaría de ejercer en diferentes carteras. Para las Elecciones Generales de 2004 ya era el candidato a la Presidencia de Gobierno del Partido Conservador. Perdió, como volvió a perder en 2008. En cualquier partido político un líder que no fuera capaz de recoger la confianza de sus ciudadanos en dos citas electorales hubiera conllevado su dimisión o su cese por parte de los órganos internos. Sin embargo, Cromacio Vila había creado un régimen dentro del Partido Conservador que prácticamente blindaba su liderazgo ante posibles discrepancias. Fue la crisis económica la que le llevó a la Moncloa, bueno, la crisis y un programa electoral que se podía haber redactado en un pub en una noche de borrachera puesto que todos dentro del partido sabían que tenía como fecha de caducidad el día en que Cromacio Vila fuera investido como Presidente de Gobierno ya que, una vez logrado esto, comenzaba el tiempo donde imponer a los españoles un programa oculto que de haberse hecho público nadie, ni siquiera los suyos, hubieran refrendado con su voto.

Después de ocho años siendo Presidente fumaba tranquilamente en el despacho de la sede de su partido. No se le veía inquieto a pesar de que la jornada electoral no estaba yendo como él pensaba. Creyó que el miedo que habían implantado sobre todo después de prorrogar su mandato de manera unilateral iba a provocar una baja participación y que la gran mayoría de quienes se acercarán a los colegios electorales serían los suyos. Sin embargo no estaba siendo así y las imágenes de televisión que sólo él había visto porque no fueron emitidas para no llamar a la participación, para no generar el deseo de ir a votar a aquellos que no lo tenían si se vieran las colas que en algunos lugares se habían formado. Nuevamente los españoles habían hecho lo contrario de lo que él pensó, nuevamente los ciudadanos daban la espalda al miedo, se lanzaban a ejercitar su derecho al voto y ejercían su soberanía, la que les otorgaba la Constitución.

Sin embargo, él estaba muy tranquilo sentado en el sofá donde recibía a los cargos del Partido Conservador, donde solía echarse alguna que otra siesta después de largas mañanas de ejercer el poder. Miraba abstraído las volutas de humo de su cigarrillo con la tranquilidad de quien no tiene nada que hacer y que sabe que no se dejó nada pendiente por hacer. Silencio, humo y más silencio porque la televisión tenía el volumen a cero. En esto alguien llamó a la puerta.

— Adelante —dijo el Presidente mientras se incorporaba y apagaba el cigarrillo en el cenicero.

Alejandro Mendoza, uno de los altos cargos del partido, entró con expresión de susto y con mucho desasosiego. Llevaba un folio en la mano. Era un hombre joven, de los de la nueva hornada, de los que habían nacido en democracia y no vivieron durante el Régimen. Cromacio Vila pensaba que hubiera llegado alto en el franquismo, pero nació demasiado tarde. A pesar de su juventud el hombre que acababa de entrar tenía marcado en su pelo y en su rostro el

peso de la responsabilidad. Era delgado, alto, casi dos metros de humanidad con los ojos azules que enmarcaban una larga nariz. Usaba gafas de diseño porque pretendía ofrecer un aspecto de modernidad ante la sociedad, imagen que un partido de ideología liberal y conservadora no podría dar jamás por sí solo.

— Señor Presidente, tengo los datos de participación a las seis y media —dijo con un tono de alarma.

— ¿Y? —respondió el Presidente con tranquilidad.

— Ya ha superado el setenta por ciento y aún queda una hora y media para que cierren los colegios.

— Tranquilo Alejandro, ya lo imaginaba. No te preocupes, ganaremos. ¿Se sabe si nuestra gente ha respondido?

— Antes de las tres ya habían votado todos.

— Perfecto, no se podía esperar otra cosa. Con sus votos y con los que nos apoyan desde el silencio tenemos el triunfo en nuestra mano. ¿Te quedas más tranquilo?

— Si usted está convencido, todos debemos estarlo, pero nuestra gente apenas suponen un veinte por ciento del censo —su tono de alarma no se había calmado a pesar de la tranquilidad que transmitía Cromacio Vila.

— En serio, Alejandro, tranquilo. Ahora debes salir a dar esos datos a los medios, pero déjalos en un cincuenta y uno por ciento —le espetó el Presidente mirándole por encima de las gafas y encendiéndose otro cigarrillo.

— De acuerdo, señor Presidente. ¿Necesita algo más?

— Sí. Dile a Neus que venga a mi despacho.

En apenas cinco minutos Neus Yuste entró en la habitación. Ella no aparecía en ningún organigrama del partido, tampoco tenía ningún cargo político en ninguna institución. Sin embargo, tenía mucho poder interno. Nadie hacía nada sin consultarlo con ella. Ningún documento salía del partido sin consultarlo con ella. Nada se movía sin que ella diera el visto bueno y, en el caso de que el asunto trascendiera de la organización y tuviera repercusiones en los intereses del Estado, era Neus quien se lo trasladaba directamente al Presidente. El no tener cargo alguno la libraba del desgaste ante los medios de comunicación y de la opinión pública lo que le dejaba el tiempo completo para dedicarse en exclusiva a ser quien realmente dirigía el partido, ella y su equipo. Se trataba de una mujer de edad indefinida y un gran atractivo, lo que la hacía deseable a pesar de no ser hermosa. Aunque había tenido cuatro hijos su cuerpo no se había resentido de las maternidades. Era una MILF con la que cualquier hombre hubiera querido tener un affaire pero a la que nadie se hubiera atrevido a proponérselo porque su mirada gris azulada ponía una barrera impenetrable que haría temblar al más osado. Siempre vestía ropa de lujo. Muchos diseñadores se peleaban por aceptar un encargo de Neus Yuste aunque fuera sólo para una chaqueta ya que tenía un cuerpo que hacía que todo le quedara bien.

Cuando entró en el despacho llevaba una carpeta bajo el brazo. El Presidente la esperaba paseando.

— Hola Cromacio, ¿me llamaste?

— Sí, claro. ¿Cómo va todo?

— Tal y como pensamos. La gente es como es.

— Seguro que tienes algún dato de esos tuyos que me aclare cómo va realmente el día —dijo el Presidente con una media sonrisa—. Por cierto, ¿un piti? —y le tendió un paquete de Marlboro Light que ella cogió y del que extrajo un cigarrillo. Se quedó esperando a que él le ofreciera fuego, cosa que hizo de inmediato.

— Tengo dos datos interesantes. Antes de que me llamaras íbamos perdiendo por diez puntos.

— ¿Cómo puedes saber eso? —preguntó el Presidente con expresión de sorpresa porque lo que Neus le decía era a tiempo real y eso era totalmente imposible antes de que comenzara el recuento de votos.

— Todas las papeletas están marcadas con un código que un sistema de escáner instalado en las urnas lee en el momento en que el ciudadano introduce su voto. Ese sistema envía los datos en tiempo real a un servidor privado y así tenemos una imagen real de lo que la chusma está votando.

— Eres increíble, de verdad. ¿Y el segundo dato?

— Sergio Pan y Martha Golfín han cerrado verbalmente una coalición de gobierno porque piensan que con la alta participación que están viendo es probable que para echarnos necesiten coaligarse.

— Los diez puntos de diferencia de los que hablabas eran con esa coalición, ¿verdad?

— No, es con los rojos de Sergio Pan. Golfín apenas tiene un diez por ciento de los votos.

— ¡Mierda! —gritó el Presidente pegando un golpe en el brazo del sofá—. Eso sí que no me lo esperaba.

Cromacio Vila se quedó pensativo enfocando su mirada en un cuadro horrible que el fundador del partido había comprado hacía años y que, por respeto a su memoria, no había retirado. Neus sabía que cuando le ocurría eso era el momento en que había que mantenerse a su lado compartiendo el silencio. Eran sólo unos segundos, como mucho un par de minutos en los que se podía casi oír la maquinaria del cerebro presidencial a pleno rendimiento. Sin dejar de mirar al cuadro el Presidente dijo:

— Iniciamos Office.

— De acuerdo, vamos a ello —Neus se levantó del sofá con tranquilidad pero se encaminó de manera apremiante hacia la puerta.

Sergio Pan cogió un taxi para dirigirse al hotel donde la coalición de partidos de izquierda

había montado su cuartel general. Se trataba de un establecimiento humilde pero que les puso a su disposición lo necesario: un salón para las ruedas de prensa y habitaciones con la posibilidad de que funcionaran como salas de trabajo. No precisaban más. Se había elegido un hotel así porque a priori no se esperaba un triunfo habida cuenta de la campaña manipulada vivida. A los españoles no les había llegado ni la mitad de las propuestas que su coalición tenía en el programa electoral. Sólo quienes se acercaron a los actos de campaña tuvieron esa oportunidad, pero en algunos casos apenas llegaban al treinta por ciento del aforo, y eso que sólo habían contratado pequeños auditorios o teatros. Los grandes mítines del pasado habían pasado a la historia porque el miedo impuesto por el Gobierno provocaba que la gente se quedara en casa a modo de prevención ante posibles represalias oficiales.

La coalición de los partidos de la izquierda, Democracia y Libertad, había redactado un programa electoral donde se daba por sentado que España había perdido casi una década en derechos y libertades. Por esta razón proponían derogar todas las leyes del Partido Conservador que atentaban contra la soberanía nacional, contra la democracia y que, aunque eran claramente inconstitucionales, habían pasado el filtro del Tribunal Constitucional por el control que se tenía desde el Gobierno del órgano que tenía como obligación proteger a los españoles de los abusos a los derechos que tenían reconocidos en la Carta Magna pero que, de hecho, se vulneraban cada día que pasaba siendo Cromacio Vila el Presidente de Gobierno. Por tanto, proponían como punto de partida de su acción de gobierno la situación en la que se encontraba el país antes de que el Partido Conservador se apoderara del poder y, de este modo, afrontar las reformas necesarias que precisaba en país, incluida la propia Constitución, para, en primer lugar, blindar los derechos y libertades de los ciudadanos para evitar situaciones como las vividas en los últimos ocho años. En segundo lugar, adaptar las leyes a las necesidades reales del pueblo que, las necesidades que habían cambiado después de casi cuarenta años sin que se hubiera movido un dedo para que la realidad de la calle se adaptara a la realidad política. El sistema se había quedado caduco en algunos aspectos y era necesario cambiarlo. Por esta razón Sergio Pan tenía en mente, junto con sus socios, que si los españoles les daban su confianza la siguiente legislatura tuviera un carácter constituyente y, una vez terminado el trabajo, someter dichos cambios a la voluntad del pueblo a través de un referéndum. Si los españoles avalaban con su voto dichas reformas Democracia y Libertad convocaría nuevas Elecciones Generales.

Una vez le dio la dirección del hotel al taxista Sergio Pan se quedó mirando la calle y constató que había un movimiento inusitado de gente. Se sentía optimista porque la participación había sido muy superior a la esperada y, a menor abstención, sus posibilidades eran mayores porque

el apoyo al Partido Conservador tenía un techo. El solo hecho de que la gente se hubiera lanzado a votar en masa quería decir que por unas horas habían tenido el coraje de ejercer sus derechos y habían perdido el miedo. Viendo la afluencia al colegio electoral donde ejerció de interventor decidió llamar por teléfono a Martha Golfín, la lideresa de una coalición de partidos de centro-derecha creados por personas que habían pertenecido al Partido Conservador y a los que Cromacio Vila había expulsado por sus discrepancias con las decisiones que se tomaban desde el Gobierno. La gente de España es Democracia era de derechas, sí, pero eran demócratas convencidos. Además, había un feeling especial e inexplicable entre Sergio y Martha. Sabían que tenían discrepancias ideológicas pero ponían siempre el consenso necesario en democracia por delante de intereses partidistas, y Martha Golfín estaba de acuerdo en muchas cosas de las que proponía Sergio Pan. Por eso la llamó y en apenas diez minutos de conversación habían cerrado un acuerdo por el que se apoyarían para restaurar un verdadero régimen democrático, un verdadero Estado de Derecho, fuera quien fuera quien tuviera más votos.

El taxista miraba constantemente por el retrovisor y, finalmente, dijo:

— Usted es Sergio Pan, ¿verdad?

— Sí —respondió intentando hacerle ver que no quería conversación, que no quería que nadie le sacara de sus pensamientos.

— Perdone que insista...

— Mire, es que no tengo muchas ganas de hablar —le interrumpió, pero el conductor parecía no darse por vencido y continuó hablando.

— ... pero nos están siguiendo desde que hemos salido del colegio.

Sergio Pan miró disimuladamente por el cristal trasero. El aviso del taxista despertó de nuevo el estado de alarma que él creía que le estaban convirtiendo en un paranoico. Sin embargo, no vio nada extraño, sólo el tráfico habitual de un domingo por la tarde.

— ¿Por qué dice usted eso? Yo no veo nada raro, sólo coches.

— Fíjese bien. A su izquierda hay un BMW negro que arrancó en el colegio apenas medio minuto desde que salimos nosotros y ha seguido la misma ruta que nosotros. A su derecha hay un Passat azul que se incorporó hace un par de minutos y que no se separa del BMW.

— Será una casualidad, hombre.

— Mire el taxímetro, por favor —dijo el taxista con seguridad. Sergio Pan le hizo caso y se dio cuenta de que no había avanzado más allá de un par de euros desde la bajada de bandera—. En cuanto vi el pajeo lo paré y fui dando vueltas sin sentido. El BMW y el Passat han seguido detrás y le puedo asegurar que la vuelta que estamos dando es de lo más absurda que se pueda imaginar. ¿Cree ahora que es una casualidad?

Sergio Pan volvió a mirar con disimulo hacia donde le había indicado el taxista y, efectivamente, un BMW y un Passat estaban ahí. Intentó calmarse y pensar que sólo se trataba del

seguimiento que hacía el Gobierno a todos los líderes políticos de la oposición. No obstante, dos coches ya eran más recursos de los habituales. El optimismo con el que se había montado en el Skoda Octavia al salir del colegio electoral dio paso a un desasosiego y a un nudo en el estómago que le provocó escalofríos y cierta sudoración en los pocos pelos que le quedaban en la parte trasera de su cabeza. Para intentar calmarse se incorporó hacia el taxista y le preguntó:

— ¿Cómo se dio cuenta de que nos seguían? ¿Experiencia de taxista?

— Hice la mili en el Parque Móvil cuando los etarras mataban un día sí y otro también a policías, picoletos y militares. A mí me destinaron como chófer de un coronel y me enseñaron tácticas para saber cuándo nos estaban siguiendo —a Sergio le hizo gracia que el taxista hablara de tácticas en vez de técnicas pero ni eso le logró sacar un atisbo de sonrisa.

Sergio Pan miró por la ventanilla para ver por dónde iban y comprobar la vuelta que estaba dando el taxista y se dio cuenta de que, efectivamente, se había desviado bastante de la ruta más lógica ya que su destino era la calle Alberto Aguilera y se encontraban en la Avenida de Arturo Soria. Tuvo la tentación de llamar por teléfono para que no se preocuparan los compañeros que le esperaban en el hotel, pero una alarma saltó en su cerebro: «Si me están siguiendo es muy probable de que me tengan pinchando el móvil».

— Por favor, lleguemos a Plaza de Castilla y desde ahí ya lléveme al hotel, por favor. Si tienen malas intenciones creo que ya nos habrían intentado hacer algo.

— Eso estoy haciendo. Bajamos por Bravo Murillo hasta su hotel. Lo único que le digo es una cosa: si nos adelantan agáchese y apriétese los machos porque vamos a salir echando hostias en dirección contraria —dijo el taxista y lanzándole una sonrisa para tranquilizar a su cliente.

— De acuerdo —y no volvió a decir «esta boca es mía» hasta que llegó a su destino

Al parar el taxi en la puerta del hotel comprobó cómo los dos coches que les seguían pasaban de largo.

— Darán la vuelta en Princesa y volverán por alguna de estas calles. Si le han estado siguiendo quiere decir que le tienen vigilado, así que le doy un consejo: cuando vaya a salir del hotel hágalo por una puerta trasera, por las cocinas o por donde le dé la gana pero jamás por la puerta principal o mejor, cójase una habitación y quédese a dormir en el hotel. Si quiere le dejo mi número de teléfono y me llama a la hora que sea —le tendió una tarjeta de visita.

— Puedo hacerle una pregunta, ¿por qué tanto interés en salvarme el culo?

— Por una razón: una de mis hijas fue una de las de Recoletos y ella siempre hablaba maravillas de usted. Ella habría querido que hiciera lo que he hecho.

Sergio Pan se quedó callado y recordó la tragedia ocurrida en el Paseo de Recoletos hacía dos años. Hubo una concentración de jóvenes y de diferentes colectivos pidiendo más democracia, más libertad, trabajo, techo y pan, una concentración que era ilegal porque el Gobierno de Cromacio Vila había declarado que cualquier manifestación era ilegal, salvo las organizadas por organizaciones afines a su partido o su ideología. El Gobierno se tomó dicha concentración como un desafío y lo afrontó como lo hubiera hecho un caballero medieval al que le tiraban un

guante, recogerlo y afrontar la provocación utilizando todos los medios a su alcance para, además, dejar un ejemplo para quienes tuvieran la tentación de rebelarse. Se enviaron unidades de antidisturbios de la policía, lo que era lógico. Lo que no lo fue tanto fue que el Ejército hubiera recibido la orden de atacar a esa gente como si se tratara de un ejército enemigo. Los policías se quedaron en retaguardia para cubrir las espaldas a los militares. Ocurrió lo que suele ocurrir cuando hombres armados se enfrentan a personas desarmadas: una masacre. En principio se dio la orden de repeler a la multitud con la fuerza necesaria para disolver a través del factor miedo. Sin embargo, la gente no se arredró y continuó allí. Los heridos por los culatazos de los militares eran evacuados y los que iban quedando seguían con su acción de protesta. En un momento en que los responsables de la acción vieron que la coerción sin utilizar munición no funcionaba tomaron la decisión de disparar a la multitud. Pidieron autorización a los ministros correspondientes quienes no dudaron en concederla. En vez de utilizar munición de fogueo para que sólo el sonido de los disparos pudiera echar para atrás a los que protestaban. Una advertencia con balas de fogueo seguro que hubiera sido suficiente. No obstante, usaron fuego real como si quienes se manifestaban en aquella avenida fuera un ejército armado. Murieron 376 personas. Sergio Pan estuvo allí e intentó ayudar a los que no ya no tenían ninguna esperanza de seguir viviendo. Fue una ejecución en toda regla, un horror con la que el Gobierno quería enviar el mensaje a los ciudadanos de que había que tragar con todo lo que ellos hicieran. Las condenas internacionales no tardaron en llegar. Como en los tiempos del franquismo hubo algunos países que llamaron a consultas a sus embajadores. Se produjeron amenazas de expulsión de las instituciones internacionales de las que España formaba parte. Cromacio Vila compareció y presentó unas imágenes manipuladas como coartada para justificar la violencia y la brutalidad ejercidas contra sus propios ciudadanos. Una de esas personas que dejaron su vida por defender la democracia y la libertad era la hija del taxista. Una chica de apenas veintiún años. Sergio Pan estuvo allí y sólo acertó a decir «Lo siento» tras la revelación de quien le había dejado en el hotel sano y salvo.

— Yo le he votado a usted porque mi hija le hubiera votado, porque usted es quien nos está dando esperanza de que esta pesadilla se va a acabar. Nunca me gustaron los políticos, pero ahora es el momento en que personas como usted nos devuelvan lo que mi generación logró y que estos sinvergüenzas fachas nos están queriendo quitar.

— Me da una responsabilidad muy grande. ¿Qué le debo? —tenía que ir con los suyos. Seguramente estarían preocupados. Así que decidió cortar la conversación y comenzar a trabajar sobre el recuento de votos y a preparar su valoración de los mismos.

— No me debe nada, la carrera corre por cuenta de la casa. Eso sí, si gana, no nos defraude.

— Por favor, acepte esto —le tendió un billete de cincuenta euros—. Si no me quiere cobrar nada, tómelo como si fuera una propina o como le dé la real gana pero no me puedo bajar del coche sin gratificar a quien me ha abierto los ojos y quien me ha protegido.

— Mi precio es lo que le he dicho antes. No le voy a aceptar dinero. Si quiere, aparco mejor y le acompaño.

— No, no. Ya se ha expuesto usted bastante. Muchas gracias —le tendió la mano, se la estrechó y se bajó del coche. No había nadie en la puerta esperándole.

Se dirigió al salón para ver el ambiente que se respiraba ahí. Se trataba de una modesta estancia donde el hotel había colocado sillas para la prensa y donde su coalición había puesto un atril, un gran cartel con el nombre de la misma y el lema de campaña. Nada más. Sólo un par de monitores donde podían seguirse los datos del recuento. Apenas se llevaba un cinco por ciento y había un empate en número de escaños entre el Partido Conservador y Democracia y Libertad. El partido de Martha Golfín apenas tenía un seis por ciento de los votos y cinco escaños. Al fondo vio a Alfonso Abio hablando con una periodista. En cuanto éste vio a Sergio se despidió de su interlocutora y se acercó a él casi corriendo. Era un cuarentón de apenas metro setenta. Cabeza rapada y barba descuidada. Se trataba de un fanático del deporte lo que le hacía mantener un cuerpo sin una gota de grasa. Corría maratones populares y ahora le había dado la ventolera del triatlón. Por otro lado, era una de las personas en las que Sergio más confiaba por su valentía y su claridad de ideas. Por eso, en cuanto se creó Democracia y Libertad una de las condiciones que puso para ser el candidato fue que el director de la campaña electoral fuera Alfonso Ayón, su mano derecha. Su expresión delataba inquietud.

— Has tardado mucho —le dijo con un deje de preocupación.

— Me venían siguiendo. Fue el taxista quien se dio cuenta y se puso a dar vueltas para comprobar si era así. Dos coches.

— ¿Qué taxista? Te mandamos un taxi y cuando llegó al colegio ya te habías ido.

— No sé. Salí del colegio y cogí el primer taxi que pasaba por allí creyendo que era el que me habíais mandado vosotros. La verdad es que el hombre se portó. Me dijo que había sido conductor de oficiales durante los años duros de ETA y que le habían enseñado técnicas para detectar seguimientos.

— ¡Qué grande! —y Alfonso empezó a reírse.

— ¿Qué pasa?

— Te ha recogido Aurelio Ayón. Es un policía jubilado que nos ayudó mucho hace años en temas de seguridad antes de que te incorporaras tú.

— ¿Cómo sabes que es él? No te he dicho nada de cómo era —dijo Sergio sorprendido de la reacción de Alfonso.

— Muy delgado, calvo en la azotea, pelo gris y una cicatriz en la cabeza, ¿verdad?

— Umm, sí. Me dijo que le habían matado a una hija en Recoletos.

— Es cierto. Desde entonces le habíamos perdido la pista. Cuando se hizo la coalición yo intenté contactar con él, pero su número de teléfono lo tenía una mujer extranjera. El viejo zorro ha vuelto a aparecer en el momento más oportuno. ¡Bravo por él!

— ¿Es de fiar?

— Dejaría mi vida en sus manos. Fue comunista durante la Transición a pesar de que ya era un gris. ¿Recuerdas cuando los policías comenzaron con sus reivindicaciones laborales y montaron

sindicatos clandestinos? Él era uno de los cabecillas. Sabe mucho de seguridad y nos habría venido muy bien, sobre todo para protegerte a ti pero parece que ya se ha asignado esa misión él mismo.

— Cambiando de tema. ¿Cómo va todo por aquí?

— He tenido que calmar la euforia por la participación que nos iban transmitiendo desde las mesas. Aquí hay mucha gente que está convencida de que vamos a ganar y que no esperan otra cosa.

— No quiero ningún optimismo. De esa gente se puede esperar cualquier cosa, incluso que manden a sus cachorros a asaltar las urnas si el recuento no les va bien —señaló la pantalla donde ya se daban datos sobre el nueve por ciento de escrutinio y Democracia y Libertad tenía tres escaños más que el Partido Conservador y el partido de Martha Golfín había aumentado a diez escaños. La unión de ambos les daría la mayoría absoluta con cuatro diputados de diferencia. Entonces recordó que no le había comentado la llamada y el acuerdo al que había llegado con España es Democracia—. Por cierto, viendo la alta participación llamé a Martha Golfín y le propuse que nos uniéramos si los resultados daban mayoría suficiente para gobernar.

— Lo sabía. Alba Aenlle me llamó para contármelo. Están dispuestos a aceptar nuestro programa con tal de que Cromacio se pire y recuperemos una democracia real. Por cierto, me dijo que en cuanto llegaras la llamara para charlar contigo.

— Llámala mientras subimos a las habitaciones, no quiero que se me vea mucho por aquí, además de que quiero estar con la gente. Ten cuidado con lo que dices porque creo que nos tienen pinchados los teléfonos. A lo mejor es paranoia pero es demasiada casualidad que justo en el instante en que salía del colegio aparecieran esos dos coches. No digas más de lo necesario.

— De acuerdo.

Alfonso cogió su teléfono móvil y llamó.

— Hola Alba, Sergio ya está aquí. ¿Anda por ahí Martha? —su expresión cambió y hasta podría decirse que palideció. Colgó y se guardó el móvil en el bolsillo con la lentitud de quien ha recibido una mala noticia y no la esperaba.

— Martha Golfín no ha llegado aún al Centro de Convenciones y hace dos horas que salió de su casa.

Despertó, abrió los ojos y no vio más que oscuridad. Volvió a cerrarlos y abrirlos y el resultado era el mismo: oscuridad. Le dolía la cabeza y cuando intentó mover una de sus manos para tocársela se dio cuenta de que estaba atada a una silla. Quiso gritar pero el sonido se quedaba bloqueado por una especie de mordaza. No recordaba nada, no recordaba cómo había llegado donde quiera que había llegado. Su último recuerdo era que estaba saliendo de su casa para ir al Centro de Convenciones donde su partido había montado el cuartel general. A partir de ahí nada. No sabía qué había pasado ni podía entender qué hacía ahí como tampoco tenía certeza de cuánto tiempo había pasado desde que había cerrado la puerta de su piso.

En medio de esas divagaciones se encendió una luz muy fuerte, como un foco y pudo ver la silueta de dos hombres fuertes. Por su silueta parecían porteros de discoteca o culturistas. Llevaban ropa oscura, posiblemente trajes que no ocultaban su musculatura. Hablaban entre ellos pero el aturdimiento que tenía en la cabeza no le permitía escuchar la conversación. Tenía miedo, mucho miedo pero intentó quedarse quieta para que aquellas personas no se acercaran a ella a pesar de que no tenían muchas intenciones de moverse de ahí. Poco a poco ese temor iba ganando a la consternación y fue captando algunas frases sueltas. Reían, reían mucho, por cualquier tontería como ocurre cuando se ha fumado hachís. Hablaban de una mujer que parecía ser la responsable de que ella estuviera allí maniatada. La luz que habían encendido era muy fuerte y le provocaba cierto mareo.

Percibió el sonido de un móvil en medio de la nebulosa de su mente y vio cómo uno de los hombres cogía un teléfono. Sólo respondía con frases cortas pero ella no podía captar la totalidad de la conversación. El otro le miraba atentamente como esperando a que colgara para saber el contenido de la llamada. Finalmente terminó de hablar, le dijo algo a su compañero y se acercaron a ella.

— Eres Martha Golfín, ¿verdad zorra? —preguntó el más alto.

— Mmmmmmm —quería hablar pero la mordaza se lo impedía.

— ¿Eres o no eres Martha Golfín? —le gritó el otro en tono amenazante.

— Mmmmmmmmm

— ¡Esta hija de puta no quiere cooperar! —dijo el alto

— Pues tendremos que ayudarla —y le pegó un fuerte puñetazo en el rostro.

Martha sintió cómo se le llenaba la boca de sangre y notó que algún implante le había saltado. Se los tragó junto a la sangre porque con la mordaza podría ahogarse.

— ¿Eres Martha Golfín o no? —y le pegaron otro puñetazo que le rompió algún diente. En ese momento sintió cómo se le nublabla la vista. Debía ser la sensación que tenía un boxeador cuando le daban el golpe final antes de caer a la lona. También notó que algún hueso de la mandíbula se le había roto. Sentía mucho dolor y una gran confusión mental. ¿Quiénes eran esos hombres? ¿Por qué la estaban maltratando de esa manera? ¿Por qué tanto odio se transmitía en sus voces? No entendía nada pero ellos seguían allí.

— Mmmmmmm... Mmmmmmm... Mmmmmmm... —el miedo generó en pánico cuando se dio cuenta de que la iban a matar y en medio del aturdimiento comenzó a moverse y a convulsionarse intentando quitarse las bridas que la sujetaban a la silla donde la tenían sentada.

— Vaya, la zorrilla se ha dado cuenta de que va a morir —dijo satisfecho el más bajo.

— ¿Eres Martha Golfín, traidora?

Esa última palabra les delató. Había sido el propio Gobierno o el Partido Conservador quien la había secuestrado y esos dos hombres eran sicarios o miembros de esa especie de Guardia Pretoriana que habían creado con sus militantes más violentos, los que hacían el trabajo sucio, los herederos de los Guerrilleros de Cristo Rey. Ante esta situación decidió asentir con la esperanza de que con eso se contentaran sólo con maltratarla y salvar su vida.

— Bueno, se acabó, es ella.

Martha, en medio de la confusión, pudo ver cómo el más bajo se sacaba del pantalón un objeto y oyó un sonido metálico que hasta ese momento sólo había escuchado en las películas: era una pistola y había cargado una bala en la recámara. La iban a matar. Algo tenía que ir mal para que se hubieran atrevido a secuestrar para asesinar a una líder política. Lo que la estaban haciendo quería decir que los resultados de las elecciones habían sido contrarios a los intereses del Partido Conservador. En ese momento pensó en Sergio Pan y si él también había sufrido el mismo destino. Ella estaba segura de que sí, de que era muy probable que ya estuviera muerto.

Sintió el frío del cañón en su cabeza. El miedo la paralizó. Sonó un disparo y luego otro pero ella seguía viva. Vio la silueta de una persona que corría hacia ella. Miró hacia sus pies y comprobó cómo los que la habían maltratado estaban el suelo. Sintió que le estaban cortando las bridas de los pies y, posteriormente, las de las manos. Fuera quien fuera quien la había salvado la cogió sobre sus hombros. Notó cómo corría. Pudo comprobar que estaba en una casa. Hubo que bajar unas escaleras por lo que entendió que se trataba de un chalet. Salieron a la calle. No se oía nada pero el frescor de la noche hizo que su entendimiento se recuperara un poco. Intentó hablar pero el hombre no le había quitado la mordaza. Además sentía tanto dolor en la mandíbula que volvió a marearse. La metió en el asiento de atrás de un coche que tenía el motor encendido. La tumbó, le acarició la frente y le susurró:

— Tranquila señora Golfín, ya está a salvo.

Martha Golfín se desmayó.

IV

Cromacio Vila fumaba y fumaba. Desde que llegó a la sede después de comer ya había caído una cajetilla y había abierto la segunda. A medida que el escrutinio iba avanzando las noticias que le había dado Neus Yuste se confirmaban. Democracia y Libertad estaba logrando 184 diputados, mientras que ellos apenas llegaban a los 150. Por otro lado, España es Democracia tenía 36 y se convertía en la clave para poder gobernar. No había querido saber los resultados finales según los datos que Neus había conseguido con su invento en las urnas sino que prefirió vivir la jornada electoral como siempre la había vivido. Sin embargo, los nervios pudieron con él y la llamó. Apenas dos minutos después ella entró en el despacho con una carpeta bajo el brazo. Se la veía tranquila lo que contrastaba con los nervios del Presidente.

— Dime, por favor, ¿cómo va a quedar esto?

— 187 —sólo dijo esa cifra.

Cromacio Vila ya sabía que se refería a los escaños que obtendría Sergio Pan. Mayoría absoluta. Después de lo que ellos habían hecho para el pueblo, éste les volvía a dar la espalda. «La chusma es así de desagradecida». Su Gobierno había recuperado la economía del país, se creaban empleos, por mucho que los rojos siguieran con la cantinela de que eran trabajos precarios que rozaban la esclavitud. Su Gobierno había recuperado la paz. Ya no había manifestaciones, sólo silencio. Las calles eran tranquilas. Sin embargo, la gente había decidido que tenían que volver los rojos al poder para volver a destrozarse el país con las añagazas de la democracia plena.

— Empezad a llamar por teléfono a quienes os han sido asignados. Ponemos Office a pleno rendimiento.

— También quería hablarte de eso. Martha Golfín ya debe ser historia pero Sergio Pan llegó al hotel. Cogió un taxi distinto al que llevaban nuestros hombres. No sabemos de dónde salió ni por qué estaba por allí.

— ¡Mierda! ¿Se sabe algo del taxista?

— Lo que sabemos es que no era un taxi. La matrícula estaba doblada. Tenía la misma numeración que tu coche, que el Jaguar verde, y el número de licencia es falso.

— ¿Y quién era?

— No lo sabemos. Nuestros hombres lo siguieron nada más recoger a Sergio Pan pero siguió un recorrido ilógico dando vueltas y vueltas hasta dejarle en el hotel. Los chicos dicen que el conductor debió detectar que le estaban siguiendo.

— Bueno, tampoco rompe mucho el plan. En algún momento tendrá que salir del hotel.

— ¿Y si no sale? —preguntó con total tranquilidad Neus.

— Si no sale, una vez que Office esté en marcha, le sacamos.

— De acuerdo. Por otro lado, los rojos saben que Martha Golfín no ha llegado al Centro de Convenciones. Alfonso Abio llamó a Alba Aenlle y ésta se lo confirmó.

— Eso me da igual, en esa parte del plan el objetivo principal es Pan.

— De acuerdo.

— ¿Me confirmas que los resultados finales van a ser los que me has dicho? ¿No hay margen de error? —ella asintió—. Empezad a trabajar y que los teléfonos echen humo. Hay que llamar a mucha gente y el tiempo se nos acaba.

— Muy bien.

Neus salió del despacho con tranquilidad. Cromacio Vila se sentó en el borde de su mesa de trabajo y echó una última mirada a la televisión donde al sesenta y cinco por ciento del escrutinio Democracia y Libertad había ganado un escaño más, ellos también y España es Democracia los había perdido. Levantó el teléfono y marcó un número. Después de tres tonos una fuerte voz masculina sonó al otro lado de la línea:

— ¡Diga! —era la voz de alguien que expresaba irritación con la contundencia de quien está acostumbrado a mandar.

— Jonás, soy Cromacio.

— Dígame señor Presidente.

— ¡Coño, Jonás que nos conocemos desde hace más de cuarenta años! ¡Déjate de formulismos!

— Vale, vale. ¿Estás viendo la televisión? La historia se repite. El pueblo es un desagradecido.

— Ya, pero no te llamo para hablar de eso. ¿Te has enterado de lo de Sonia?

— No, ¿qué ha pasado? —el tono de Jonás pasó de la irritación a la ansiedad en apenas medio segundo.

— La ingresaron en el hospital y creen que para las doce ya habrá parido.

— Una gran noticia, sí señor. Llevaban ya muchos años buscándolo. La paciencia tiene sus premios. ¿Era un niño o una niña?

— Ella me dijo que iba a ser niño.

— Mañana le enviaré unas flores.

— Muy bien, Jonás, eso es todo. Te dejo que tengo mucho trabajo, ya te lo puedes imaginar. Un abrazo.

— Un fuerte abrazo.

Jonás Juárez colgó el teléfono. Suspiró de alivio porque tenía dudas de que Cromacio Vila tuviera los cojones para dar el paso que acababa de dar. El Presidente siempre había sido un pusilánime, mucho ruido y pocas nueces a pesar de que en los últimos años había demostrado un coraje que no se esperaba de él. Se conocían desde hacía más de cuarenta años, «cuando toda la obra del Caudillo se derrumbaba y nadie tuvo los cojones para dar un golpe encima de la mesa para parar lo que comunistas, socialistas y traidores al Movimiento estaban pergeñando», solía decir machaconamente a todo el que le quisiera escuchar. Fue uno de los promotores intelectuales del 23-F pero cuando llegó el momento de dar el paso hacia la parte operativa su instinto le dijo que todo lo que le contaban referido a las altas esferas y el apoyo que tenían era demasiado contradictorio. Dio un paso atrás. Desde entonces no se había significado más que en pequeños círculos y a título personal, sin el uniforme. Su valía personal le sirvió para irse ganando ascensos hasta que Cromacio Vila le nombró Jefe del Estado Mayor del Ejército apenas dos años desde que alcanzara el poder. Le prometió que volverían las banderas victoriosas y ese fue el empuje que necesitaba.

Llegaba la fecha en que debía haber Elecciones Generales y el Presidente prorrogó la legislatura. Era un gesto que le daba a entender que iba en serio con su promesa. Pasaron los cuatro años y se convocaron las elecciones. La utilización de los medios de comunicación, la previa censura a las informaciones que pudieran afectar a la victoria del Partido Conservador y el miedo impuesto a los ciudadanos en esos últimos cuatro años sólo podía llevar a un triunfo contundente de Cromacio Vila. Sin embargo, un día le llamó al Palacio de la Moncloa y le comentó su plan para dichas elecciones. Le sorprendió que le presentara una segunda opción porque Jonás Juárez ya daba por hecha la victoria aplastante de los conservadores. El plan era un Golpe de Estado en toda regla. A él se le hacía responsable de ocupar las calles y de las principales entidades. Debían hacerse con el control de las centrales energéticas, telefónicas y de todas las tecnologías de la información para evitar que, al menos en las primeras horas, pudiera realizarse cualquier filtración. Por otro lado, se realizarían detenciones en masa de todos los líderes opositores ya fuera de partidos políticos, ya fuera de sindicatos. Es decir, había que eliminar cualquier amenaza de enfrentamiento. El pueblo aceptaría sin rechistar el cambio de Régimen. El Presidente tomaría todas las decisiones políticas.

— Pero... ¡si vas a ganar las elecciones! ¿Por qué todo esto? —le preguntó Jonás Juárez al Presidente sorprendido pero emocionado.

— Ya lo sé, pero con el pueblo nunca se sabe. Ya nos traicionaron una vez. ¿Qué les impide volverlo a hacer?

— Cuenta conmigo.

— El día de las elecciones, si la cosa se tuerce, te haré una llamada y te daré un mensaje parecido al de Mola el 18 de julio. Esa será la puesta en marcha de todo el tinglado. Para darme el ok, sólo me tienes que responder «Le enviaré flores».

— De acuerdo.

La llamada se había producido un poco antes de lo esperado. El momento había llegado y las órdenes debían darse con presteza. Las elecciones estaban perdidas ahora tocaba reconquistar la Patria. Levantó el teléfono y comenzó su misión.

El escrutinio se acercaba al final y la victoria de Democracia y Libertad estaba asegurada.

Había mucho optimismo en el hotel, tanto en el salón habilitado como en las habitaciones que funcionaban como oficinas improvisadas. Sin embargo, Sergio Pan no parecía contento. Recibía las enhorabuenas con frialdad, los abrazos de los compañeros como si estuviera en otro lado. En realidad el hecho de que le estuvieran siguiendo tras salir del colegio electoral y la desaparición de Martha Golfín, a la que aún no habían conseguido localizar, le habían marcado. El pueblo había hablado, el pueblo había decidido que fueran él y su partido los que dirigieran el país a partir del mes siguiente. No obstante, no estaba contento, más bien estaba preocupado. Tenía muchos proyectos para que el país recuperara la democracia y que la soberanía le fuera devuelta a los ciudadanos, tenía muchas iniciativas para que el pueblo recibiera lo que las políticas del Partido Conservador les había arrebatado. Sabía que todo eso, que todo su programa era realizable y que en apenas un par de años se podría restañar tanto daño. Sergio Pan era consciente de que algo estaba pasando entre bambalinas. Su seguimiento y la desaparición de Martha Golfín no podían ser meras casualidades, algo había pero no podía imaginárselo.

Estaba en medio de esas cavilaciones cuando entró en la habitación uno de los militantes que voluntariamente colaboraban en el análisis de los datos:

— Sergio, hay alguien que pregunta por ti.

— ¿Quién es?

— No ha querido decir su nombre pero me ha dicho que es taxista, que lo entenderías.

Imaginó que se trataba de Aurelio Ayón. ¿Qué querría? Buscó a Alfonso Abio en la habitación y fijó que estaba hablando por teléfono tomando notas en una servilleta.

— ¿Dónde está?

— En el salón tomándose una Coca-Cola.

— Baja y dile que en cinco minutos estoy con él.

Alfonso había finalizado su conversación telefónica y se acercó a él. El escrutinio ya estaba al 90% y la alegría en los ojos se reflejaba en todos los que allí trabajaban. Sergio se levantó y se acercó a Abio.

— Alfonso, baja conmigo al salón.

— ¡Pero si hasta dentro de una hora no está convocada la rueda de prensa! —le espetó entre la sorpresa y la indignación—. Ahí abajo está lleno de periodistas y no te van a dejar en paz. Por no hablar de todos los militantes que han venido.

— Aurelio Ayón está ahí esperándome —dijo con tranquilidad.

— ¿Cómo? ¿Y qué quiere?

— Pues no tengo ni puta idea.

— Mira, lo mejor que puedes hacer es pedir a alguien que baje y le diga a Aurelio que suba y hablamos con él en esa otra habitación que está vacía. Con toda la tranquilidad.

— Tienes razón.

Salió de la habitación y vio al chico que le había dado el recado cruzando las puertas del ascensor. Se acercó a él y le dijo:

— ¿Puedes hacerme un favor?

— Lo que sea, Presidente —dijo con una sonrisa el chaval.

— ¿Puedes acompañar al taxista aquí? Os espero.

— ¡Oído! —exclamó con el formulismo que se utilizaba en todas las cocinas de todos los restaurantes del mundo mientras volvía a entrar en el ascensor.

Apenas tardaron el tiempo necesario para que Sergio Pan se fumara un cigarrillo. En esos pocos minutos no hacía más que recibir parabienes, enhorabuenas y palmadas en la espalda. Le sorprendió la alegría que le demostró Juan José Labanda que durante tantos años había sido su rival dentro del Partido Socialista. Tanta alegría le abrumaba. ¿Es que nadie se daba cuenta de que algo estaba pasando? ¿Ni siquiera los que llegaban de la calle? ¿Las elecciones habían cegado el entendimiento de todos los que allí se encontraban?

Las puertas del ascensor se abrieron. Aurelio Ayón salió y le dio un apretón de manos. Sergio le acompañó a la habitación que tenían para descansar y le dijo que le esperara un momento ahí. El antiguo policía le miró sorprendido pero le hizo caso y se sentó en un sillón.

— ¿Hay minibar?

— Sí, pero si quieres tomar algo dígamelo y se lo traigo —respondió Sergio. Estuvo tentado de decir su nombre, pero prefirió mantenerse en una fingida ignorancia. Aunque Alfonso confiara en aquel hombre para él seguía siendo un perfecto desconocido.

— Un bote de Coca-Cola, por favor

Sergio volvió al lugar donde había pasado las últimas horas. El escrutinio ya estaba en el 93% y su partido había logrado 187 diputados. Mayoría absoluta, lo que nunca soñó, pero su mente estaba en la habitación de al lado y en aquel hombre que le había salvado sin conocerle. Vio a Alfonso pasando las notas que había tomado en cualquier soporte imaginable a un ordenador portátil. Le hizo una seña casi imperceptible cuando levantó la vista de la pantalla y le acompañó fuera de la estancia a la vez que cogía la bebida para Aurelio Ayón. Entraron y vieron cómo el antiguo policía estaba encendiendo la televisión y subía el volumen a un nivel que no molestaba para hablar pero que era bastante alto.

— ¡Aurelio! —le dijo Alfonso abriendo los brazos—. ¿Te acuerdas de mí?

— ¿Cómo no me voy a acordar de ti, enano? —y se dieron un fuerte abrazo.

Sergio Pan rompió el encuentro.

— Debo decirle que Alfonso ya me ha dicho quién podía haber sido mi salvador de esta noche y me alegro de conocerle, Aurelio. ¿Qué le trae por aquí? ¿Y por qué ha puesto usted la televisión tan alta?

Aurelio señaló a tres puntos de la habitación sin decir una palabra: la cenefa de una lámpara que estaba en el cabecero de la cama, el detector de humos y un cuadro. Se puso un dedo en los labios dando a entender que se mantuvieran callados y se acercó a los lugares que había señalado. En todos ellos había micrófonos. Estaban siendo vigilados, por lo que los malos augurios se iban confirmando: estaba ocurriendo algo, el Gobierno estaba haciendo algo pero ni Alfonso ni Sergio podían imaginar de qué se podría tratar. Si habían colocado micros en esa habitación que sólo la utilizaban para reposo y para atender llamadas en un lugar más tranquilo quería decir que también los habría en el resto de habitaciones y, posiblemente, en el salón. Aurelio les invitó a salir de la estancia en silencio. Le hicieron caso. En ese momento Sergio Pan se fijó en que los bajos del pantalón del ex policía estaban manchados de sangre. ¿Qué le habría pasado?

Recorrieron el pasillo con bastante presteza a pesar de que muchos de los que allí se encontraban paraban a Sergio para darle la enhorabuena.

— Luego, luego. Ya hablamos luego —les decía con un tono tranquilo que quería enmascarar la preocupación que le embargaba por dentro. El hombre al que seguían, el hombre que le había llevado sano y salvo al hotel les pedía silencio. ¿También habrían puesto micrófonos en el pasillo?

Entraron en el ascensor y Aurelio marcó la tecla del parking del hotel. Seguía callado, por lo que tanto Alfonso como Sergio también mantenían silencio, la misma ausencia de sonido que se encontraron cuando penetraron en el aparcamiento. Allí estaban los coches de los clientes y de algunos de los que se hallaban en la actividad electoral y que no tuvieron problema en pagar por el parking. Aurelio les condujo hasta su taxi. Abrió la puerta y vieron con sorpresa que Martha Golfín estaba tumbada en el asiento de atrás. Se encontraba amordazada y dormida. Tenía sangre por toda la cara y en principio tanto Alfonso como Sergio pensaron que estaba muerta pero comprobaron por el movimiento de su pecho que respiraba.

— Se desmayó por el dolor —dijo al fin Aurelio.

— ¿Qué ha pasado? ¿Qué está pasando? —preguntó Sergio con impaciencia.

— Montad en el coche y vamos a un lugar más seguro para hablar.

— ¡Yo no me puedo mover de aquí! ¡Tengo una rueda de prensa en una hora! —exclamó Sergio con cierta irritación.

— Si usted da esa rueda de prensa será la última que dé. Le van a matar.

— Me van a matar ¿quién? —tanto misterio le estaba cabreando.

— Hágame caso, por favor, métase en el coche y vamos a un lugar seguro. Diga a su gente que tiene que salir y que se retrase esa rueda de prensa al menos una hora más. Si lo que le voy a contar no le satisface yo le vuelvo a traer de vuelta.

Sergio Pan sintió cómo se le activaba un sexto sentido que le decía que hiciera caso a Aurelio Ayón. El cuerpo durmiente de Martha Golfín y el estado en que se encontraba parecía confirmarle que el ex policía tenía razón. Por eso se acercó a Alfonso y le dijo:

— Sube al salón y anuncia un retraso de una hora. Pon la excusa que quieras. Te esperamos aquí.

Alfonso hizo caso y se dirigió hacia el ascensor cruzando todo el parking.

— Mientras vuelve ayúdeme a quitar el disfraz al coche. Quítele todas las pegatinas de ese lado mientras yo lo hago de este. Métalo todo en una bolsa de basura que hay en el maletero y tírelo en aquella papelera.

Sergio Pan se puso a ello y se dio cuenta de que el taxi en el que había llegado al hotel desde el colegio electoral no era tal sino que se trataba de un coche camuflado. Tardaron apenas dos minutos y mientras se dirigía hacia la papelera que le habían indicado vio por el rabllo del ojo cómo Aurelio cambiaba las matrículas y guardaba en una caja el indicador y el taxímetro. Después metió todo en el maletero.

En apenas diez minutos llegó Alfonso. Colocaron a Martha Golfín para que pudiera sentarse en el asiento trasero. Sergio montó también en el coche y salieron del hotel. Allí se encontraba aparcado el BMW que les había seguido hacía unas horas. No se movió pero se apreciaba que salía humo por una rendija abierta de la ventanilla del conductor.

Aurelio conducía con tranquilidad mirando constantemente por el retrovisor. Lo mismo intentaba hacer Sergio Pan.

— Nadie nos sigue, tranquilo —dijo Aurelio dándole una palmada en la pierna—. Conmigo está seguro.

— Pero, ¿qué cojones está pasando? —dijo Alfonso desde el asiento trasero.

— No seas impaciente, pequeño, en diez minutos os lo contaré.

— ¿No habría que llevar a Martha a un hospital? —preguntó Sergio—. ¿Qué le ha pasado?

— Un médico la mirará, pero si la llevamos a un hospital la matarán allí mismo.

Lo dijo con tanta seguridad que nadie se atrevió a responderle.

Había poco tráfico. Ya eran más de las doce de la noche del domingo y la gente tenía que trabajar al día siguiente. Pasaron por la Plaza de España y subieron por la Gran Vía hasta la Red de San Luis. Aurelio paró el coche y cogió un mando a distancia que abrió el garaje de uno de los edificios. Entraron en él y aparcó.

— Vamos a sacar a la señora Golfín con cuidado. Uno que la coja por las axilas y yo la sujetaré por los pies. No le toquen la cara porque creo que tiene rota la mandíbula y el dolor la despertará. Es mejor que siga dormida.

Lo hicieron y vieron cómo Aurelio cargaba sobre su hombro derecho a Martha como si fuera una caja de leche, sin esfuerzo alguno. A pesar de los años que aparentaba estaba en forma. Entraron en el ascensor y subieron al quinto piso. Allí recorrieron un largo pasillo con el suelo de parquet antiguo, un suelo que chirriaba a cada paso que daban. Llegaron a una puerta y Aurelio tocó el timbre con una cadencia estudiada. Una chica joven, muy guapa, entreabrió y al comprobar quién había llamado abrió y les permitió el paso.

Se trataba un piso típico del centro de Madrid, una de esas casas con un largo pasillo y techos altos. Había habitaciones a los dos lados del corredor, estancias donde había mucha actividad de gente. En el trayecto hasta lo que podría llamarse el salón Sergio Pan contó por lo menos a veinte personas. No había apenas muebles, sólo mesas y sillas. Muchos ordenadores y mucha tecnología. El suelo estaba lleno de cables que cruzaban la vivienda. Sin embargo, lo que más sorprendió a Sergio fue que todos los que allí se encontraban tenían armas. En una de las habitaciones pudo entrever las culatas de, al menos, diez fusiles. Aquello era un piso franco y no descartaba encontrarse con más sorpresas. Llegaron al salón y Aurelio les indicó un par de sillas de oficina para que se sentaran. Todas las ventanas estaban cerradas. El ex policía penetró en una estancia con Martha Golfín. Allí ocurría algo raro, sin embargo, lo que más le sorprendía era el silencio. Nadie hablaba, sólo señas o susurros. Apenas habían pasado unos minutos y Aurelio llegó con dos tazas que debían contener café, tazas que les entregó a Sergio y a Alfonso.

— Para el señor Pan con poca leche y mucho azúcar y para «el Peque» sólo y con sacarina, ¿verdad? —ambos asintieron. A Sergio Pan ya nada le sorprendía de aquel hombre, ni siquiera que supiera exactamente cómo le gustaba el café.

— ¿Dónde ha llevado a Martha? ¿Qué es este sitio? ¿Qué pasa aquí para que haya tanta gente armada? ¿Qué cojones está pasando?

— Muchas preguntas en poco tiempo, ¿no cree señor Pan?

— Y ninguna respuesta aún —dijo Sergio irritado.

— Venga Aurelio, dinos qué está pasando —intervino Alfonso con más tranquilidad

— Empecemos, pues. La señora Golfín fue secuestrada por unos policías cuando salía de su casa para ir al Centro de Convenciones. Mi gente me avisó. Siguieron el coche y me dijeron que la habían llevado a un chalet de La Florida. Me acerqué allí y, junto a dos de mis hombres, la conseguimos rescatar. La iban a matar, pero antes se dieron el gusto de pegarle una paliza. Cuando entré en la habitación donde la tenían ya le habían puesto el cañón de la pistola en la cabeza. Un par de psicópatas que ya no podrán ni tirarse un pedo. La metí en el coche y fui a buscarle a usted. Están haciendo las cosas con demasiada cautela, por lo que tenía ventaja.

— ¿Quiénes están haciendo las cosas con cautela? ¿Qué cosas? —preguntó Sergio esperando que la respuesta no fuera la que ya imaginaba.

— O es usted un ingenuo o ya sabe la respuesta y no quiere oírla. Señor Pan, ahora mismo se está perpetrando un Golpe de Estado. Los primeros objetivos eran usted y la señora Golfín, las dos únicas personas que podrían liderar al pueblo contra el Gobierno.

— ¿Me está diciendo que Cromacio Vila va a dar un Golpe de Estado?

— No, le estoy diciendo que el asunto está ya en marcha. Cuando nos siguieron esta tarde iban a matarle. Alfonso le pidió un taxi, ¿verdad? —el interpelado asintió—. En ese coche usted iba a morir. Como conocía el plan me adelanté y le recogí. No lo esperaban, así que hicieron un seguimiento chapucero.

— ¿Cómo sabe usted todo esto?

— Antes me preguntó quiénes eran todos estos. Son policías, militares y guardias civiles que hace dos años se pusieron en contacto conmigo para ponerme al tanto de lo que se estaba moviendo y de las intenciones del Gobierno. Tenemos a agentes de Inteligencia, oficiales que se encuentran en el Estado Mayor, policías científicos y un largo etc. En total somos unos cien. Estos dos últimos años han ido recabando información y han vigilado muy de cerca al Presidente Vila y a su gente de confianza, sobre todo a Neus Yuste. Ahora mismo deben estar moviendo unidades del Ejército para tomar las calles en unas horas. Más tarde comenzarán las detenciones de aquellos a los que ellos creen peligrosos. Mañana, cuando España despierte se encontrará a un país bajo el mando absoluto del Partido Conservador. Señor Pan, quieren volver a imponer el franquismo, por eso era necesario que usted salvara la vida.

— No lo puedo creer, perdone que le diga. ¿Tiene pruebas de todo eso?

— Si quiere, le puedo dejar escuchar conversaciones telefónicas entre, por ejemplo, el Presidente y Jonás Juárez o entre Neus Yuste y el Jefe de la Policía. En esos servidores de ahí tenemos miles de horas de conversaciones, no solo telefónicas, sino también de encuentros que han ido manteniendo en estos dos años, sobre todo en los últimos meses.

— ¿Ha estado vigilando al Presidente?

— Sí, por supuesto, era mi responsabilidad después de enterarme de lo que estaban organizando. Sabía que no podía pararlo, pero sí salvar a las personas clave y, a partir de ahí, ver qué se hace. Mire, para que se quede tranquilo, le voy a poner una conversación de hace unas horas entre Vila y Juárez —le hizo una seña a un hombre y éste le dio a Sergio unos

auriculares. A medida que iba escuchando su piel iba tomando un tono amarillento. No podía creer lo que estaba oyendo.

— ¿Eso que ha dicho el Presidente no es algo parecido a lo que escribió Mola en el telegrama donde informaba del 18 de julio? —Sergio había captado lo que se encerraba en esa conversación.

Alfonso no había dicho nada, era un mero espectador, pero si lo que había afirmado era cierto la situación era muy grave. Pensó en todo lo que habían luchado en los últimos ocho años, cómo habían intentado llenar las calles ante las medidas injustas con el pueblo que había tomado el Partido Conservador, pero no imaginaba que pudieran llegar tan lejos, no imaginaba que su ansia por el poder les pudiera llevar a destruir lo que tanta sangre había costado construir. Hasta que fueron prohibidas las manifestaciones uno de los gritos más comunes era «¡Esto nos pasa, por un Gobierno facha!». Sin embargo nunca creyó que quisieran tomar el poder por encima de la voluntad del pueblo. Entonces, ¿para qué habían convocado las elecciones? ¿Querían dar una imagen de normalidad democrática hacia el exterior a pesar de tener ya pergeñado un plan para asaltar el poder? ¿No lo hicieron ya hacía ocho años cuando ganaron las Generales con un programa falso lo que suponía un Golpe de Estado validado por los votos de los ciudadanos? ¿Y ahora qué hacían ellos? Su líder estaba a su lado con la misma confusión que tenía él. La otra persona que podría ponerse al frente estaba en una habitación de aquel piso de la Gran Vía con la cara destrozada por la brutalidad de los esbirros del Gobierno. ¿Qué iba a pasar?

En medio de estos pensamientos sonó el timbre con la misma cadencia que le había imprimido Aurelio cuando entraron ellos. Se oyeron unos pasos apresurados y en el salón entró un hombre con Alba Aenlle del brazo. Se la veía asustada y ver a Sergio y Alfonso con la expresión desenchajada tras lo que Aurelio les acababa de contar la asustó más.

— ¡Alba! —dijo Alfonso. Se levantó y la abrazó. Sintió en su hombro cómo rompía a llorar.

— ¿Qué está pasando Alfonso? ¿Quiénes son estos tíos? ¿Sabes algo de Martha? —preguntó de manera atropellada.

Sergio se dio cuenta de que era el momento de hablar. Alba se sentiría mucho mejor en los brazos de Alfonso.

— Martha está bien, está en esa habitación. La secuestraron para matarla pero este amigo la salvó. A mí me siguieron esta tarde y también me salvó llevándome al hotel. Toda esta gente son nuestros ángeles de la guarda, son policías, militares que se enteraron de algo que iba a ocurrir y que, por desgracia está ocurriendo: Cromacio Vila está dando un Golpe de Estado en estos momentos.

Alba se separó de Alfonso como si le hubiera dado una descarga eléctrica.

— Entonces, ¿qué hacemos aquí? Hay que ponerse a llamar a la policía, al Ejército, al Jefe del Estado. Esto hay que pararlo.

— Señorita Aenlle ahora mismo estamos haciendo lo que hay que hacer. Salvarles la vida —dijo Aurelio con tranquilidad.

— ¿Por qué nosotros?

— Porque ustedes cuatro son los únicos que pueden devolvernos la democracia sin llegar a una guerra civil. Por tanto, hay que sacarles de aquí.

— ¿Cómo que sacarnos de aquí? —dijo indignado Sergio—. Yo me quedo aquí a dar la cara.

— Hágame caso, por favor. Usted y los otros tres harán a partir de ahora lo que yo les diga, irán donde yo les diga y las cosas saldrán bien. En cuanto la señora Golfín esté en condiciones de moverse nos vamos.

— ¿Dónde? —preguntó Alba.

— A un lugar donde podremos reconducir la situación con tranquilidad y sin el peligro de que nos maten.

Uno de los hombres que estaba en el piso entró en el salón y dijo:

— Los militares empiezan a tomar la calle en Valladolid, Burgos y Soria.

— Se han adelantado. Iban a esperar a que el Presidente compareciera ante la prensa. ¿Algo más? —dijo Aurelio con fastidio.

— La policía ha entrado en el hotel de Democracia y Libertad y están deteniendo a los que allí están.

— Nos vamos.

VI

L

os españoles han decidido, los españoles han resuelto el futuro que

quieren tener, por tanto, el Partido Conservador aceptará dicho resultado y le dará a los ciudadanos lo que ellos han querido tener».

Con estas palabras Cromacio Vila terminaba su rueda de prensa tras confirmarse los resultados de las Elecciones Generales. No aceptó preguntas por parte de los periodistas, pero eso era algo tan habitual que no sorprendió a nadie. Lo que sí desconcertó a los allí presentes fue que no había ninguna expresión de fastidio en sus gestos, como si el Presidente tuviera asumido de antemano que no iba a tener el apoyo de los ciudadanos, algo que contrastaba con el triunfalismo con el que se habían presentado en todos y cada uno de los actos electorales y la seguridad del triunfo que había transmitido la prensa a través de encuestas. Tal vez fuera el miedo de los españoles a la hora de dar respuestas a las preguntas que les hacían las empresas demoscópicas. Sin embargo, lo que todo el mundo esperaba no se había producido sino todo lo contrario. Tampoco se percibía mucha decepción en los militantes que se acercaron a la sede, más bien sus miradas delataban expectación y sorpresa.

El revuelo y los murmullos de los periodistas se oían a través de los paneles que separaban la sala de prensa de un pequeño despacho habilitado para que la persona que compareciera pudiera repasar su estrategia de comunicación y el mensaje a trasladar, además de darle una vuelta a las respuestas que habría que dar a la prensa según los argumentarios que imponían desde la Dirección. Cromacio Vila estaba sentado tomándose un gin tonic y fumándose el enésimo cigarrillo de la tarde. Ya se había fumado otra cajetilla y acababa de abrir la tercera. Había dejado claro lo que quería decir envolviéndolo dentro de un discurso lleno de loas a la

democracia, al sufragio y a todo a lo que él odiaba. Estaba tranquilo, a pesar de que lo que le tocaba hacer a partir de esa hora iba a tener una trascendencia enorme. El Golpe de Estado estaba yendo según lo previsto, salvo por Sergio Pan que se había refugiado con los suyos. Martha Golfín ya estaría muerta a esas horas y la policía ya había entrado en el hotel para realizar detenciones por lo que ya debía estar dentro de un coche policial «especial» donde sería eliminado. Las tropas se estaban movilizando en capitales de provincia pequeñas. En unas horas tomarían las principales. Ahora entraba él en el juego y lo que debía hacer le subía la adrenalina. Sin embargo, no demostraba nerviosismo, más bien calma. Encendió el ordenador que allí había para leer la prensa en internet. Nada reseñable. Todo según lo previsto. Los titulares remarcaban la victoria de Democracia y Libertad. Los medios más afines a su partido, que eran casi todos, analizaban los resultados como consecuencia de la alta participación pero ni una crítica hacia su gestión, todo lo contrario, el mensaje que se lanzaba era que el partido de la izquierda había ganado «a pesar de la gran gestión del Ejecutivo de Cromacio Vila». Mientras leía y comprobaba que los medios habían seguido las consignas que les habían dado la puerta se abrió y Neus Yuste entró en el despacho. Su expresión delataba preocupación.

— ¿Qué ocurre? —preguntó el Presidente.

— Ni Sergio Pan ni Alfonso Abio estaban en el hotel. He hablado con los que estaban vigilando las salidas y dicen que no le han visto salir y que no había habido ningún movimiento extraño.

— ¿Ha salido volando o qué? Habla con Rogelio y que les ordene peinar de nuevo el hotel. Seguro que está dentro —Rogelio Martínez era el Director de la Policía, un antiguo miembro de los comandos ultras de la Transición—. Todo lo demás va según lo previsto, ¿verdad? —Neus asintió pero no dijo nada—. Entonces, vámonos.

Cogieron un Audi S8 negro, el coche oficial asignado al Presidente del Gobierno. El chófer sabía perfectamente cuál era el destino, así que no hizo falta que le dieran indicación alguna. Se sentaron. No hubo palabras, no hacían falta porque los dos sabían cuál era el papel que les tocaba interpretar. Neus abrió su ordenador portátil al que conectó un modem USB para ir coordinando desde el coche las operaciones que estaban en marcha. Eran las doce y cuarto de la noche. En una hora y cuarto comenzarían a intervenir los suministros y las comunicaciones. No había que generar más caos. En dos horas las tropas y las fuerzas de seguridad tomarían las calles de las grandes ciudades. Cuando los españoles se despertaran para iniciar la nueva semana se encontrarían con que las cosas habían cambiado.

Se dirigían hacia la residencia del Jefe del Estado. El tráfico era mínimo. Sonó el teléfono de Neus Yuste.

— Dime —respondió—. Sí... sí... sí... ... ¡quéeéééé! ¡Eso es intolerable! —gritó a la vez que cerraba de golpe la tapa del portátil.

La actitud de una persona tan imperturbable como era Neus Yuste despertó las alarmas en el Presidente. Por un momento dejó de pensar en lo que en apenas media hora iba a hacer para centrarse en lo que había ocurrido porque bueno no podía ser.

— ¡Mueve cielo y tierra, haced lo que tengáis que hacer, pero arregladlo! —volvió a gritar y cortó la comunicación.

— ¿Qué ha pasado? —preguntó Cromacio impaciente.

— Martha Golfín se ha escapado.

— ¿Cómo? ¡Eso es imposible! ¡Si la tenían maniatada! ¿Cómo ha podido pasar?

— Dos de nuestros hombres se han acercado al chalet para sacar el cuerpo de allí y se han encontrado a los otros dos muertos. De Martha Golfín, ni rastro.

— ¿Muertos? ¿Cómo?

— Alguien les disparó en la cabeza. En el suelo había huellas de, al menos, una persona que no se correspondían con las de nuestros hombres.

— Primero Sergio Pan. Ahora Martha Golfín. ¿Qué está pasando? Quiero respuestas ya. Llama a los que están en el hotel de Democracia y Libertad a ver si han encontrado a ese rojo.

— Ahora mismo —Neus Yuste marcó un número en su teléfono móvil y comenzó a hablar con el operativo policial que había irrumpido en el hotel de donde había escapado Sergio Pan.

Ya estaban llegando a la residencia del Jefe de Estado. Pasaron sin problema los controles de seguridad. No era anormal que el Presidente de Gobierno fuera a dicha residencia a cualquier hora del día, por lo que no se hicieron más preguntas que las de rutina. Neus seguía hablando con el operativo. El coche paró casi al mismo tiempo que terminaba de hablar por teléfono.

— Sergio Pan no está en el hotel.

— Alguien está detrás de todo esto. Ni él ni ella podían tener información Office. Alguien nos está traicionando —hizo una pausa—. ¿Vas a venir conmigo o te quedas aquí?

— Lo que vas a hacer no me lo pierdo yo ni «jartita» de vino —dijo sonriendo—. Después hablo con Rogelio y vemos qué es lo que está pasando.

Un ujier les recibió en la puerta y les condujo a través de los largos pasillos de la residencia del Jefe del Estado. A Cromacio le escandalizaba la austeridad con que había sido decorada tras la renuncia del antecesor. Según él la primera autoridad de un país debería tener un poco más de estilo y dar ejemplo de un país próspero como era España. Esa austeridad en la decoración le recordaba más a la de los países del Telón de Acero o al piso de un funcionario con muebles de Ikea que a la imagen que debía dar el país que gobernó el mundo durante siglos.

— Su Majestad les está esperando en su despacho —indicó el ujier.

«Mejor en el despacho que en la sala donde despacho con él habitualmente», pensó el Presidente. Para lo que iba a hacer era mejor un espacio pequeño que un salón grande. Caminaban detrás del bedel pero de su cabeza no se iba la idea por lo que había ocurrido con sus dos contrincantes políticos, con sus enemigos, con quienes podrían ponerse al frente de las masas y finiquitar lo que, a su entender, necesitaba España. El hecho de que hubieran desaparecido quería decir que alguien más era conocedor del plan y que estaba actuando para paralizarlo. La sospecha quedaba confirmada con la muerte de los dos hombres que secuestraron a Martha Golfín.

En medio de esas reflexiones llegaron a la puerta del despacho del Rey. El ujier les pidió que esperaran un momento y les invitó a sentarse en unos sillones que había en la antesala.

— ¿Algo nuevo? —preguntó el Presidente.

— Nada. No he recibido respuesta alguna —respondió Neus preocupada—. Seguimos adelante, ¿verdad?

— No lo dudes. Seguro que la falta de respuesta está causada porque cada uno está ejecutando su misión.

— Muy bien.

La puerta del despacho se abrió y el ujier les anunció. Cromacio y Neus entraron a la estancia. La decoración era igual de austera y funcional que el resto del edificio. Una gran mesa de trabajo abarrotada de papeles. No había cuadros ni tapices en las paredes, sólo fotos familiares. Detrás de la mesa la bandera de España y la de la Monarquía. Una gran ventana con cristales blindados permitía que la luz natural penetrara durante el día. Bajo el alféizar, un sofá blanco de piel acompañado de dos sillones a juego y de una mesita de café. Ni una gran biblioteca, ni grandes libros con lomos dorados, sólo una pequeña estantería cuyas baldas no estaban repletas. Eran muebles caros, pero demasiado funcionales para el gusto del Presidente.

El Rey estaba sentado mirando la pantalla del portátil Apple que tenía colocado en la mesa de trabajo. Se le veía concentrado en lo que estaba haciendo. Cromacio Vila intentó captar preocupación en la expresión del Jefe del Estado. Sin embargo, sólo encontró concentración.

— ¡Majestad! —dijo cuadrándose e inclinando la cabeza, tal y como indicaba el protocolo.

— ¡Hombre, Cromacio! ¿Cómo lo llevas? —vio que venía acompañado así que también se dirigió a Neus saludándola con la mano—. Hola Neus, ¡cuánto tiempo!

El Rey cerró la tapa del portátil y se levantó. Era un hombre joven, ya que apenas había alcanzado la cincuentena, muy alto y con un cuerpo que demostraba que hacía deporte a diario, incluso cuando sus obligaciones le obligaban a viajar fuera del país. Siempre encontraba un hueco para ir al gimnasio o para correr junto a sus escoltas. Su matrimonio con una plebeya, una abogada laboralista, le había cambiado la vida. Dejó casi todos los vicios, no hacía escapadas nocturnas como era propio de cualquier Rey de su dinastía. Sólo se permitía fumarse unos pocos cigarrillos. No tomaba más alcohol que el que le exigía su cargo y, por supuesto, ni tocaba las drogas. Los monárquicos no le perdonaban su matrimonio, al igual que los más conservadores, entre los que se encontraba Cromacio. Estaba muy preparado para el poder, mucho más que su padre. Había estudiado más allá de su formación militar, hablaba con fluidez varios idiomas y tenía a la población en el bolsillo por su simpatía. Sin embargo, era un Rey débil que había aceptado sin problema el papel meramente institucional que le otorgaba la Constitución, débil para aquellos que tenían una visión de la Jefatura de Estado caduca. Hubo otro detalle que no le gustó al Presidente: su Majestad le recibía vestido con unos pantalones vaqueros y una camisa de lino blanca. «Esto no es serio», pensó Cromacio, «debería haberme recibido en traje». No obstante, decidió continuar con la conversación.

— Ha sido una derrota muy dura, Majestad, pero el pueblo ha decidido que no quieren que yo sea más su Presidente.

— Ahora te toca realizar una tarea que es también muy importante en democracia: ejercer una oposición justa, seria y responsable.

— Creo que no, Majestad, creo que no podría realizarla. Por eso vengo a despedirme de usted.

— No me imaginaba que Cromacio Vila se rindiera ante la derrota. No lo hiciste cuando perdiste otras elecciones. España te necesita, eres un gran político —dijo el Rey.

— No me rindo, simplemente pienso que mi sitio no está en la oposición.

— ¿Vas a volver a tu trabajo después de tantos años en política?

— No, no, no podría, pero puedo seguir en política ocupando otros puestos. La política ha sido mi vida.

— Entonces, ¿pasas a la segunda línea? —el Rey estaba sorprendido. No esperaba que alguien como Cromacio Vila se rindiera.

— No

Un disparo sonó en aquel momento, un disparo ahogado por un silenciador que impactó en la cabeza del Rey.

— Pero... ¿qué haces? —preguntó el Presidente sorprendido por la reacción de Neus—. Matarle no entraba en plan. Sólo nos lo íbamos a llevar, a él y a su familia.

— Era necesario

VII

E

spanoles, hoy es un día que entrará en la larga historia de

nuestra Patria. Durante cuarenta años hemos sido testigos de cómo el sistema democrático ha errado, ha fracasado. La constante confrontación de las distintas ideologías recogidas en los partidos políticos ha generado un germen que podría llevarnos hacia una nueva Guerra Civil. La imposibilidad de llegar a consensos en los asuntos que nos afectan a todos es un ejemplo que demuestra a esto. La actitud irresponsable de los partidos políticos anteponiendo aspectos ideológicos a los verdaderos intereses de la Patria, intereses representados en las medidas implementadas en solitario por el Partido Conservador, han provocado que tengamos que tomar una decisión difícil pero que se hace pensando en el bien de los españoles.

» A partir de hoy se produce un cambio de régimen político de manera transitoria hasta que los graves problemas que tiene nuestra Patria sean resueltos. A partir de hoy yo, Cromacio Vila, asumo la Jefatura del Estado por el bien de España con los mismos poderes que tuvo en Caudillo en vida.

» Hoy el Boletín Oficial del Estado publica las siguientes medidas que adopté en la noche de ayer:

» 1.- Queda derogada la Constitución Española de 1978. La soberanía reside a partir del día de hoy en mi persona. Los derechos y deberes de los españoles serán los mismos que los recogidos en el Fuero de los Españoles. El texto constitucional por el que se regirá la Patria serán los Principios Fundamentales del Movimiento.

» 2.- Los partidos políticos serán entidades ilegales. La única organización reconocida legalmente en España será la que representa el Partido Conservador. Lo mismo ocurre con los

sindicatos. Sólo existirá una entidad de futura creación a semejanza del antiguo Vertical con las actualizaciones propias de nuestros tiempos. La pertenencia tanto a partidos como a sindicatos a partir del día de hoy será considerada delito de terrorismo.

» 3.- Quedan derogados los derechos de manifestación, reunión, asociación, huelga y sufragio.

» 4.- El divorcio, las uniones de hecho y el matrimonio civil, en cualquiera de sus modalidades, están prohibidos. Sólo será válido el matrimonio católico. Los matrimonios y uniones de hecho entre personas de distinto sexo podrán regularizar su situación en un plazo de 3 meses. Pasado este tiempo su unión quedará anulada y perderá todos los derechos familiares recogidos en la Ley.

» 5.- El aborto queda prohibido.

» 6.- La homosexualidad será delito penal.

» 7.- Queda derogada la libertad religiosa. España es católica y, por lo tanto, sólo se permitirá profesar esta confesión. El resto serán prohibidas y la profesión de las mismas será considerada como delito.

» 8.- Cualquier oposición al nuevo régimen será tratado como un acto de terrorismo.

» 9.- Queda derogado el Estado de las Autonomías. España es una y su grandeza reside en la unidad de sus pueblos.

» 10.- Las mujeres casadas tendrán que abandonar sus empleos, con los derechos laborales que tenían adquiridos, para volver al lugar donde reside la función de la mujer: la sumisión a su esposo, el cuidado de los hijos y las tareas del hogar. Sólo se hará una excepción a aquellas mujeres casadas que tengan algún cargo orgánico dentro del nuevo Gobierno o en las Cortes que se constituirán en los próximos días.

» 11.- Todas las personas que hayan tenido algún cargo o militancia en los partidos políticos, salvo los del Partido Conservador, deberán personarse en comisarías o juzgados para que se les tome declaración. Exactamente lo mismo para los sindicalistas. En caso de que en un mes no se haya tomado declaración a alguien, esas personas serán buscadas y detenidas por las Fuerzas de Seguridad del Estado y acusado de terrorismo.

» 12.- Queda derogada la libertad de prensa. Todas las publicaciones, en cualquier medio de comunicación, deberán pasar por la censura previa de un grupo de expertos. Cualquier noticia, tertulia, comentario contrario al nuevo régimen será tratado como delito de terrorismo y conllevará las consecuencias que marca la Ley para las personas que realicen estos actos. Las empresas serán inmediatamente cerradas.

» Hoy habréis visto cómo el Ejército y las Fuerzas de Seguridad del Estado están muy presentes en las calles. Quien no tenga nada que ocultar, quien no tenga intenciones de enfrentamiento, nada tendrá que temer. El Ejército y las Fuerzas de Seguridad están ahí para eso, para garantizar la seguridad y la paz para todos los españoles. A partir de hoy y hasta nueva orden quedará implantado el toque de queda. Nadie podrá estar fuera de sus hogares a partir de las diez de la noche, salvo casos de urgencia o con justificación lógica. La ruptura de dicho toque de queda conllevará la detención de quien lo incumpla y la aplicación de todo el rigor de la Ley.

» Vamos a ser un país grande, vamos a recuperar la grandeza que tuvimos y me uno a todos vosotros con el grito que nos debería unir: ¡Viva España! ¡Arriba España!

En el audio de la televisión se escuchó un coro de voces que respondía al nuevo Jefe del Estado: «¡¡¡Arriba!!!».

EL PODER DE LA UNIDAD

Habían pasado tres meses desde que Aurelio y sus hombres nos sacaron de Madrid la noche de las elecciones. Al principio pensamos que tenían intención de llevarnos al extranjero, pero no fue así, nos escondimos en unas instalaciones abandonadas por el Ejército en la provincia de Guadalajara. La situación de Martha era terrible. Un médico que estaba en el piso de la Gran Vía le puso morfina para que continuara dormida y no sintiera el dolor, pero nos advirtió que tendría que haberla operado. Desde aquel día paramos de trabajar para buscar una solución a la dictadura que Cromacio Vila había impuesto y al modo en que estaba afectando tanto a nivel interno como a nivel externo. Reuniones y más reuniones, siempre dentro de la estrategia que nos había marcado Aurelio. Según él había que dejar pasar un tiempo para que lo que ocurría en el país afectara directamente a los españoles, que generara un descontento silencioso que fuera acumulándose en las diferentes capas de la población para lograr de este modo que en el momento en que se iniciara la operación el pueblo se pusiera de nuestra parte.

Aún recuerdo nuestra salida de Madrid. Aprovechando el conocimiento que tenía Aurelio de cómo se iba a gestar el Golpe de Estado, sus hombres comenzaron a desmontar todo el operativo que tenían en el piso de la Gran Vía y nos montaron en coches camuflados. No sabíamos el destino, pero tanto Alfonso como Alba como yo pensábamos que la intención era sacarnos del país. Aurelio iba en el asiento delantero. A Martha la metieron en otro coche junto con el doctor y no supimos nada de ella hasta pasadas dos semanas en que se reunió con nosotros y con los demás. La habían operado aquella misma noche en una clínica donde trabajaba el médico que se encontraba en el piso. Después la trasladaron al lugar donde nos encontramos y la mantuvieron en una especie de hospital de campaña que hacía las funciones de enfermería hasta que estuvo prácticamente recuperada.

Yo no tengo esposa ni hijos, pero sí un padre, una madre y dos hermanos que estarían preocupados por mí. Martha era como yo, su vida política había hecho imposible formar una familia. Sin embargo, Alba y Alfonso sí que estaban casados y, en el caso de mi compañero, tenía una niña pequeña. La preocupación mientras íbamos en el coche era esa, que nuestras familias supieran que estábamos bien, sobre todo teniendo en cuenta lo que nos había contado Aurelio. Fue Alfonso quien se lo comentó:

— Aurelio, ¿qué pasa con nuestras familias? ¿Cómo van a saber que estamos bien?

— No os preocupéis por eso, lo sabrán esta noche. Lo hemos tenido en cuenta —respondió de manera seca y sin darle importancia alguna.

Como íbamos pensando que el viaje iba a ser largo, nos fuimos acomodando en el asiento intentando buscar una postura en la que estuviéramos cómodos y que no molestara al que estaba al lado. Cuando apenas había pasado una hora y media desde que salimos de Madrid el coche se detuvo. Las luces del coche nos mostraban una verja. Un hombre y una mujer se acercaron al vehículo. Aurelio bajó la ventanilla para que aquellos dos vigilantes le vieran. Sin embargo, la presencia del ex policía no evitó que nos enfocaran con linternas. El hombre asintió y nos dejaron pasar. Como yo iba sentado en el lado derecho del vehículo pude comprobar que iban armados con fusiles de asalto y que la mujer anotaba algo en una carpeta. Era noche cerrada y no podíamos ver más allá de lo que delimitaba el alcance de los faros. Pasados unos minutos pudimos entrever unas edificaciones, pero parecían abandonadas. No se notaba movimiento alguno y todo estaba oscuro. Parecía una especie de cuartel por los barracones y la disposición de los distintos edificios. El coche los fue dejando atrás y no se detuvo hasta llegar a un hangar metálico. Aurelio se bajó del coche y nos abrió las puertas para que le siguiéramos.

— Señores, ya hemos llegado.

Le seguimos como llevábamos haciendo toda la noche. Nos encontrábamos en una enorme nave cuyo estado delataba que estaba abandonada desde hacía mucho tiempo. No había nada, estaba vacía y, sobre todo, oscura. Yo tenía una sensación de vulnerabilidad ante un espacio tan grande y sin nada, ni un pequeño objeto abandonado por quienes en algún tiempo pasado utilizaran aquel lugar. Seguramente era el lugar donde los militares guardaban armamento pesado o los tanques, cualquiera sabía. Allí nos podían matar en cualquier momento y nadie se iba a enterar. Habíamos seguido a Aurelio Ayón como si fuese Moisés cruzando el mar Rojo pero realmente no conocía de él más que lo que me había contado de su hija, dato que me había corroborado Alfonso, y que me había salvado la vida, lo mismo que a mis compañeros. ¿Quién era realmente ese hombre? ¿Qué le había llevado a organizar todo aquel tinglado? ¿Por qué? Eran dudas que llenaban mi cabeza mientras inspeccionaba aquel hangar. La luz del coche dejaba entrever al fondo una especie de pequeño cubículo acristalado. Parecía que se tratara de una especie de oficina como la que nos encontramos habitualmente en un taller mecánico, el sitio donde nos dan los presupuestos de las reparaciones o pagamos las facturas, un espacio que suele estar lleno de papeles desordenados y de calendarios de mujeres desnudas en las paredes. Hacia allí se dirigió Aurelio indicándonos con la mano que le siguiéramos.

Llegamos al cubículo y también estaba vacío. No había ninguna mesa, ninguna silla, nada, sólo las tres paredes acristaladas opacadas por la suciedad provocada por tantos años de desatención. Lo único que había era una gran trampilla metálica abierta en el suelo. Los tres la miramos con desconfianza. Aurelio nos dijo:

— Hay que bajar. Tengan cuidado porque no vamos a encender ninguna luz hasta que llegemos abajo. Hay una barandilla a su derecha.

Después sacó una especie de intercomunicador del tamaño de un iPod Nano de su bolsillo y dijo:

— Bajamos —en ese instante pudimos ver un poco de claridad en el fondo. Alguien había encendido una luz, pero no debía ser muy potente porque sólo era una especie de reflejo que ni siquiera iluminaba la escalera.

Fue Aurelio quien comenzó el descenso haciéndonos señas para que nos apresuráramos. Le seguí y detrás de mí Alba y Alfonso me imitaron. Empezamos a descender con mucha precaución. La oscuridad vuelve torpe al hombre y le llena de inseguridades. Yo veía cómo la silueta de Aurelio se iba alejando. Sin duda había hecho ese camino en más de una ocasión. Sin embargo, nosotros tres descendíamos con mucha cautela y sin soltarnos de la baranda. El sonido de nuestros pies sobre los escalones nos daba a entender que los peldaños eran metálicos, pasos muy seguidos en el caso de nuestro guía y con pequeños espacios temporales en el nuestro. Tras varios minutos de descenso tocamos suelo firme. La luz que veíamos desde la trampilla no era más que el haz que provenía de una sala de la que sólo veíamos la puerta de entrada. Un rectángulo iluminado en medio de la más absoluta oscuridad.

Aurelio volvió a sacar de su bolsillo el intercomunicador y dijo:

— Llegamos —en ese instante un fuerte golpe sonó sobre nuestras cabezas. Habían cerrado la trampilla—. Por favor, tápanse los ojos. Voy a encender la luz —nos pidió.

Le hicimos caso. Escuché el sonido de un interruptor y a través de mis dedos pude entrever cierta claridad. Fui retirando poco a poco la mano para que mis ojos se acostumbraran a la luz. Me di cuenta de que mis compañeros hacían lo mismo y de que Aurelio llevaba unas gafas de sol, lo que me daba a entender que, efectivamente, él ya había hecho ese recorrido en multitud de ocasiones.

— ¿Dónde estamos? —pregunté con impaciencia.

— Sí, eso, ¿adónde nos ha traído? — dijo Alba con un tono de inquietud que no casaba mucho con su carácter. Ella fue siempre una mujer dicharachera que siempre te recibía una sonrisa, incluso en los momentos más duros o más trascendentes. Ese nerviosismo acompañado de preocupación no era propio de Alba. Por eso nos sorprendió tanto.

Aurelio nos pidió calma con un gesto de las manos y nos indicó que le siguiéramos. Nos condujo a través de un pasadizo de piedra hacia la puerta. Entramos en una sala circular, también de piedra. Todo lo que nos rodeaba tenía un aire de antigüedad, como si estuviéramos penetrando en las estancias de Petra. Aquello había sido construido hacía varios siglos, de eso no había duda. Sin embargo, había energía eléctrica y el abandono que habíamos visto en la superficie brillaba por su ausencia. Me sorprendió mucho el techo, una cúpula plana parecida a la que hay en la entrada de la Basílica del Monasterio de El Escorial. La sala estaba vacía salvo por una puerta que conduciría a otro pasadizo.

Aurelio comenzó a hablar.

— Estamos en el Refugio Real de Carlos IV. Fue construido... —el sonido de la puerta abriéndose le interrumpió.

En la cámara entró un hombre de más de dos metros de altura con una musculatura natural, no de gimnasio. Tenía unas facciones duras que daban miedo. Parecía un matón o un portero de discoteca. Era calvo pero un halo oscuro revelaba que se trataba de una decisión personal, nada que ver con la alopecia. Iba vestido como un personaje de videojuego: camiseta negra, pantalón de campaña y unas grandes botas militares. Colgado del hombro llevaba un fusil de asalto y en la cintura una pistola. ¿Por qué tantas armas? De momento, que supiéramos, no se

había disparado un solo tiro. Aunque, en realidad, sólo sabíamos lo que nos había contado Aurelio. Éste volvió a hablar:

— Les presento a Mikel Urrutia, uno de mis hombres de confianza.

— Aurelio, ya ha salido por la televisión —tenía una voz potente, concordante con su tamaño y, a pesar de su nombre, no tenía acento vasco.

— ¿Y? —preguntó Ayón.

— Justamente lo que habíamos pensado que iba a hacer. Lo hemos grabado para que lo vea todo el mundo —hizo una pausa mientras Aurelio asentía con la cabeza—. ¿Me voy o me quedo aquí?

— Quédate, quédate. Después de que les explique dónde estamos y porqué les hemos traído aquí les enseñas todo y les muestras dónde van a dormir.

— Perfecto.

Aurelio nos contó que aquel lugar lo había ordenado construir Carlos IV porque tenía miedo a los aires revolucionarios que venían de Europa. Si en España se producía un levantamiento del pueblo contra él saldría de Madrid y tendría un lugar donde esconderse y vivir durante un tiempo junto a toda su familia y sus más fieles. Contrató a un arquitecto que se encargó del proyecto y de dirigir las obras en el más absoluto secreto. Ni siquiera su heredero supo nada. Como mano de obra utilizaron a presos comunes con la promesa de la libertad una vez finalizado el trabajo, promesa que, como solía ocurrir con los reyes, no cumplió. Mandó ejecutar a todos los que habían participado en la construcción, incluido en arquitecto y se destruyó cualquier documentación para que no quedara constancia de la existencia del refugio. El resto de la historia del reinado de Carlos IV es conocida. Llegó la invasión napoleónica, la Guerra de la Independencia y Fernando VII se convirtió en Rey de España. El Refugio Real quedó en el olvido. Pasaron más de dos siglos y, sin que nadie supiera cómo, Franco tomó interés por él. Ningún historiador podía dar una respuesta al hecho de que el pequeño tirano gallego supiera de su existencia. Lo que quedaba claro es que lo conocía. Tras ganar la Guerra Civil y apoderarse del poder puso en marcha una operación para en primer lugar hallar el sitio donde se encontraba la construcción y, en segundo lugar, acondicionarlo para que le sirviera de cobijo en caso de que la guerra de Europa se torciera y los Aliados se dispusieran a invadir España. Franco quería tener una especie de Führerbunker como el de Hitler en Berlín. De entre los presos políticos reclutó a tres arquitectos para que le hicieran el proyecto. Él mismo supervisaba todo, como posteriormente hizo con el Valle de los Caídos. Evidentemente, la mano de obra fue esclava, formada por presos. Sin embargo, Franco fue más allá que el Borbón. Construyó un cuartel y un enorme hangar donde siempre había un avión preparado por si era necesaria la fuga del dictador tras una estancia de unos meses en el Refugio. Era la tapadera perfecta para que estuviera siempre vigilado. La nave donde se encontraba la entrada estaba siempre cerrada. Nadie entraba allí más que el propio Franco y los pocos fieles que conocían el proyecto. Al igual que Carlos IV ejecutó tanto a arquitectos como a presos del mismo modo en que lo hubiera hecho un faraón egipcio. El tiempo fue pasando y nadie, ni en el interior ni en el exterior amenazó con derribar a Franco. No obstante, a diferencia del Borbón, el dictador mantuvo el Refugio Real, no lo abandonó. Llegó el día 20 de noviembre de 1975. Antes de que Juan Carlos tomara posesión como Rey de España el cuartel fue desalojado y el avión

despiezado. Murió Franco y había dejado órdenes muy claras: aquello había que abandonarlo. Hasta hoy.

Alfonso le interrumpió:

— ¿Y tú cómo sabes todo esto? ¿Cómo lo encontraste si tanto era «Alto Secreto»? —lo preguntó con un tono cargado de ironía.

— Mira «Peque», no me toques los cojones y déjame terminar —respondió Aurelio un tanto irritado.

Esperó unos segundos para ver si alguien iba a decir algo más y, viendo que no teníamos intención de abrir la boca, continuó con su historia. Su descubrimiento del lugar se produjo del modo más casual. En el momento en que comenzó a tener conocimiento de lo que estaba organizando Cromacio Vila se puso en marcha para recabar más información para contrastar que todas la informaciones que le llegaban a través de sus contactos en las Fuerzas de Seguridad y de ciertos círculos de la Inteligencia. Cuando ya tenía confirmado que se estaba urdiendo dar un Golpe de Estado al finalizar la segunda legislatura si los resultados de las elecciones eran adversos para el Partido Conservador inició una serie de reuniones para organizar la contraoperación, reclutar hombres y proyectar los pasos que había que dar. Una de las personas con las que se reunió fue con María Llanos de Mendíbil, una de las más importantes historiadoras del siglo XX y una de las mujeres con mayor actividad política durante los años del franquismo, una gran mujer que había muerto a causa de un cáncer hacía un año. Esta mujer pasó mucho tiempo en la cárcel por delitos políticos y fue apartada de su cátedra en la Universidad Complutense en las mismas fechas en que lo fue Enrique Tierno Galván, por ejemplo. Cuando en una de las asambleas que se organizaban se trató el tema de cómo sacar a los líderes políticos de España María Llanos comentó la existencia del Refugio Real. En una de sus investigaciones encontró en los archivos del Palacio Real unos legajos donde se hablaba de un proyecto arquitectónico ordenado por el Rey. En esos documentos estaban los planos y una aproximación al lugar donde se estaban haciendo los trabajos. Investigó y encontró los datos que él ya nos había explicado antes, tanto lo referido a Carlos IV como lo referido a Franco. Lo que no conocía era su ubicación exacta. Aurelio y algunos de los que se habían unido a él se pusieron a buscar basándose en los datos que les dio María Llanos. No tardaron mucho ya que uno de sus contactos en el Ejército le comentó que tendría que estar en un cuartel abandonado que había en Guadalajara. Lo visitaron y lo encontraron. Se quedaron maravillados. A pesar de que hacía más de cuarenta años de la muerte de Franco el Refugio Real estaba en perfectas condiciones para ser, no sólo el escondite perfecto para los líderes políticos que pudieran liderar la oposición al Régimen que Cromacio Vila quería imponer sino también para organizar un Centro de Operaciones desde donde poder trabajar en todos los ámbitos que eran necesarios para terminar con la locura de un nostálgico del franquismo.

— Y ahora, señores, Mikel les acompañará y les enseñará el lugar, además de llevarles a sus habitaciones. Yo me tengo que ir. Mañana por la mañana nos veremos y empezaremos a trabajar, porque hay mucho trabajo que hacer y no tenemos mucho tiempo que perder —dijo Aurelio—. No deben preocuparse por nada, están a salvo —hizo una pausa y sonrió—. Les pido un favor. Vamos a pasar mucho tiempo juntos aquí abajo, así que, si les parece bien, dejémonos de formalidades y tuteémonos.

— ¿Y qué podemos hacer nosotros aquí encerrados? —pregunté yo con cierta inquietud y levantando un poco el tono de voz.

— Sergio, hazme caso, mañana os explicaré todo. Ahora Mikel os enseñará esto y os podréis hacer una idea. Cuando os lleven a las habitaciones intentad dormir y descansar, ¿de acuerdo?

Transmitía tanta seguridad que no nos quedó otra que asentir e ir tras el gigante que ya nos estaba invitando a seguirle. Recorrimos un pasillo similar al que nos condujo a la sala circular pero de mayor longitud. Llegamos a otra puerta. Mikel introdujo un código en un teclado y se abrió. Una vez que traspasé el quicio me llevé una de las mayores sorpresas de nuestra vida. Me había imaginado que el Refugio era una especie de catacumba con un pasadizo que actuaría de distribuidor de las distintas salas que lo conformaban. Al fin y al cabo lo había mandado construir un Rey en el siglo XVIII y si su plan era esconderse durante un tiempo no se iba a rebajar a vivir como un hurón bajo tierra. Sin embargo lo que tenía ante mis ojos superaba cualquier expectativa. Ante nosotros teníamos una construcción similar a una nave de una catedral románica. Una gran bóveda soportada sobre columnas de la que se veía final, y eso que estaba perfectamente iluminada.

— Aquí lo tienen, el Refugio Real.

Miré a Alfonso y Alba. Ambos tenían la misma cara de asombro que debía tener yo. En ese momento recordé la escena de El Señor de los Anillos en que Gandalf muestra a los componentes de la Comunidad la grandeza de Moria. Debíamos tener la misma expresión. La potente voz de Mikel nos sacó del embebecimiento:

— Ese es el corredor principal que distribuye hacia las más de doscientas salas que hay. Nosotros lo hemos organizado de tal manera que sea lo más funcional posible. Mide aproximadamente un kilómetro de largo.

Bajamos una escalera piedra y nos encontramos en el centro de la enorme nave. Apenas había movimiento de personas. A cada lado de la galería había unos arcos de medio punto que conducían a otros pasadizos que, irremediablemente, llevarían a otras dependencias. No pudimos ver mucho más porque todas y cada una de esas entradas se encontraba cerrada por puertas de seguridad con un teclado de seguridad como el que había utilizado Mikel anteriormente. Según íbamos caminando nos explicaba la disposición. Salas de reuniones, centros de monitorización, comedor, zona recreativa, y un largo etcétera que en el estado de estupefacción en que me encontraba pasaban por mi mente como un arroyo por su cauce. Lo que sí me quedaba claro es que habría sido necesario un trabajo enorme para adecuar aquel lugar a las necesidades. Sin embargo, a pesar de que a medida que iban pasando los minutos la intranquilidad iba dejando paso a la sensación de seguridad, aún quedaban muchas dudas respecto al futuro y, sobre todo, respecto al presente, a lo que estaría sucediendo en aquel momento en la superficie.

Estaba inmerso en aquellos pensamientos cuando Mikel nos indicó uno de los arcos.

— Ahora pasaremos a la zona residencial que hemos destinado a los representantes políticos.

Hasta ese instante no me había dado cuenta de que cada uno de los arcos tenía una denominación que indicaba claramente qué había al otro lado. Volvió a marcar un código en el

teclado y la puerta se abrió. Al otro lado había un corredor donde se veían diferentes puertas con su correspondiente sistema de control de acceso. No se oía nada, sólo el silencio y nuestras pisadas.

— Esta va a ser su residencia. Cada puerta da a un pequeño estudio. Sólo tienen que marcar 12345 y la tecla verde que hay en el inferior para entrar. Deben cambiar este código. Marquen el botón verde tres segundos y les pedirá que introduzcan el nuevo código dos veces. Una vez se haya modificado, esa será su clave de acceso para todos los puntos de control. Les ha sido asignada una según sus necesidades. Sergio, la número 7; Alfonso, la 9 y Alba, la 19. En unos minutos les visitará nuestro médico para darles algo que les ayude a dormir. Descansen y hasta mañana.

Se dio la vuelta y nos dejó allí solos.

— ¡Mikel! —gritó Alba—. ¿Dónde está Martha?

— No se preocupen por ella. La señora Golfín está aquí, en la enfermería. Mañana la podrán ver —respondió sin girarse, como no dándole importancia, como si Alba hubiera hecho una pregunta sin ningún sentido.

Los tres nos miramos. La verdad es que nos encontrábamos en esa situación en la que no sabes qué hacer, cómo continuar. El desconcierto en que nos hallábamos provocó un silencio incómodo. Ahí estábamos, en medio de un pasillo con multitud de puertas cerradas, como si fuera un hotel. No se oía nada hasta que Alfonso dijo:

— ¿Y ahora qué hacemos?

— Creo que, de momento, deberíamos hacer exactamente lo que nos han dicho. Entrar en una habitación e intentar descansar. Si viene un médico y nos da algo para relajarnos, mucho mejor. Mañana será otro día, hablaremos con Aurelio y él nos explicará. Yo, ahora mismo estoy muerto. Debe ser que me ha bajado la adrenalina —y me acerqué a la puerta numerada con un enorme 7. Antes de comenzar a marcar el código en el teclado Alba me preguntó:

— ¿Y nuestras familias? ¿Cómo sabrán que estamos bien? ¿Les habrán hecho algo? —se le notaba mucha inquietud en su voz.

Yo no tenía ese problema, no tenía esa preocupación. Yo soy un lobo solitario. Todos los intentos que durante mi juventud hice para entablar una relación con una mujer con la idea de organizar mi vida en torno a una familia fueron un verdadero fracaso. Como se dice ahora, yo soy un single de pata negra. Miré a Alfonso, que también era padre y hombre casado. Tenía la misma cara de preocupación.

— Mirad, mañana nos lo explicarán todo, no os preocupéis. Si han tenido en cuenta tantas cosas, si se han tomado tantas molestias, no creo que hayan sido tan irresponsables como para no haber caído en el tema de vuestras familias —intenté tranquilizarles.

— Tú eres el jefe, Sergio, pero como mañana no sepamos algo de nuestras familias no sé cómo voy a reaccionar —dijo con un tono amenazante Alfonso.

— Lo mismo digo —se reafirmó Alba.

Ambos se dirigieron a sus habitaciones o a lo que fuera que nos tenían reservado. Yo introduje el código inicial y lo modifique según las instrucciones que nos había dado Mikel. Hasta que no metí el nuevo no se abrió la puerta. Allí me llevé una nueva sorpresa. Pensé que me iba a encontrar con una especie de celda monacal, con una cama y poco más. Sin embargo lo que había iba más allá de mis expectativas. Se trataba de un estudio más o menos moderno con una cama, una mesilla, un pequeño armario, una cómoda, una mesa de trabajo, un pequeño sofá frente a un mueble donde había una televisión. Las paredes eran de la misma piedra que el resto del complejo, pero los paneles de separación le daba una especie de carácter hogareño. Al fondo, junto a la cama, había una puerta que daba a un cuarto de baño totalmente equipado. No obstante, la mayor sorpresa me la llevé cuando me di cuenta de que encima de la mesa estaba mi ordenador portátil, mi maletín de trabajo y junto al armario dos maletas que reconocí como mías. Las abrí y comprobé que era mi ropa la que estaba ahí guardada. No me lo podía creer. En medio de la confusión escuché cómo alguien aporreaba mi puerta. Miré por una mirilla de seguridad y vi a Alfonso con la cara llena de lágrimas. Rápidamente abrí.

— ¿Qué ocurre? ¿Pasa algo? —pregunté alarmado—. Entra.

— ¿Sabes lo que me he encontrado?

— Imagino que algo como esto, ¿no? —dije señalando el estudio.

— No. Mi mujer y mis dos hijas están ahí, dormidas.

— ¡No jodas!

— Me he emocionado, lo siento, pero estaba muy preocupado. Tenía que hablar con alguien.

— Siéntate y cálmate —le dije.

Se dirigió hacia el sofá. La puerta volvió a sonar. Imaginé que se trataba de Alba. Abrí pero no era ella sino el médico que habíamos visto en el piso de la Gran Vía. Traía colgada una bandolera.

— Buenas noches. Soy el doctor Rodolfo Sendín y vengo a darles una medicación para que puedan descansar.

— Ya nos dijo Mikel que nos haría una visita.

Abrió la bandolera y sacó todo el instrumental que necesitaba: un poco de alcohol, una jeringuilla, un vial con un líquido amarillo y una gasita.

— Usted, váyase a su habitación —le dijo a Alfonso—. No es momento de ponerse a charlar. Ya tendrán tiempo a partir de mañana.

— Le espero y nos vamos juntos, ¿le parece? —le respondió.

— De acuerdo —respondió con una pequeña sonrisa, aunque fue breve porque volvió a su seriedad en apenas unas décimas de segundo. Se acercó a mí con la jeringuilla en la mano—. Quítese la camisa, por favor.

Le hice caso y me pinchó en el brazo derecho.

— Ahora póngase cómodo y duerma. Le hará falta descansar. Hasta mañana —se dio la vuelta, invitando a Alfonso a que le acompañara. Salieron y cerraron la puerta.

Debió pasar muy poco tiempo porque no recuerdo nada más. Caí dormido a los pocos minutos.

Un fuerte sonido me despertó y me asustó. Tenía una sensación extraña. Parecía como si hubiera tenido un largo sueño que no acababa nunca. No abrí los ojos de inmediato intentado determinar de dónde provenía aquel sonido estridente. Parecía como si un despertador con los altavoces de los Rolling Stones me lo hubiesen colocado debajo de la almohada. Realmente no deseaba abrir los ojos, quería rechazar todo lo que había ocurrido la noche anterior. No podía haber vivido todo lo que había vivido, no podía ser cierto que se hubiese dado un Golpe de Estado, no podía ser cierto que un desconocido hubiera organizado una operación cuasi militar y que me hubiera escondido en un búnker del siglo XVIII junto a Alfonso Abio y Alba Aenlle. Nada podía ser verdad. Fue un sueño. Yo me iba a despertar en mi habitación, me acercaría al kiosko a comprar la prensa y me dirigiría hacia el colegio electoral, tal y como lo tenía pensado. Nadie me perseguía, todo eran paranoias. Sin embargo, el sonido estridente continuaba y me obligó a incorporarme. Abrí los ojos y lo que vi me devolvió a la realidad. Nada de sueños, sólo verdades. Todo ocurrió tal y como yo quería que no hubiese ocurrido. Me hallaba en el lugar donde no quería estar, rodeado de paredes de piedra. Estaba en el Refugio Real.

Busqué con la vista el lugar de donde salía aquel sonido insoportable y me fijé que encima del cabecero de la cama había una especie de intercomunicador parecido a los que se usaban en los hospitales para hablar con el control de enfermería. Uno de los botones tenía una luz parpadeante de color verde. Lo pulsé y el sonido paró, cosa que mi cabeza agradeció.

— Buenos días, Sergio. Son las nueve de la mañana. En el exterior hay una temperatura de diez grados y llueve —me asusté al escuchar la voz de Aurelio Ayón—. ¿Hemos descansado? Espero que sí porque hoy comenzamos a trabajar. En media hora estaré ahí con ustedes tres y les acompañaré a desayunar.

— Muy bien. Aquí le espero —fue lo único que acerté a decir.

Mientras me dirigía hacia el cuarto de baño me di cuenta de que me había quedado dormido vestido. Me duché e hice mis cosas. Tenía mucha hambre y unas ganas terribles de fumar. Sin embargo, nadie nos había dicho si allí estaba permitido. Aurelio estaba al llegar así que decidí esperar. Cogí ropa de una de las maletas que estaban ahí y me vestí. Ya lo colocaría todo cuando tuviera un poco de tiempo. Miré mi teléfono móvil y me di cuenta de que no había cobertura lo que era lógico al estar bajo tierra. Lo dejé encima de la mesa, al lado de mi ordenador portátil. Fue en ese instante cuando alguien llamó a la puerta. La abrí.

— Buenos días —dije.

— Buenos días —me respondió Aurelio—. Acompáñame a avisar a sus compañeros.

— Tengo muchas preguntas. Estoy lleno de preguntas y quiero respuestas —intenté poner un tono de autoridad.

— Las tendrás, no te preocupes. Durante el desayuno hablaremos largo y tendido —respondió con tranquilidad mientras llamaba a la puerta de Alfonso—. Tengo mucho que contaros y exponeros el plan de trabajo.

Alfonso salió recién duchado. Del interior de su apartamento salía el sonido de la actividad propia de una familia recién levantada. Entramos y Aurelio le dijo que uno de sus hombres vendría en unos minutos para acompañar a su familia a comedor, que no tenía nada de lo que preocuparse. Lo mismo ocurrió en la puerta de Alba.

— Luego nos vemos —le dijo a su marido y le dio un beso de despedida.

Salimos al corredor principal. Había mucha actividad. Mucha gente moviéndose de un lado a otro. Casi todo el mundo con el que nos cruzábamos llevaba armas y ordenadores portátiles. Era una actividad muy organizada. Toda aquella gente tenía muy claro hacia dónde debería dirigirse. El ambiente que se respiraba en medio de aquella vorágine era de profesionalidad y de normalidad. Hombres y mujeres hablaban entre ellos con total normalidad, gesticulaban, reían, asentían ante lo que sus interlocutores decían. Parecía como cuando se entra en una planta industrial o una gran empresa. En varias ocasiones intentamos iniciar conversación con Aurelio, pero éste nos frenaba con la misma frase: «No seáis impacientes, en unos minutos hablaremos con tranquilidad». Al final llegamos a una de las puertas. Me indicó el panel de seguridad para que marcara mi código.

— Así probaremos si funciona o no —le hice caso y lo tecleé. La puerta se abrió. Entramos y nos encontramos en una especie de comedor con una única mesa y alrededor de veinte sillas. En uno de los lados había dos mesas de buffet que no contenían ningún alimento. En el lado opuesto un mueble que contenía vajilla y cubertería. Sin embargo, el desayuno estaba ya preparado. Cinco cubiertos, cinco platos, una fuente con croissants, una jarra con leche, otra con café y otra con agua caliente. También había pan y zumo. Un detalle me sorprendió: había una televisión colgada de una de las paredes. Yo estaba hambriento y la mezcla de olores despertó aún más mi apetito.

— Sentaos y vamos desayunando. No empecéis a preguntar hasta que llegue Mikel. Ahora comamos.

— Mira Aurelio, o empiezas a decirnos algo o la lío parda —dijo Alfonso en tono amenazante.

No hizo falta que respondiera porque en ese instante Mikel Urrutia entró en el comedor. Nos saludó muy amablemente, se sentó y sin cumplidos se sirvió un café solo. Traía cara de no haber dormido mucho, lo que contrastaba con la frescura de Aurelio.

— ¿Todo bien? —le preguntó éste.

— Sin problema, pero necesitaba un café.

Los demás le seguimos y comenzamos a desayunar. Realmente estaba hambriento. Lo que no se me quitaban eran las ganas de fumar. Por cómo actuaron mis compañeros debían sentir lo mismo en lo referido a la comida porque en lo concerniente al tabaco, Alfonso no era fumador y de Alba lo desconocía.

— ¿Aquí se puede fumar? — pregunté. Ya no me podía aguantar más.

— Claro que sí. Recuerda que cuando se construyó esto los raros eran los no fumadores —dijo sonriendo Aurelio quien, a su vez, sacó un paquete de Marlboro de su bolsillo. Ofreció a todos los presentes y todos, menos Alfonso, comenzamos a fumar.

— ¿Qué ha pasado? ¿Qué está pasando? —preguntó Alba.

— Muy bien. Como os comenté la otra noche Cromacio Vila ha dado un Golpe de Estado. Para entender bien el cariz de los acontecimientos es preciso que veáis el discurso que dio anunciando la nueva situación.

Mikel se levantó, encendió el televisor y lo conectó al portátil. Vimos cómo clicaba en un archivo de vídeo. En la pantalla apareció el Presidente. Escuchamos su discurso y las medidas impuestas. Alfonso, Alba y yo nos mirábamos asombrados de lo que estaba diciendo. Se trataba de un retroceso de cuarenta años. Directamente quería gobernar como lo había hecho Franco. Todos los poderes del Estado se encontraban en su mano. Retiraba a los ciudadanos todos y cada uno de los derechos democráticos. El desayuno se me atragantó. Se me hizo un nudo en el estómago. La situación era mucho más negra de lo que me habría podido imaginar con lo que Aurelio nos contó en el piso de la Gran Vía.

— ¿Nadie ha reaccionado? ¿Nadie ha hecho nada? —pregunté.

— Hubo una manifestación el pasado lunes que...

— ¿Cómo que el lunes? ¡Hoy es lunes! —dije.

— Hoy es miércoles. Han estado durmiendo dos días. Era necesario que descansaran. El doctor Sendín nos dijo que era lo mejor para ustedes y sus familias —dijo Mikel.

— ¿Cómo? —le espetó Alfonso airado.

— Eso no tiene importancia. Lo que importa es que sepáis cómo está el tema. Como os decía el lunes hubo una manifestación en Madrid que fue duramente reprimida por la policía y el Ejército. Hubo varios muertos y miles de detenidos. Esperaban y necesitaban que el pueblo saliera a la calle para ejemplarizar y evitar un levantamiento popular. Por eso no se cortaron un pelo y desde el primer momento utilizaron toda su fuerza.

— Muertos, detenidos... —mis pensamientos se hicieron palabras.

— La noche de las elecciones detuvieron a toda la gente que estaba en el hotel de donde sacamos a Alfonso y Sergio. Una vez finalizado el escrutinio los miembros del Partido Conservador con una ideología más democrática también fueron detenidos. Después del discurso del Presidente comenzó la persecución de los militantes y simpatizantes de todos los

partidos políticos. Lo mismo se hizo con los sindicatos y con los periodistas y medios de comunicación que se resistieron durante los últimos cuatro años a la manipulación y el clientelismo de la prensa tradicional. También han detenido a los principales activistas de los derechos civiles, sobre todo los homosexuales. A la gente que no era católica se le ha prohibido practicar su culto. El Ejército ha tomado las calles. Se nota su presencia. Por cierto, muchos mandos militares y policiales han sido purgados por ser demócratas o por haberse negado a adherirse al Golpe. Cualquier conato de protesta termina con detenciones y palizas.

— ¿Y qué ha ocurrido con la Unión Europea o la ONU? ¿Se han quedado callados? — pregunté—. Y, ¿dónde llevan a todos los detenidos? Por lo que dices estamos hablando de miles de personas.

— Las instituciones internacionales han condenado a España. La respuesta de Europa no tardó ni una hora: si no había una marcha atrás en el Golpe de Estado nos expulsarían de la UE. La ONU condenó ayer al nuevo régimen español y abrió un expediente de expulsión. Respecto a los detenidos es una de las cosas en las que estamos trabajando ahora mismo. Los deben estar llevando a algún sitio porque en las cárceles no ha habido ningún incremento de presos. La respuesta de Cromacio Vila ha sido la de ordenar el cierre de las fronteras incumpliendo de este modo todos los tratados de la Unión Europea.

— ¿Se está torturando a la gente? —preguntó Alfonso preocupado. Su padre fue un militante comunista en el franquismo y fue torturado varias veces en la Dirección General de Seguridad.

— Seguramente en el lugar a donde los estén llevando se esté practicando algún tipo de tortura, pero no lo puedo confirmar hasta que no tengamos certezas —respondió Mikel muy serio.

— Ahora se están realizando registros en todas las casas de posibles sospechosos. Se hacen detenciones preventivas, como lo hicieron los nazis en su momento o hizo Franco después de ganar la Guerra Civil. Llevan más de dos años rastreando las redes sociales, foros de internet, blogs y páginas web para fichar los perfiles de quienes eran más críticos con el Gobierno. A esta gente también se la está deteniendo. Todas las comunicaciones están intervenidas, internet incluido.

— ¿Y la prensa internacional? Ellos deben haber informado a sus periódicos y a sus agencias de lo que está ocurriendo aquí, ¿verdad? —pregunté.

— Todos los corresponsales extranjeros fueron retenidos y expulsados del país tras el mensaje del Presidente.

— Joder, Aurelio, me lo estás pintando como si esto fuera Corea del Norte —dijo Alfonso.

— Más o menos van por ahí los tiros —respondió con tranquilidad Mikel—. Las detenciones las realizan a plena luz del día para generar miedo. La gente se ha asustado. Si vais por las calles se nota que la peña está atemorizada. ¿Os imagináis la calle Preciados vacía a las ocho de la tarde? Ayer pasé por allí y me crucé con diez personas, ocho de las cuales eran policías.

— ¿No les habrá dado por ejecutar a nadie? —yo ya me esperaba lo peor—. El domingo nos dijiste que tanto a Martha Golfín como a mí nos iban a matar. ¿Han asesinado a alguien más?

— Hubo un muerto. Al Rey le metieron un tiro en la cabeza. Desde el domingo por la noche para acá no tenemos constancia de que se hayan producido más ejecuciones —dijo Aurelio sin inmutarse. La tranquilidad con que nos estaban presentando la situación me ponía más nervioso aún.

Se hizo un silencio, momento en que aproveché para encender un cigarrillo que me ayudara a asimilar todo lo que nos acababan de contar.

— Bueno, ¿y qué vamos a hacer? No creo que nos hayas traído aquí sólo para escondernos. Tanta gente armada, todo el tinglado que habéis montado tendrá un fin ¿verdad? —preguntó Alba. Se la veía nerviosa y no era para menos.

— Eso es lo que voy a explicaros ahora.

El plan de Aurelio pasaba por organizar un plan para dar otro Golpe de Estado que reinstaurara el régimen democrático y el Estado de Derecho, pero no de modo inmediato, sino pasados unos meses. «Es necesario que el pueblo se dé cuenta de que le han robado su libertad. Llegado el caso necesitaremos del apoyo de la gente en la calle, aunque espero que no haga falta y sea tan aséptico como el que ha dado Cromacio Vila».

— No quiero violencia — le interrumpí.

— Evidentemente, por eso es necesario que todos trabajemos en una única dirección, cada uno en su ámbito.

— Ya, pero aquí hay mucha gente armada. Da la sensación de que nos encontremos en un cuartel —dijo Alba. Guardó silencio unos segundos como cuando nos damos cuenta de que hemos dicho una tontería o una obviedad—. Bueno, estamos en una especie de sótano gigante debajo de un cuartel lo que no significa que este lugar lo tenga que parecer.

Fue Mikel quien respondió al reproche:

— Se trata de un modo de defensa. En un momento dado, a pesar del sigilo con que estamos llevando la operación, puede darse el caso de que los Servicios de Inteligencia detecten nuestra presencia aquí. Es muy improbable porque ya nos hemos cuidado de que no se registren movimientos extraños ni de que se den niveles infrecuentes de, por ejemplo, consumo eléctrico. Franco creó un sistema para que la electricidad no faltara en el Refugio y que su uso no fuera registrado por los medidores oficiales, ahora en manos de las compañías eléctricas. Nosotros lo hemos perfeccionado añadiendo suministro proveniente de unos paneles solares instalados en el cuartel. Aurelio no quiere que cuando se dé el golpe se dispare ni una sola bala —le hizo un gesto al ex policía para que continuara.

— Como ya he dicho no habrá violencia, y si la tuviera que haber, que sea en defensa propia. La operación se asienta en dos pilares: el operativo y el político. Toda la gente que hay trabajando aquí está centrada en el primero y en vigilar los movimientos que se están produciendo allí arriba. En principio ya tenemos una idea de lo que vamos a hacer, pero hasta que no esté totalmente perfilado no os lo presentaremos. El otro aspecto es el político. Creo que todos estamos de acuerdo de que nuestro sistema democrático se ha quedado anquilosado en los años setenta y ochenta del siglo pasado. Apenas se han hecho cambios en la Constitución. Ese

va a ser su trabajo, adecuar nuestra democracia a los nuevos tiempos, a las nuevas demandas de los ciudadanos, es decir, regenerar el sistema.

— Eso está muy bien decirlo y estoy de acuerdo contigo, pero mientras nosotros trabajamos aquí en la vida real, allí arriba, la genta está siendo sometida a una dictadura que tiene pinta de ser más salvaje que la del propio Franco —dije con tranquilidad pero intentando hacer patente un poco de indignación.

— Por eso es importante que el Golpe no se dé de inmediato. No sólo hay que quitar de en medio a Cromacio Vila y sus fanáticos, sino que hay que hacerlo con un proyecto sobre el que sostener la nueva democracia, una democracia pensada en la gente y no solo en la clase política, una democracia que sea real y no sólo una bella palabra —afirmó Aurelio con mucha rotundidad. En el fondo él tenía razón.

— Hay un pero. No estamos todos representados. Para hacer lo que nos estás pidiendo es fundamental que todas las ideologías democráticas tengan voz y voto —dijo Alfonso—. Por otro lado, el Golpe debe tener apoyo internacional, debe garantizarse que los países de la Unión Europea y de la ONU lo respaldan.

— Por eso tu misión será la de reunirte con los dirigentes de la Unión Europea y de otros países para exponerles el proyecto político sin dar detalles del operativo ni de cómo vamos a dar el Golpe. Os sacaremos a ti y a tu familia de España en unos días. Desde aquí te organizaremos las reuniones políticas. Deberás tener, además, mucha presencia en los medios de comunicación, darás entrevistas en televisión, radio y prensa escrita. Es evidente que en estos foros no Serás el primer ariete.

— ¿Por qué yo? —preguntó Alfonso con cierto temor.

— Porque eres el mejor preparado —dije con rotundidad—. Hablas cuatro idiomas, tienes mucha facilidad de palabra, te manejas muy bien con los medios y tienes una empatía de la que yo carezco, por ejemplo. No sé si a Alba le parecerá lo mismo —la miré para obligarla a que diera su opinión.

— Creo que Alfonso es una buena elección.

El interpelado se quedó callado, meditabundo, fijando su mirada en un punto de la pared de piedra. Aurelio volvió a hablar:

— En lo referido a lo que decías de que todas las ideologías debían participar en la parte política, tienes razón. Por eso no sois los únicos que hemos traído aquí. Les conoceréis luego. Ahora Mikel os enseñará vuestras zonas de trabajo y os mostrará lo que hacemos en la parte operativa. Señores, empezamos a trabajar —Aurelio y Mikel se levantaron de sus sillas dando a entender que la reunión había finalizado.

— Tengo una pregunta más. ¿Quién es toda esta gente? —pregunté con un tono de seriedad—. Comprenderás que tengo que tener plena confianza en todos los que me rodean y no estar con el miedo en el cuerpo todo el día.

— Es una pregunta muy lógica. Toda esta gente son miembros de los distintos cuerpos de las Fuerzas de Seguridad, de los Servicios de Inteligencia, de todas las armas de las Fuerzas Armadas. Pero no son todos los que están. Han abandonado sus puestos porque no están de acuerdo con el régimen político que ha impuesto Cromacio Vila. Sin embargo, tenemos a más de 100 personas que siguen ahí arriba informándonos de todo lo que se mueve, de todo lo que estos fanáticos están haciendo. Sergio, debes confiar en que son demócratas y que lo han apostado todo a que nuestro Golpe salga bien.

Lo dijo con toda seguridad que no me quedó otra que hacerle caso. Aurelio hizo un gesto con el brazo dándonos a entender que deberíamos salir de la sala y acompañar a Mikel quien ya nos estaba esperando en la puerta. A los tres nos impresionó bastante el grado de organización que Aurelio y Mikel habían logrado en el Refugio. Todo el mundo sabía lo que tenía que hacer, todo el mundo conocía exactamente el lugar donde realizar su trabajo. Con las referencias que nos habían dado de la procedencia de toda aquella gente era lo normal: policías, guardias civiles, miembros de la Inteligencia Nacional y militares. Una de las cosas que más sorprendía era el silencio o el escaso ruido: allí había cientos de personas y, sin embargo, apenas se oía nada.

Fuimos entrando en todas las estancias que ocupaban todos los que se encargaban de la parte operativa. Salas de escucha, donde se monitorizaban las comunicaciones del Gobierno de Cromacio Vila y de los órganos de poder. Todos los teléfonos, tanto móviles como analógicos estaban pinchados. Salas de control informático, donde se hacía lo mismo pero en lo referido a las comunicaciones vía internet. Salas de estrategia, donde se estaba realizando en aquel momento *unbrainstorming* para definir cómo se iba a dar el Golpe desde el punto de vista operativo. Salas de vigilancia, donde se controlaba todo el entorno del Refugio. Y muchas más. No hablamos con nadie porque todo el mundo estaba trabajando y no interesaba que por presentaciones sociales se perdiera ni un segundo de tiempo. Hubo zonas que no nos enseñó con el pretexto de que sólo tenían acceso unas pocas personas entre las que no nos encontrábamos nosotros. . Nos sorprendió mucho un sector que estaba orientado a que las familias tuvieran una actividad que desarrollar. No podían mantenerlas encerradas en los apartamentos todo el día. Algo tenían que hacer sin tener conocimiento de lo que se estaba cocinando en las otras zonas.

— Hemos traído a todas las familias de los que están aquí —dijo Mikel.

Finalmente, entramos en el sector donde trabajaríamos nosotros. Tras pasar un pequeño pasillo penetramos en una serie de salas que habían acondicionado con todo lo necesario para trabajar.

— Las reuniones donde se encuentren todos se harán en la sala grande que tiene capacidad para cincuenta personas. El resto de salas están habilitadas para que mantengan sus encuentros y estudien las propuestas hechas por los otros —nos indicó Mikel.

Se trataba de salas de reuniones donde podrían sentarse hasta diez personas. Todas estaban equipadas con una pantalla de plasma y la posibilidad de conectar a la misma un ordenador portátil. La más grande parecía un salón de congresos de un hotel o una sala de prensa. Efectivamente, había unas cincuenta sillas.

— Ahora vayan a sus departamentos y recojan sus ordenadores porque en media hora tendrán ustedes la primera reunión política para organizarse el trabajo.

Tres meses encerrado en el Refugio Real dan para mucho. Desde aquel día en que Mikel nos mostró nuestro departamento de trabajo no paramos de buscar el modo en que regenerar la democracia española en el caso de que el plan operativo del equipo de Aurelio tuviera éxito y se lograra la caída del Régimen dictatorial de Cromacio Vila. Aquella primera reunión fue muy reveladora y demostró que la antigua creencia de que los españoles éramos incapaces de unirnos podía ser sólo un mito si se ponía todo el empeño necesario para ello. En un principio hubo cierta tensión cuando entraron en la sala grande dos miembros del Partido Conservador.

— ¿Qué coño hacen estos aquí? —preguntó airado Alfonso.

— Es necesario que estén —respondió Aurelio que asistió a este primer encuentro. Fue primera y la última vez que lo hizo porque ya no le volvimos a ver más en la zona del Refugio asignada a la estrategia y los trabajos políticos.

Creo que se presentó allí porque intuía que habría algo de tensión por la presencia de Raúl Arostegui y de Almudena Sales. Acertó de pleno ya que muchos de los allí presentes mostraron su disconformidad o su hostilidad hacia ellos. Los dos conservadores se mantuvieron en silencio y con la cabeza baja. Tal vez era la consecuencia de cargar con una culpabilidad que no les correspondía pero que se les atribuía por contagio. Aurelio continuó hablando:

— Insisto, es necesario que estén aquí y que formen parte de los trabajos políticos. No se puede llevar adelante su misión si no están presentes todos y cada uno de los partidos que hasta ahora han tenido representatividad en nuestra democracia.

Tenía razón. Había que tener en cuenta que la legitimidad democrática está basada en el consenso entre todas las fuerzas políticas cuando los puntos a negociar concernían a temas cuya trascendencia sobrepasa a las mismas leyes. Yo conocía a aquellas dos personas y puedo asegurar que eran dos demócratas. Es cierto que tenían un concepto ideológico opuesto al que muchos de los allí presentes teníamos pero se trataba de dos figuras cuyo valor democrático no podía ponerse en duda. Fueron ellos dos, junto a un reducido grupo de dirigentes del Partido Conservador, quienes se opusieron a la prórroga de la legislatura que mantuvo en el poder a Cromacio Vila cuatro años más sin pasar por las urnas. Muchos de estos fueron detenidos en la sede de su partido la misma noche en que se dio el Golpe de Estado. Raúl Arostegui era el de mayor edad de todos los que allí nos encontrábamos, tal vez sólo superado por Aurelio. Había llegado a ser ministro en una de las legislaturas en que los conservadores gobernaron durante la década de los noventa. Delgado, con la piel blanca y los cabellos de ese color indefinible que se les queda a los rubios cuando se mezcla el amarillo natural con el gris del paso del tiempo.

Siempre le había visto con traje. Por eso me resultaba extraño tenerle ante mí con unos vaqueros y una camisa. Levantó la cabeza y dijo:

— Comprendo perfectamente vuestra desconfianza. Es lo más natural. Sin embargo, os puedo asegurar que yo soy el más avergonzado por lo que los que creía que eran mis compañeros de partido han hecho. Os doy mi palabra de honor que no me encuentro aquí para entorpecer nada de lo que se diga, haga o proponga. Vengo para aportar. Creo que hablo en nombre de los dos —se sentó, miró a Almudena y le cogió la mano. Ella asintió pero no dijo nada.

Realmente a ella se la veía muy afectada. Almudena Sales fue siempre el punto discordante de los conservadores. Siempre se opuso a cualquier ley o reforma que fuera en contra de los derechos de las mujeres o de la clase trabajadora. En su juventud militó en el Partido Comunista, lo que la llevó a ser detenida en más de una ocasión por la Policía franquista. Se trataba de una mujer de apenas metro sesenta de altura, entrada en carnes por el paso de la edad y de la menopausia. Siempre sorprendía por su extrema sinceridad. Jamás entró en el juego de los eufemismos cuando había que explicar tal o cual medida o sus argumentos para defender u oponerse a tal o cual ley, por mucho que su partido la hubiera promovido en el Parlamento. A pesar de su oposición al rumbo autoritario que estaba tomando su partido no la expulsaron ni tomaron ninguna medida coercitiva porque tenía mucho gancho con la gente de la calle y ese era un valor muy importante para un partido tan antipático como el conservador.

No sé por qué me puse en pie y tomé la palabra. Tal vez fuera porque tanta hostilidad era un presagio de que aquello no empezaba bien. Realmente, no lo sé. El hecho fue que hablé y adopté un tono duro que muy pocas veces había utilizado en mi vida.

— Compañeros, Aurelio tiene razón. Ya os habré explicado cuál es nuestra misión aquí y estamos empezando mal si tenemos discrepancias sólo porque alberguemos sospechas infundadas. Pienso que tanto Raúl Arostegui como Almudena Sales representa a esa parte del Partido Conservador que cree en la democracia y que no tiene nostalgias franquistas. Vamos a dar un Golpe de Estado que cauterice la herida que Cromacio Vila ha infligido a nuestro régimen de libertades. Si ya empezamos creándonos enemigos aquí nos olvidamos de que el verdadero problema se encuentra ahí arriba.

» Parece que no nos demos cuenta de que estamos ante un reto muy importante, tal vez con una trascendencia histórica de la que no somos conscientes. Los que aquí nos encontramos somos los albaceas de la democracia española. Los que aquí nos encontramos tenemos la misión de devolver a los ciudadanos un Estado de Derecho mejor que el que les han arrebatado, mejor que el que teníamos antes. Para lograrlo es fundamental que TODOS estemos en el mismo equipo para crear ese nuevo régimen de libertades y derechos. Insisto, TODOS.

Recalqué mucho esa palabra queriendo hacer entender a los allí presentes que la unidad era nuestra mejor arma, la baza más importante que teníamos. Sin unidad el fracaso iba ser notorio porque era la única forma de tener una legitimidad plena de cara al pueblo.

— Da la impresión de que ya nos hemos olvidado de la Transición. Se pudieron cometer errores, que se cometieron. Sus protagonistas pudieron quedarse cortos en alguna de las reformas por el miedo latente a un levantamiento militar o de los ultras del Búnker. Sin embargo, nadie me podrá negar que fue un proceso político donde el consenso entre los que durante los años del

franquismo fueron enemigos irreconciliables fue el elemento clave. Sin acuerdos la Transición hubiera sido un fracaso.

» Ahora nos encontramos en una situación muy similar. Ahí arriba Cromacio Vila ha impuesto una dictadura que hay que derribar del mismo modo en que el franquismo y todas sus estructuras fueron derribados con el consenso y con la ley. La Transición fue un punto de partida que se quedó ahí por culpa de la clase política. Viendo que la democracia que se había creado tenía cimientos fuertes nos olvidamos de ir reformando la casa para adaptarla a los nuevos tiempos. Ahora es el momento en que podemos hacerlo. Es nuestra oportunidad de dar al pueblo un régimen político que se centre más en las necesidades diarias de todo el mundo que en los intereses de los partidos. Quiero recordaros que si durante la Transición, una época en que las ideologías estaban mucho más radicalizadas por los cuarenta años de dictadura, se pudieron llegar a los acuerdos que cimentaron nuestra democracia ¿por qué no vamos a poder hacerlo nosotros que ya tenemos una cultura democrática de más de cuarenta años?

Todos se pusieron en pie y aplaudieron mis palabras. Tras ese momento empezamos a debatir qué debíamos hacer y cómo lo íbamos a llevar a efecto. Se decidió crear un Gobierno donde estuvieran representadas todas las fuerzas allí representadas. Por unanimidad a mí se me eligió Presidente respetando el resultado de las elecciones que Cromacio Vila había aprovechado para dar su Golpe de Estado. Ahora yo presidía un Gobierno en la sombra que entre sus objetivos tenía que dar otro Golpe de Estado para restituir lo que la irresponsabilidad había destruido.

A partir de ese día la actividad política fue trepidante y emocionante. Los debates que mantuvimos con el resto de los que allí nos encontrábamos tuvieron una intensidad y una calidad que hacía tiempo que no se veía en España, quizá desde la Transición. No sé qué pudo causar ese cambio cualitativo pero estoy prácticamente seguro de que la trascendencia de la misión que teníamos entre manos fue el acicate que nos sacó el alma política a todos y cada uno de los que participamos en el proceso de regeneración democrática.

No teníamos noticias del exterior. Tanto Aurelio como Mikel nos decían que lo mejor era que nos mantuviéramos en la más absoluta ignorancia para que nuestra labor no quedara contaminada con lo que ocurría en la superficie. Eso sí, nos prometieron que en cuanto nuestros trabajos finalizara seríamos informados al detalle de todos los acontecimientos acaecidos porque, además, era fundamental que lo supiéramos para entender cómo se iba a desarrollar la operación final.

Para los que amamos la política fueron tres meses apasionantes. Ver cómo personas de tan diferentes ideologías lograban ponerse de acuerdo en cuestiones que sólo unos meses antes habrían sido causa de arduas polémicas me provocaba una sensación de orgullo por todos. Allí nos hallábamos conservadores, socialistas, socialdemócratas, comunistas, nacionalistas catalanes, gallegos y vascos, sindicalistas y miembros de las plataformas ciudadanas nacidas durante la crisis económica de 2007. Todos nos habíamos marcado el objetivo de regenerar nuestra democracia y creo que ese fue el punto de unión porque, dejando de lado las ideologías de cada uno, todos estábamos en el barco del Estado de Derecho.

En el momento en que tuvimos un primer borrador del proyecto político Alfonso y su familia se marcharon al extranjero junto a cinco hombres de Aurelio que serían los encargados de velar por su seguridad. Un día, al salir del desayuno, me encontré con Mikel y le pregunté por cómo

le iba a Alfonso y me dijo que estaba logrando el apoyo y el reconocimiento de los gobiernos democráticos y que, en sus apariciones en televisión y en sus entrevistas en los otros medios de comunicación, había conseguido que el Gobierno español se pusiera nervioso, tanto que habían ordenado a los Servicios de Inteligencia que le localizaran, le detuvieran y le trajeran de vuelta a España. Incluso su mujer había hecho alguna entrevista para revistas femeninas que generaron mucho impacto internacional. Este hecho me sorprendió mucho ya que la esposa de Alfonso jamás se había interesado por nada que no fuera su familia o su trabajo como profesora en la Facultad de Bellas Artes de la Complutense.

— Por favor, no se lo digas a nadie. Si Aurelio se entera de que te he contado esto me cuelga por los huevos.

— No te preocupes, no diré nada —hice el gesto de cremallera en la boca y sonreí—. Tus pelotas están a salvo porque sé que es muy capaz de colgarte en el centro de la galería.

— Jajajaja, ¡claro que es capaz!

A los pocos días de aquel encuentro finalizamos el proyecto de regeneración. Redactamos un documento de más de mil páginas. Nos cuidamos muy bien de no dejar nada al azar o de olvidarnos de algún punto por muy trivial que pudiera parecer.

Hicimos una reforma integral de la Constitución de 1978. No redactamos una nueva porque no creíamos que fuera un texto desfasado o anquilosado sino que lo hicimos con ánimo de modificarlo para que se adecuara a los tiempos actuales. Creíamos que esa reforma le daría mucho más vigor y fuerza a nuestra Carta Magna y para lograr ese reforzamiento no sería muy útil modificar ciertos artículos sino que requería de un estudio integral, título a título, artículo a artículo para añadir, para quitar o para ampliar su contenido.

En lo referente a la Jefatura del Estado, y tras varios intensos debates, se llegó al acuerdo de que deberían ser los españoles quienes decidieran con su voto el modelo de país que querían para el futuro: República o Monarquía. Ese fue uno de los errores de la Transición causado principalmente por el miedo a los militares, un error que consistió en haber consultado en el Referéndum de diciembre de 1978 todo el texto constitucional y no hacer la pregunta sobre el modelo de Estado a parte. Hasta el día del Golpe de Estado de Cromacio Vila España había mantenido la voluntad de Franco en lo referente a este tema ya que fue el dictador el que había elegido a un Rey como su sucesor.

Blindamos las libertades civiles. En este punto fuimos muy explícito en la redacción de los artículos referentes a los derechos de reunión, expresión y manifestación para que no se volvieran a tener las tentaciones autoritarias que se tradujeron en leyes restrictivas de las libertades durante las dos legislaturas de Cromacio Vila que no buscaban otra cosa que amedrentar al pueblo para que el descontento popular no saliera de la esfera privada o de la crítica de estadista aficionado de barra de bar.

Lo mismo hicimos con los derechos de los trabajadores ampliando todo lo referente al derecho de huelga y a la acción sindical que fue muy perseguida incluso antes de que Cromacio Vila y el Partido Conservador prorrogaran unilateralmente la legislatura. En aquellos años se encarceló a varios sindicalistas por ejercer un derecho que estaba reconocido en la Constitución. Decidimos qué sectores estarían obligados a tener servicios mínimos y cuáles no en caso de un conflicto

laboral, además de los topes máximos, ya que aquéllos se habían convertido en un modo de abuso por parte de los empresarios y un modo de relativizar el impacto de una huelga. También modificamos la legislación laboral con la redacción de un nuevo Estatuto de los Trabajadores y de una Reforma Laboral que creíamos que iba a ser aceptada tanto por empresarios como por representantes sindicales. Respecto a éstos decidimos que se daría mucho más peso a los Comités de Empresa que a la negociación colectiva porque se había demostrado que para defender los derechos de los trabajadores era mucho más eficaz. Lo mismo que para los propios empresarios. Lo que no podíamos permitir es que fuera éstos los que decidieran las políticas laborales como había ocurrido desde que Cromacio Vila llegó al poder. Había que ser muy cautos y lo fuimos porque no se podía dar todo a una parte y nada a la contraria. Debíamos también responder ante las demandas empresariales. Por eso la reforma del mercado de trabajo que redactamos estaba pensada para que ambas partes quedaran satisfechas. De ahí que esa medida quedara en suspenso hasta llegar a un acuerdo con empresarios y sindicatos si la operación para devolver la democracia a los españoles salía como estaba previsto.

También reformamos la Ley Electoral. Este aspecto también era una rémora de la Transición. El sistema proporcional que tenía a la provincia como circunscripción electoral se había quedado obsoleto ya que las Cortes elegidas por este sistema no reflejaban la realidad del país. No podía ser que partidos con un mayor número de votos tuvieran menos representación que otros con menor apoyo popular. Lo mismo ocurría con el mismo sistema de listas cerradas. Creamos un sistema de listas abiertas donde fueran los ciudadanos los que eligieran a sus representantes. Durante la Transición era evidente que los partidos políticos debían tener todo el protagonismo y ser los que eligieran a los componentes de las listas. En el momento actual la ciudadanía reclamaba tener una mayor presencia y una mayor capacidad de decisión en las instituciones. No se podía caer en la tentación de imponer un sistema asambleario, como se propuso desde los representantes de las plataformas ciudadanas, así que decidimos dividir el territorio con unas circunscripciones más pequeñas donde cada partido presentara a los candidatos correspondientes de manera directa y, sobre todo, un sistema por el cual esos representantes tuvieran que presentar cuentas ante sus electores de manera regular. De ese modo quisimos eliminar el espectáculo bochornoso que se daba en el Parlamento cuando los partidos eran una piña y votaban en masa o no permitían la libertad de voto a sus diputados.

De igual manera blindamos los derechos sociales: vivienda, trabajo, sanidad y educación. Los declaramos derechos que el Estado estaba obligado a mantener y a no privatizar, tal y como ocurrió en las dos legislaturas de Cromacio Vila. En esos ocho años se especuló con la salud y con la formación de los españoles para entregarlo a empresas que dejaron de tener alumnos o pacientes para convertirlos en clientes. Un Estado democrático no podía permitir algo así porque se generaron bolsas de desigualdad y exclusión social. En lo referente a la vivienda se dictó que ningún español podría quedarse en la calle a causa de una situación sobrevenida. El Estado negociaría con las entidades bancarias o con los dueños de viviendas alquiladas soluciones para mantener a esas personas en sus hogares porque desahuciar a una persona o a una familia era quitarles el último reducto. Por ello se propuso que, en el caso de que esa persona se quedara sin trabajo, las cuotas de sus hipotecas o de sus alquileres se adecuaran a las prestaciones recibidas aunque ello supusiera un aumento en los años a saldar la deuda con el banco. Respecto a los alquileres se determinó estudiar algún tipo de compensación para los propietarios de las viviendas.

Alcanzamos el acuerdo para modificar el modelo territorial. Al igual que otras tantas cosas el Estado de las Autonomías fue un punto de partida que se quedó ahí tras la Transición. No se fue más allá en el proceso de descentralización del Estado por miedo a que militares y ultras se levantaran con la excusa de que se estaba rompiendo la unidad de la Patria. Por eso ese tema se quedó en un punto intermedio que, como ocurre en estos casos, no dio los resultados buscados. Todos estuvimos de acuerdo en que el modelo estaba agotado y que era el momento de dar un paso más. Se buscaron muchas fórmulas, se pusieron muchas propuestas sobre la mesa, pero, finalmente, todos llegamos al acuerdo de que España debía convertirse en un Estado Federal donde los territorios con más recursos siguieran aportando solidariamente mientras se buscaban los medios para que los territorios tradicionalmente más pobres tuvieran la posibilidad de mantenerse por sí mismas. Para ello redactamos varios proyectos de relanzamiento económico dedicados en exclusiva a estas Comunidades Autónomas que, en el corto-medio plazo las hiciera totalmente independientes del resto.

También introdujimos una reforma respecto a la igualdad entre hombres y mujeres. Aunque en la Constitución de 1978 y en la Declaración de los Derechos Humanos de la ONU se deja bien clara la igualdad entre todos los seres humanos, independientemente de su raza, sexo o religión, está claro que las mujeres aún están por debajo de los hombres en muchos ámbitos y aún se le siguen negando ciertos derechos que reconocimos como, por ejemplo, el derecho a elegir sobre su maternidad. Del mismo modo introdujimos en la nueva Constitución la igualdad plena de derechos a las diferentes tendencias sexuales. Mantener a homosexuales y lesbianas en un nivel inferior a los heterosexuales era un atentado contra las esencias mismas de la democracia.

Relacionado con la igualdad se encontraba el tema religioso. El poder que a la Iglesia Católica se le había dado en el Régimen de Franco imposibilitó que en la redacción de la Constitución de 1978 se declarara a España como un país laico con total libertad de culto. Se utilizó el eufemismo «aconfesional» mientras que, paralelamente, se firmó el Concordato con el Vaticano unos días antes de la aprobación de la Carta Magna a pesar de que fueron presentados a los españoles en 1979. Por tanto, y con mucho debate con los compañeros más conservadores, decidimos que había que denunciar dicho Concordato para alcanzar la verdadera igualdad entre todos los cultos que pudieran subsistir en nuestro país. Ningún privilegio para nadie. Todos iguales.

Decidimos que en caso de que el Golpe de Estado tuviera éxito el Gobierno de concentración política, donde había representación de todas las tendencias, el Ejecutivo en la sombra en nombre del que hablaba Alfonso en su gira por el extranjero, tuviera una vigencia máxima de seis meses hasta que se convocaran unas Elecciones Generales donde el pueblo decidiera quiénes deberían ser sus nuevos gobernantes porque, a pesar de que en los comicios anteriores ya había hablado y decidido que fuera yo su Presidente, el Golpe de Estado de Cromacio Vila había truncado la legitimidad del que allí conformamos. Anteriormente se les convocaría a que aprobaran en Referéndum el proyecto constitucional que habíamos creado en el Refugio Real y decidieran por el modelo de Estado.

Y muchos más hasta completar el documento que le entregamos a Aurelio a través de una especie de intranet por la que nos comunicábamos. Fueron tres meses de duro trabajo en los que hubo días en que llegamos a mantenernos reunidos más de treinta y seis horas consecutivas. Pura política, pero con «P» mayúscula, en estado puro. Ya sólo nos quedaba esperar que Aurelio nos presentara el plan operativo. Al igual que nosotros no habíamos

parado y no nos dimos ningún día de respiro me reconfortaba que en la parte operativa también se encontraban en la misma situación. A cualquier hora del día había movimiento en las zonas destinadas a los trabajos de preparación del Golpe. Siempre nos encontrábamos a gente trabajando cuando nos retirábamos a nuestras estancias para descansar. A pesar de haber terminado el proyecto los políticos nos seguimos reuniendo para tratar otros temas que no eran prioritarios como, por ejemplo, la redacción de un nuevo Reglamento para el Congreso de los Diputados, la reforma del Senado para convertirlo en la cámara de carácter territorial o la gestión de los medios de comunicación públicos para que no se convirtieran en los órganos de propaganda del gobierno de turno

A los tres días de haber entregado el proyecto político recibimos una convocatoria de reunión para el día siguiente. «La operación comienza. Aurelio». Al día siguiente nos encontramos todos en la sala grande del sector político. Dos hombres nos indicaron dónde debíamos sentarnos. El salón había cambiado de aspecto. Una gran pantalla de plasma cubría la pared del fondo. Habían colocado un atril y una mesa donde se podía apreciar un ordenador portátil cerrado. Me senté al lado de Martha Golfín. Durante aquellos meses habíamos entablado una gran amistad. Muchas veces el trabajar codo con codo y pasar tanto tiempo junto a otras personas lleva a la creación de afectos que pueden convertirse en amistades a prueba de bombas, sobre todo cuando la situación es extrema. Eso fue lo que nos ocurrió a Martha y a mí. Ella le estaba muy agradecida a Aurelio. Le había salvado la vida cuando aquellos dos malnacidos la quisieron matar y eso también crea un vínculo muy fuerte. No le habían quedado secuelas en la mandíbula. Los médicos que estaban a cargo de la pequeña clínica que se había montado en el Refugio Real hicieron un gran trabajo y sólo tenía una cicatriz en el pómulo. Aun así no había perdido ni un ápice de atractivo.

— Estoy atacada —me dijo.

— Yo también. A ver qué nos cuentan.

Además de los políticos los asientos se iban poblando de personas a las que no habíamos visto en los tres meses. Por su forma de comportarse tenían toda la pinta de ser militares o policías. Mucha formalidad y actitud distante hacia los que allí nos encontrábamos. No hablaban con nadie más que con quien tenían a su lado y en un tono de voz medio que hacía imposible que alguien se enterara del contenido de su conversación, sobre todo por la algarabía que se había organizado. Aquella sala parecía el aula antes de que el profesor tome posesión de la misma. De repente se hizo el silencio en la parte de atrás de la sala y se iba extendiendo por filas como si fuese una ola. Al silencio comenzó un murmullo que seguía el mismo patrón. No sabía lo que ocurría así que tanto Martha como nos dimos la vuelta y lo que vimos nos dejó con la boca abierta. Al lado de Aurelio caminaba la Reina Sara junto con sus dos hijos. Iba vestida con unos pantalones negros y una camiseta blanca que contrastaba con los vestidos con los que solíamos verla en la televisión o en los actos institucionales. Su rostro reflejaba sufrimiento. Daba la sensación de que en tres meses había envejecido tres décadas. Martha y yo nos miramos. Aurelio nos había dicho que al Rey lo habían matado y dimos por sentado que su familia había tenido el mismo destino. Se sentaron en unas sillas que otros dos hombres colocaron detrás de la mesa. Aurelio permaneció de pie junto al atril haciendo gestos para que el murmullo cesara y se le permitiera andar:

— Antes de empezar quiero daros la enhorabuena por el trabajo que todos habéis realizado. Han sido unos meses de infarto, pero ya lo tenemos todo preparado. Pronto vamos a recuperar

lo que la intransigencia de unos cuantos fanáticos nos ha querido arrebatarse. No voy a hacer distinciones. Cada uno en el puesto que le fue asignado ha dado lo máximo y por eso debemos sentirnos orgullosos. Hoy os voy a exponer nuestro plan de acción, un plan que no puede fallar. Sólo tendremos una oportunidad, pero tenemos la razón de nuestro lado y eso es fundamental para el éxito.

» Para poder iniciarlo debemos tener la autorización de la Jefatura del Estado. Tras el asesinato del Rey y ante la minoría de edad de sus hijos ella es la depositaria del cargo. La Reina ha leído el proyecto político y ha revisado todo la operación y, en privado, nos la ha dado. Ahora firmará el documento que nuestros dirigentes nos han entregado —le hizo un gesto con la mano indicándole que se levantara. Ella lo hizo y se acercó al atril con intención de hablar. Parecía que Aurelio no se lo esperaba pero le dejó sitio.

— Seré breve. Gracias. Mi marido se hubiera sentido orgulloso de lo que aquí ha ocurrido. Ha tenido que ocurrir una desgracia para que nos pongamos de acuerdo, para que nos dejemos de pequeñas cuitas y nos centremos en el bien del pueblo. Leyendo el proyecto político que habéis creado me emocionasteis en más de una ocasión porque en ese texto encontré muchas de las cosas que el Rey creía que había que hacer pero que por las limitaciones constitucionales no se le permitía siquiera sugerir al Gobierno. De verdad, muchas gracias.

Las lágrimas corrían por sus mejillas pero no le provocaban temblores en la voz. Con total solemnidad cogió el bolígrafo que le tendió Aurelio y firmó la última página del documento. No se sentó, sino que indicó a los hijos para que la siguieran y salió de la sala acompañada de un par de mujeres armadas. Aurelio retomó la palabra:

— Ahora os expondré nuestro plan. Lo haremos en dos planos, el político, que nos servirá de tapadera y el operativo. Vamos allá —abrió el portátil y en él pudimos ver cómo se iba a desarrollar el Golpe de Estado.

Tras seis horas me di cuenta de que nada podía fallar. Salí de la sala con satisfacción. Cromacio Vila iba a ser historia.

IV

El Presidente se dirigía en su coche oficial a los estudios de la televisión estatal. En ese día

tenía intención de dirigirse a los españoles para hacer una comparecencia y exponer los éxitos del primer trimestre del «Renacimiento de la Patria» como la propaganda oficial había llamado a su nuevo Régimen. Se sentía satisfecho con lo que se había hecho en tan poco tiempo. Entre Neus Yuste y él habían creado una réplica del Estado franquista siguiendo los mismos pasos que dio el Caudillo allá por los años cuarenta. Represión, falta de libertades, persecución ideológica, detenciones, juicios sumarísimos, miedo, mucho miedo eran algunas de las palabras que mejor podrían definir el régimen político que había implantado. España dejó de ser una democracia precisamente el día en que el pueblo elegía a través del sufragio a sus representantes. Una paradoja que le hacía sonreír cada vez que le venía a la mente ese contrasentido.

Durante los primeros días detuvo a más de trescientas mil personas. Cualquier persona que simplemente hubiera estado afiliado a un partido o a un sindicato ya se le imputaba un delito contra el Estado. No se hicieron miramientos en si había tenido una o no responsabilidades públicas, responsabilidades internas o simplemente militar. No habían cometido infracción alguna, pero podían cometerla o se podían organizar para hacerle oposición del mismo modo en que durante los cuarenta años del franquismo esa gente se dedicó a organizar huelgas, manifestaciones o a correr por todos los países de Europa para malmeter contra el Régimen. Lo mejor era tenerlos encerrados. Al ser tanta gente se habilitaron unos «Centros de Detención Preventiva» donde se les retenía sin juicio previo y sin poder acceder a la cobertura legal de un abogado. No se podía dejar en la calle a aquellos que antes o después se convertirían en un problema. También detuvieron a los homosexuales o a las dirigentes de los movimientos feministas. Cualquier persona que fuera indeseable o que pudiera alzar la voz más de lo que los nuevos dirigentes iban a permitir acababa en los Centros de Detención.

Estaba satisfecho porque había conseguido imponer el miedo a los ciudadanos. Sólo hubo un conato de rebelión que fue reprimido del mismo modo en que el general Yagüe hubiera hecho. Murió mucha gente en aquella manifestación pero él no se inmutó. Daños colaterales necesarios para que el cambio de régimen fuese «pacífico». Desde aquel día, nada, sólo paz. Los españoles acataron las normas que él había puesto y que expuso de forma clara en su primer discurso en televisión después de haberse hecho con el poder total.

De todos modos, y para evitar desviaciones, la policía y los militares hacían sentir su presencia en las calles. Por otro lado había creado una especie de fuerza paramilitar paralela que hacía las funciones que las Fuerzas de Seguridad no podían hacer, es decir, que cometían delitos bajo la protección del Gobierno. Esta organización la formaban los jóvenes del Partido Conservador que no habían renunciado jamás a la nostalgia por el franquismo y que lo hicieron patente

compartiendo fotos donde se les veía junto a las banderas de la Falange o realizando el saludo fascista. Como no tenían ningún control y nadie quería controlarles abusaban de los ciudadanos. Palizas, humillaciones públicas, denuncias y entregas a la policía de personas pacíficas que se habían atrevido a hacer alguna pequeña crítica a la situación del país eran algunas de sus acciones. Utilizaban el anonimato como mejor arma. Por eso eran temidos.

Cromacio Vila se sentía satisfecho también porque había logrado en tres meses lo que nadie consiguió durante toda la democracia: la nulidad del desempleo. El hecho de obligar a las mujeres a dedicarse al hogar y prohibir su permanencia en el mundo laboral tuvo un efecto inmediato. Por un lado, las empresas las despidieron. Por otro lado, las nuevas autoridades laborales no dejaron que las empresarias siguieran con sus funciones y se vieran obligadas a delegar su actividad en un hombre. Sólo se hizo excepción con profesiones con mayoría de mujeres y que no tuvieran recambio masculino, por ejemplo, la enfermería. El resto, a trabajar a casa y a someterse al hombre.

Respecto a la prensa, se cerraron todos los periódicos, en papel y digitales, que creyeron que fueron demasiado críticos durante las dos anteriores legislaturas. Sólo se permitió publicar a quienes se habían entregado a la propaganda que se les enviaba diariamente desde la sede central del Partido Conservador. Lo mismo ocurrió con las radios y las televisiones. Sólo se dio permiso a cadenas y emisoras que fueron las fueron fieles. A los ciudadanos se les obligaba a tener conectada la televisión a ciertas horas en la pública porque se emitían programas propagandísticos, entrevistas con los nuevos ministros, tertulias con personajes de la ultraderecha que solían frecuentar cadenas cardenalias.

Los españoles se quedaron sin libertad para acceder a todos los contenidos de internet ni a las redes sociales, tal y como ocurría en algunos países asiáticos. Esta medida se tomó para que nadie se enterara de que España había sido condenada por la UE o la ONU ni que la mayoría de los países habían retirado a sus embajadores. Los españoles tampoco se enteraron de que ningún Estado democrático había reconocido al nuevo Régimen.

Todo se desarrollaba tal y como habían pensado cuando pergeñaron el Golpe de Estado. Sin embargo, había un punto negro que le estaba quitando minutos de sueño: no habían logrado encontrar ni a Sergio Pan, ni a Martha Golfín ni a otros líderes. Habían desaparecido jefes policiales y militares, además de varios miembros de los Servicios de Inteligencia. Por otro lado, Alfonso Abio aparecía un día sí y otro también en los principales medios de comunicación del mundo. Había afirmado que se había creado un Gobierno paralelo que respetaba los resultados de las urnas, Gobierno que había sido reconocido por la Unión Europea y todos los países democráticos del mundo. El mismo Presidente había dado la orden de que los Servicios de Inteligencia le encontraran, además de enviar a un equipo que trabajara sobre el terreno en el extranjero para que, si aquéllos hallaban algún indicio, le detuvieran y lo trajeran de vuelta a España. Sin embargo, no habían logrado nada.

Aquella noche Cromacio Vila se iba a dirigir al pueblo por televisión para lanzar una soflama patriótica. No aceptó que le maquillaran, estaba deseoso de hablar porque iba a hacer un balance de esos meses iba a dar datos económicos para que los españoles tuvieran la tranquilidad de que su futuro estaba asegurado; iba a presumir de que la paz se había instalado en el país. Las revueltas callejeras, las manifestaciones, las huelgas o las protestas eran parte de la historia y su ausencia garantizaba la vida pacífica. Por otro lado, y al igual que ocurría durante

el franquismo, Cromacio Vila transmitiría una serie de informaciones falsas sobre la prosperidad que se estaba alcanzando con el nuevo Régimen.

Mientras terminaban los técnicos terminaban con su trabajo y se acercaba la hora de emisión de su mensaje el Presidente esperaba en una sala contigua al estudio televisivo. Se encontraba solo, sentado en un sofá leyendo de nuevo el contenido de su discurso. La puerta se abrió. Neus Yuste entró en la habitación y se acercó al lugar donde él estaba sentado. La miró por encima de sus gafas y comprobó que llegaba acompañada por un hombre y una mujer. Se levantó.

— Señor Presidente —dijeron al unísono los dos desconocidos.

Cromacio Vila hizo un gesto de desagrado porque desde que había dado el Golpe de Estado le gustaba que le llamaran «Excelencia». Al fin y al cabo él era el Jefe de Estado y ese debía ser su tratamiento. Fue Neus quien intervino para terminar con una situación que se estaba volviendo incómoda:

— Estos son Fernando Wilson Rodríguez y Yureima Villa.

— Encantado. Neus ya os habrá comentado el alcance de vuestra misión. Sin embargo vais a tener que realizar otro encargo — dijo el Presidente con tono serio. Miró a Neus para que ella continuara.

— En principio se os encargó matar a todos los expresidentes del anterior régimen. Eso lo haréis esta noche, como habíamos decidido, y se os pagará la tarifa acordada por cada uno de ellos. Ya os he dado los lugares donde estarán.

— Perfecto —dijo Yureima. Tenía un claro acento latinoamericano.

— ¿Y el otro encargo? —preguntó Fernando Wilson también con un marcado acento de América del Sur.

Neus Yuste sacó una serie de fotografías de una carpeta y se la mostró.

— Este es Alfonso Abio, un político de izquierdas que está lanzando propaganda contra nuestro Régimen por todo el mundo. No le tenéis que matar. Ni a él ni a su familia. Vuestra misión consiste en secuestrarlo y traerlo de vuelta a España. Si lo lográis se os pagará el doble de la tarifa.

— ¿De eso no se está encargando ya la Policía? —volvió a preguntar Fernando Wilson. Él conocía la labor de búsqueda de los políticos opositores por parte de las Fuerzas de Seguridad del Estado.

— Sí, pero necesitamos traerlo y, hasta ahora, siempre se ha escapado cuando creíamos que lo teníamos. Creemos que alguien desde aquí le avisa y por eso cuando los agentes van a detenerlo ya se ha marchado del lugar donde debía estar —dijo Neus con más seriedad de lo habitual—. Por eso es importante una misión paralela y secreta.

— ¿Dónde está?

— Los Servicios de Inteligencia Militar nos han informado que va a estar tres días en Oslo. Al equipo de policías que le está buscando se le ha dicho que estará en Estambul por lo que os dejamos el campo libre. En cuanto hayáis eliminado a los expresidentes os vais a Barajas. En la entrada de Terminal 3 os estará esperando una furgoneta Mercedes Vito blanca. Os montáis en ella para llevaros a un avión Cessna que os llevará a Noruega. Alfonso dormirá en el Hotel Park Inn. Allí tenéis reservadas dos habitaciones para que podáis secuestrarle en el mismo hotel. Recordad una cosa: si le matáis, no cobráis; si matáis a alguien de su familia, no cobráis. ¿He sido lo suficientemente claro?

Ambos sicarios asintieron y tras estrechar las manos de Neus y del Presidente salieron de la habitación.

A Cromacio Vila no le gustaba mucho la idea de contratar a nadie ajeno al Régimen para hacer el trabajo sucio. Sin embargo, aún no se había aprobado la reinstauración de la pena de muerte. Esa era una medida que iba a anunciar aquella noche y que se aplicaría tanto a delitos comunes graves, delitos de terrorismo como a delitos políticos. El hecho de no haberlo aprobado antes respondía a la intención de dar una vuelta de tuerca más a la estrategia del miedo ejemplarizando con la ejecución de todos aquellos que hubieran ostentado cargos públicos representando a partidos democráticos fueran de izquierdas o de la derecha más moderada/civilizada. No se iba a salvar a nadie que hubiese ejercido de concejal para arriba, ni siquiera a miembros de su partido que demostraron un talante demasiado democrático. Respecto a los expresidentes, los más culpables por su traición a la memoria del Caudillo, era mejor que fueran asesinados por sicarios y después enmierdar su imagen con una campaña de desprestigio en los medios de comunicación. Incluso podían asociar su muerte a algún acto terrorista. Eso ya lo decidirían los encargados de prensa.

Cuando apenas faltaban diez minutos para la hora del discurso un joven entró en la sala donde esperaban en silencio Neus Yuste y Cromacio Vila. Ella escribía algo en su portátil. Él fumaba con fruición un cigarrillo a la vez que daba vueltas por la habitación.

— Excelencia, cuando quiera podemos ir al estudio.

— Vamos allá.

Aurelio y yo nos estábamos tomando una Coca-Cola en el comedor del Refugio repasando una parte del plan en la que yo tendría que intervenir directamente. Llevábamos sentados allí más de dos horas comentando el contenido del mensaje televisado de Cromacio Vila, sobre todo el anuncio de la reinstauración de la pena de muerte. Yo no pensaba que pudiera ir tan lejos. Sin embargo, Aurelio sí porque, según él, el hecho de esperar unos meses para volver a incorporarla al Código Penal y aplicarla tanto a delitos comunes como políticos formaba parte de una estrategia. Martha Golfín y Raúl Arostegui estuvieron también en aquella improvisada reunión dando su opinión sobre el asunto pero marcharon a sus departamentos a descansar. Al levantarse Martha nos dijo que estábamos hablando de más de cinco mil ejecuciones y que eso era intolerable, que no lo podíamos permitir. Aurelio la tranquilizó diciendo que antes de que mataran a alguien ya nos habríamos hecho con el poder y daríamos por finalizada aquella locura. Luego me dio un beso en la mejilla y salió del comedor dejándonos solos.

— Es en este momento cuando tú... —decía Aurelio hasta que sonó un fuerte golpe en la puerta y le interrumpió. Mikel entró apresuradamente en el salón. Nos buscó con la mirada y al ver la mesa donde estábamos sentados se lanzó hacia nosotros corriendo. Su expresión delataba que algo grave había ocurrido. Aurelio también se dio cuenta y preguntó con un tono de alarma—: ¿Qué ha pasado?

— Han matado a los expresidentes

— ¿A quiénes? — pregunté yo. Esa noticia me había impactado. Hasta me costó decir aquellas dos palabras.

— A todos.

VI

Fernando Wilson Rodríguez y Yureima Villa aparcaron en el parking de la Terminal 3 del Aeropuerto de Barajas el BMW negro de alquiler que contrataron dos días antes. Recogieron del maletero dos bolsos negros donde llevaban un poco de ropa y sus «herramientas de trabajo»: dos subfusiles MAC-10 con silenciador, cuatro pistolas Glock y varios cargadores con munición de punta hueca. Además portaban dos revólveres Magnum 686 en sus cinturas. Apenas hablaban entre ellos. No hacía falta. Eran profesionales y solo con gestos sabían lo que hacer en cada momento. Ambos eran colombianos que aprendieron el «oficio» en las guerrillas paramilitares.

Acaban de asesinar a cuatro personas en menos de dos horas. Las indicaciones que les dieron fueron correctas y eso facilitó el trabajo. Todo fue muy limpio. Se acercaron a sus víctimas y le pegaron dos tiros en la cabeza a cada uno. Trabajo sencillo, dinero fácil, sobre todo porque tenían la certeza de que nadie les iba a perseguir. La Policía no iba a hacer nada porque así se les había ordenado.

Salieron del parking para dirigirse a la entrada de la Terminal. Como les habían dicho una furgoneta Mercedes Vito blanca les estaba esperando. Cuando llegaron a su altura una mujer se bajó y les ofreció ayuda con el equipaje, ofrecimiento que rechazaron con un gesto de manos a la vez que metían los bolsos en la parte de atrás del vehículo. La mujer, una pelirroja con un bonito cuerpo y a la que Fernando Wilson lanzó un par de miradas llenas de deseo y lascivia, les condujo hacia un hangar donde estaba preparado un Cessna de color negro y dorado. Ellos habían trabajado muchos años para narcos colombianos y mexicanos. Estaban acostumbrados a utilizar ese tipo de aparatos.

Bajaron los bolsos tras volver a rechazar la hospitalidad de la pelirroja y subieron al avión. La mujer les acompañó y les dijo:

— Me llamo María y soy la copiloto. Acomódense donde quieran. El viaje no durará más de tres horas. Si necesitan cualquier cosa, avísenme — y señaló unos botones de color rojo que había encima de los asientos. Tenía una voz muy dulce, casi de niña lo que aumentó el deseo de Fernando Wilson—. Póngase los cinturones, por favor, porque salimos ya.

Yureima la hizo caso de inmediato. Tenía miedo a volar y cada vez que se montaba en un avión sentía que se acercaba su último día en el mundo. Fernando Wilson hizo lo mismo tras coger un bote de cerveza de una pequeña nevera que se encontraba en la parte trasera del compartimento.

El avión se puso en marcha. Salió del hangar y se dirigió hacia la pista de despegue. Fernando Wilson abrió su cerveza mientras miraba por la ventanilla pensando en que la pelirroja debía de tener unos pechos duros y firmes con unos pezones rosados, casi blancos, y con una pequeña aureola. Se la habría follado allí mismo. Esos pensamientos le provocaron una erección que rebajaría en cuanto hubieran despegado y pudiera entrar al cuarto de baño para masturbarse.

Aún no habían enfilado hacia la pista cuando la puerta de la cabina se abrió y de ella salió María lo que provocó que el hombre fijara su vista en ella desnudándola con la mirada. Estaba muy cachondo. Sin embargo el calentón se le pasó súbitamente cuando vio que ella levantaba una Beretta apuntándole.

Los dos disparos apenas hicieron ruido por el silenciador que la mujer pelirroja había colocado en la pistola. En apenas un par de segundos los sicarios recibieron dos balas en sus cabezas. El avión continuó su marcha como si nada hubiera ocurrido.

EL GOLPE

Desperté tarde. No había ninguna reunión programada hasta las once de la mañana por lo que decidí quedarme en la cama. El día en que íbamos a pasar a la acción se acercaba y eso me provocaba cierto nerviosismo por un lado y una tranquilidad monástica por el otro. Parecía que a medida que el momento estaba más próximo mi cuerpo había decidido relajarse, descansar, como si se estuviese preparándose para el más que seguro estrés que sufriría durante toda la operación. Miré a mi derecha y vi a Martha dormida junto a mí. La verdad es que no sé cómo pudo ocurrir que dos personas tan diferentes como nosotros hubieran comenzado una especie de relación en aquellos momentos, pero ocurrió. Sus rubios cabellos se expandían por encima de la almohada. A pesar de que en aquel momento dormía serenamente tenía muchas pesadillas y no era raro que en medio de la noche se despertara gritando. El doctor Sendín dijo que era normal teniendo en cuenta la situación límite que había vivido. A pesar de ello llevaba unas semanas en las que no tenía esos sobresaltos. No sé si fue el miedo a quedarse sola, no sé si fue el hecho de que la vivencia de experiencias peligrosas hace que se creen fuertes vínculos entre quienes las comparten, lo cierto es que una noche ella llamó a mi puerta y se quedó a dormir en mi apartamento mientras yo trabajaba. Las visitas se repitieron hasta que el escenario cambió y pasamos a otro decorado en el que compartíamos algo más que cariño «fraternal».

Me levanté de la cama con mucho cuidado de no despertarla, me di una ducha y marché al comedor para desayunarme. Llevaba bajo el brazo mi ordenador portátil porque quería ampliar los puntos a tratar en la reunión a la que me había convocado Aurelio. Íbamos a preparar el primer movimiento del Golpe, un primer movimiento donde yo iba a ser el protagonista y el único en que iba a tener una participación directa ya que los siguientes pasos los daría los encargados de las operaciones de acción, aquellos que estarían en primera línea de trinchera.

Mientras caminaba por la galería principal del Refugio me sorprendió que había más movimiento de lo habitual, tanto de personas como de material. La actividad era frenética. Me di cuenta de que nuevamente casi todo el mundo iba armado. Sin embargo, no se transmitía una sensación de urgencia o de alarma. Todos aquellos que me conocían me saludaban, incluso hacían bromas como «¡Dejad paso al Presidente, coño!». Mucha actividad, sí, pero en medio de un ambiente alegre.

Cuando llegué al comedor vi a algunos de mis compañeros políticos tomando su desayuno. Muchos me invitaron a sentarme en sus mesas para que les diera su opinión sobre el discurso de la noche anterior de Cromacio Vila. Quedaba claro que ese era el tema de conversación y de debate entre ellos. Yo me separé y me senté en una mesa apartada. Me serví un café con leche muy cargado y abrí el portátil para repasar lo que le iba a presentar a Aurelio y contarle los

puntos que quería ampliar. Aún faltaba más de media hora para que llegara así que tenía tiempo suficiente. Enchufé mis auriculares en el ordenador para escuchar música y aislarme del mundo.

Apenas habían pasado cinco minutos cuando la puerta del comedor se abrió y entraron en él Aurelio, Alfonso y una mujer pelirroja. Me levanté tan rápido que casi tiré el portátil al suelo porque no me había quitado los cascos. Me acerqué a ellos y le di un abrazo a mi compañero.

— Pero...

— Termínate el café, coge el portátil y vente para la sala de reuniones cuatro—me dijo Aurelio con un semblante muy serio.

En diez minutos estaba sentado en una de las salas pequeñas de la zona que ocupamos los políticos mientras redactábamos nuestro proyecto de regeneración democrática.

— Os presento: Sergio Pan, María Pancorbo —ella se acercó y me dio dos besos. La verdad es que era una pelirroja muy atractiva.

— ¿Cómo es que está Alfonso aquí? ¿No se iba a quedar en el extranjero hasta que se diera el Golpe? —dije.

— Anoche cambiaron muchas cosas, además de lo que ya sabemos. El Gobierno contrató a dos sicarios colombianos para matar a los expresidentes y, después, debían coger un avión para ir a Oslo para secuestrar a Alfonso y a su familia.

— ¿Cómo?

— María es una de las agentes de los Servicios de Inteligencia que tenemos infiltrados. Se enteró del plan y se presentó voluntaria para acompañar a los sicarios. El piloto del avión también es un militar de los nuestros. Así que esperaron a que llegaran esos dos malnacidos y los eliminó. Volaron a Oslo, recogieron a Alfonso y a su familia y los trajeron de vuelta aquí.

— ¿Cómo te fue por allí fuera? —pregunté por cambiar de tema.

— Mejor que bien. Con todos los gobiernos que me reuní me dieron su apoyo y su reconocimiento institucional. Aquí traigo todos los documentos. Respecto a los periodistas lo mismo. Dieron mucha publicidad a las entrevistas que me hicieron.

— Según Aurelio has puesto nervioso al Régimen..., y por lo que veo, tenía razón. Contratar sicarios...

— Hay un hecho que quiero resaltar. Todos los gobiernos democráticos me han dicho que es fundamental que se recupere la democracia en España, tanto a nivel político como a nivel económico. Alguno me llegó a ofrecer ayuda militar si hiciera falta.

— De momento, eso no hará falta —dijo Aurelio con seriedad—. De lo ocurrido anoche se pueden sacar varias conclusiones. La primera, el hecho de que hayan desaparecido políticos de importancia, miembros de las Fuerzas de Seguridad, del Ejército y de los Servicios de

Inteligencia les pone nerviosos. La segunda, se creen que están por encima del bien y del mal. La tercera, hay que adelantar a esta noche el comienzo de nuestra operación.

— ¿Qué? ¡Hay una fecha marcada y fuiste tú quien dijo que no había que anticipar los plazos! —dije nervioso. Nunca me habían gustado los cambios repentinos en cosas que estaban planificadas.

— Ahora mismo el dictador está grabando un discurso que se emitirá por televisión y radio esta noche para condenar el asesinato de los expresidentes, para hacer ver a los españoles las consecuencias de los actos terroristas y que la única solución posible para mantener la paz es la suya.

— ¿Se va a cambiar algo más? —pregunté.

— Nada, sólo la fecha, así que en un par de horas nos vemos en la sala grande.

Cromacio Vila estaba sentado en el sofá del salón de la antigua Residencia del Presidente del Gobierno. Aunque se autoproclamara Jefe del Estado no quiso trasladarse al Palacio donde vivía su antecesor. Aún tenía en su mente la imagen de aquel hombre joven muerto, tirado en el suelo de su despacho oficial tras el certero disparo de Neus Yuste. Sin embargo, lo que más le estremecía era el recuerdo de la fría mirada de su mano derecha y, sobre todo, el odio que desprendían aquellos ojos. Esa era una de las razones por las que no se decidió a trasladarse allí.

Encendió un cigarrillo y dio un sorbo a la copa de Gin Tonic que le acababa de servir uno de sus asistentes. Esperaba impaciente a que emitieran el discurso que había grabado durante la mañana donde condenaba el asesinato de los expresidentes y aprovechaba que el Pisuega pasaba por Valladolid para culpar de los hechos a una acción terrorista que no tenía más fin que desestabilizar el Régimen de paz que se había creado desde que él lideraba el país. Advertía a los españoles que esa paz estaba en serio peligro si no se seguían al pie de la letra las leyes e instrucciones que se daban desde el Gobierno. Hacer lo contrario llevaría a España a un «enfrentamiento entre hermanos» que podría desembocar en una nueva Guerra Civil. Neus Yuste había insistido mucho en que era necesario infundir en los ciudadanos más miedo, la constante amenaza de enemigos invisibles que los únicos que podían garantizar la paz eran ellos. También anunció que los responsables ya habían sido detenidos y que pasarían a disposición judicial donde, con la nueva legislación, serían acusados de terrorismo y, por tanto, ejecutados.

Tras un anuncio de una marca de detergentes apareció en la pantalla el escudo oficial con la leyenda «El Gobierno Informa». Se había recuperado como escudo el águila de san Juan y en estas comunicaciones gubernamentales se volvió a colocar la misma banda sonora solemne que se utilizaba durante el franquismo. Cromacio Vila se vio a sí mismo sentado en una mesa que simulaba la que podría tener en su despacho. A su derecha, la bandera nacional. Encima de la mesa un crucifijo que dejaba claro que el símbolo cristiano también lo era del nuevo Régimen. Igual que cuando hablaba el Caudillo por televisión.

— Españoles. Comparezco esta noche ante vosotros tras los trágicos sucesos de la noche pasada. Podéis estar seguros de que...

En ese instante se produjo una especie de interferencia que durante un par de segundos dejó la pantalla con la niebla propia de cuando no hay señal. Cromacio Vila se enfadó. No era de recibo que hubiese problemas en la transmisión de su discurso. El Presidente de la Radio Televisión pública iba a tener una conversación muy seria con él al día siguiente.

La imagen volvió. No obstante no era él quien aparecía allí sino que otro anuncio decía «Mensaje Institucional del Gobierno» con el fondo del escudo democrático, sin música alguna. Tras unos segundos de espera Sergio Pan apareció en pantalla, de pie tras un atril, del mismo modo en que el Presidente de los Estados Unidos comparecía ante sus conciudadanos. A su lado se hallaba la Reina. A su espalda una enorme bandera española con los símbolos de la España democrática.

El teléfono móvil de Cromacio Vila sonó. Era Neus Yuste. Lo cogió y ni la dejó abrir la boca:

— ¡Cortad eso de una puta vez! —no dijo más. Colgó y tiró el terminal contra el sofá.

Sergio Pan comenzó a hablar:

— Queridos compatriotas, compañeros, hermanos, españoles todos. Esta noche me dirijo a vosotros para exponeros el programa del Gobierno que presido al margen del que os han impuesto y que presidiré tras la recuperación de la soberanía popular que el actual Régimen os ha arrebatado —y comenzó a exponer uno por uno una serie de puntos que conformaban un verdadero proyecto reformista y un ataque frontal hacia él.

Cada minuto que pasaba era un golpe a lo que él había creado. Cada palabra, cada frase, cada nueva medida que Sergio Pan anunciaba era una moción de censura hacia el nuevo Régimen. Aquello no se podía tolerar pero debía haber algún problema porque la emisión no se cortaba y Pan continuaba allí y en todos y cada uno de los hogares del país. Toda España le estaba viendo y escuchaba sus propuestas. Desgranaba los puntos fundamentales de una reforma constitucional que humanizaba la Carta Magna de 1978. Lo que estaba haciendo aquel socialista era dar esperanza a los ciudadanos porque si se comparaba el programa que exponía con las que Cromacio Vila había impuesto éste salía perdiendo. Aquella noche él iba a insuflar más miedo en el pueblo y lo que recibían los españoles era un soplo de esperanza. Hubo un punto de la comparecencia en el que ya no pudo soportar más y llamó al Presidente de la televisión pública para ordenarle que cerraran la emisión. Mientras, Sergio Pan les contaba a los ciudadanos cómo España había sido condenada y expulsada de la Unión Europea o de la ONU, cómo el Régimen de Cromacio Vila no recibió el reconocimiento oficial de ninguna democracia occidental, algo que el Gobierno que él presidía sí que había logrado. Tuvo la desfachatez de mostrar a cámara los documentos que acreditaban aquella información.

— Hemos conformado un Gobierno donde se encuentra representados todos los partidos democráticos, Partido Conservador incluido —continuaba Sergio Pan—. Se trata de un Ejecutivo cuya función es la de recuperar el sistema que los españoles decidimos darnos tras la muerte de Franco, una decisión de todos que ha sido ultrajada por el actual Régimen. Una vez que devolvamos la soberanía al pueblo seréis vosotros, queridos hermanos, quienes tendréis la palabra, quienes deberéis refrendar con vuestro voto si aceptáis o no el proyecto que acabo de presentaros. Si lo aprobáis este Gobierno convocará Elecciones para que decidáis quién queréis que os gobierne y reconduzca al país a una normalidad que solo la locura de unos cuantos fanáticos ha roto. Vuestro Presidente legítimo os envía un fraternal abrazo a cada uno de vosotros con la seguridad de que cada uno hará lo correcto en el momento en que habrá que tomar decisiones personales. Hasta pronto.

La niebla volvió a la pantalla y la emisión se retomó con un programa de variedades que se hallaba en la parrilla a continuación del discurso de Cromacio Vila, un discurso que los españoles no habían visto.

Cromacio Vila estaba muy enfadado y, de repente, también sintió cierto temor ante la repercusión de la presencia de Sergio Pan en la televisión. Este hecho le enfureció aún más. Tenían tanta seguridad en que la represión feroz que habían impuesto a los españoles tendría como efecto la total sumisión de éstos hacia su Régimen, tal y como ocurrió durante el franquismo. Habían pasado tres meses desde que asaltó el poder y sólo se produjo un incidente de protesta que fue reprimido con máxima dureza para que sirviera de escarmiento a los organizadores y de botón de muestra para los que tuviesen la intención de crear una oposición. Después sólo paz. Se habían acatado las normas que se impusieron. Los ciudadanos bajaron la cabeza y se sometieron a su Gobierno como ganado manso. Todos aquellos que podían constituir una amenaza fueron detenidos salvo algunas excepciones a los que no se pudo echar mano porque desaparecieron del mapa. Nunca pensó que se convirtieran en una amenaza porque creyó que tendrían miedo a asomar la cabeza. Sin embargo, Alfonso Abio empezó a salir en los medios de comunicación extranjeros haciendo propuestas, vendiendo un producto que en aquel instante no existía más que en sus palabras. Por eso no le dieron mucha importancia a nivel interno a pesar de que intentaran poner los medios para que desapareciera del mapa. A esas horas ya debía de estar de camino hacia España. Los colombianos habían demostrado su eficacia al matar a los expresidentes. Por otro lado, ni Sergio Pan, ni Martha Golfín, ni ninguno de los políticos que no fueron detenidos constituía una amenaza seria al Régimen. Hasta aquella noche. La presencia de Pan en televisión, el discurso que pronunció a todo el pueblo español ya era harina de otro costal. Existía una amenaza y tenían que acabar con ella del modo que fuera.

Cogió su teléfono móvil y llamó a Neus Yuste:

— Organiza una reunión de urgencia. Quiero veros aquí en una hora.

— ¿A quién tengo que llamar? —preguntó ella con frialdad.

— A todos —respondió tajante.

— De acuerdo.

Aquella hora le resultó interminable. Fumó varios cigarrillos. No paraba de dar vueltas por la sala donde se celebraban los Consejos de Ministros. Llamó en varias ocasiones a los asistentes para que le sirvieran otra copa, pero, finalmente, decidió que lo mejor era que le llevaran una botella, una cubitera y dos paquetes de Marlboro.

En el salón entraron Neus Yuste, Alejandro Mendoza, Jonás Juárez, Fernando Vázquez (director de la televisión pública), Rogelio Martínez y todos los ministros. Sus rostros traían expresiones que oscilaban entre el miedo y la perplejidad, salvo el de Neus, que era imperturbable. Se sentaron y comenzaron a sacar papeles de sus maletines. Todos sabían que Cromacio Vila les iba a pedir explicaciones y, sobre todo, soluciones. Fue éste quien empezó a hablar:

— ¿Qué coño ha pasado?

— Han entrado en nuestra red de emisión —dijo avergonzado Fernando Vázquez.

— Eso ya me lo imagino. Pero ¿cómo lo han hecho?

— Por los informes que me han dado alguien ha puentado nuestra frecuencia y ha metido una grabación. Según nuestros técnicos era un vídeo grabado, no un directo.

— ¿Se puede localizar desde dónde lo han hecho? —preguntó Neus.

— ¿Y por qué no se cerró la emisión? — Cromacio Vila mostró su enfado dando un fuerte golpe en la mesa.

— Respecto a la pregunta de Neus, la Unidad de Delitos Informáticos de la Policía ya está investigándolo pero, por lo que me han dicho nuestros técnicos, será difícil. Respecto al cierre de la emisión se hizo pero el vídeo continuaba en antena. Es un trabajo de profesionales, Excelencia.

— ¿Y ahora qué hacemos? —preguntó el Presidente.

— Lo de siempre pero con más fuerza. El ministro de Información se encargará de hacer una campaña de desprestigio en los medios contra Sergio Pan y contra el todo el sistema democrático. Le imputaremos delitos como el tráfico de drogas, el proxenitismo o lo que nos queramos imaginar. Presentaremos «pruebas» con documentos oficiales de las Fuerzas de Seguridad y de los Servicios de Inteligencia —respondió Neus.

— Creo que habría que ir más allá, creo que tendríamos que dar un escarmiento que genere más miedo en la gente. Hay que contrarrestar lo que ha hecho Sergio Pan con una respuesta contundente para que los ciudadanos vean que no vamos a permitir nada, repito, nada que destruya este Régimen. Ese rojo de mierda hoy les ha querido dar esperanzas. Se las vamos a quitar por las bravas.

— ¿Y qué es lo que propone su Excelencia?

— Aún tenemos listas de personas que pueden llegar a ser peligrosas y que no han sido detenidas porque su implicación en política no iba más allá de publicar artículos de opinión en periódicos digitales o en criticarnos a través de las redes sociales. Vamos a detener a plena luz del día a unos cuantos de esos indeseables, a cien, doscientos, trescientos, los que hagan falta para atemorizar al personal.

— Excelencia, en Holguera no cabe nadie más y para hacer eso en un plazo corto como propone no hay tiempo para construir otro centro de detención preventiva —dijo con voz temblorosa Rogelio Martínez.

— No hará falta. Vamos a sacar de allí a unos cuantos y les vamos a juzgar por lo de los expresidentes, aunque no tengan nada que ver. Se les va a acusar de terrorismo y se les sentenciará a muerte, ¿de acuerdo? —dijo esto mirando al ministro de Justicia, dándole a entender que debía hablar con jueces y fiscales para que todo fuera rápido y para que sus órdenes se tradujeran en sentencias—. Los quiero muertos en menos de una semana.

— ¿Una semana no es mucho tiempo? —preguntó Jonás Juárez.

— Es el tiempo necesario que necesitamos para acojonar al personal. Por un lado, la campaña mediática contra Sergio Pan y compañía. Por otro lado, detenciones públicas con un despliegue espectacular. Finalmente, la retransmisión de esos juicios, con debates en televisión, con artículos en prensa, con tertulias en la radio y, si fuese necesaria, se retransmitirán en directo las ejecuciones. Quiero que la gente se convierta en caracoles y se escondan debajo del caparazón. Creo que esta vez no habrá problemas, ¿verdad? —preguntó Cromacio Vila mirando a Fernando Vázquez.

— Claro que no, Excelencia —respondió éste tragando saliva.

— ¿Y el numerito de esta noche se va a quedar sin respuesta? —inquirió Neus.

— No, claro que no. Por lo poco que sé de tecnología creo que todo lo que se haga deja una traza. Quiero que tanto Rogelio como Jonás pongan a sus mejores hombres a trabajar para encontrar ese rastro. Es el hilo que nos llevará a detener a esos traidores y a estos los mataré yo mismo.

La operación dio comienzo a las doce de la noche. La verdad es que desde el primer momento nos habíamos imaginado que se produciría una movilización de gente similar a la que vemos en las películas: hombres y mujeres cogiendo sus equipos de campaña saliendo ordenadamente del Refugio Real para estar a la hora señalada en el lugar donde debían actuar. Sin embargo no fue así. Hubo un movimiento general durante las dos horas anteriores a la medianoche. Cada cual fue ocupando su lugar de trabajo sabiendo de antemano la función que debía desarrollar. A los políticos se nos dijo que debíamos permanecer en los apartamentos junto a nuestras familias. No hacíamos falta durante aquella noche. Debíamos descansar porque al día siguiente íbamos a ser fundamentales para transmitir al país la tranquilidad ante un segundo Golpe de Estado en menos de un cuatrimestre. Tanto Martha como yo nos negamos en rotundo. Alba y Alfonso decidieron permanecer junto a sus familias hasta que fuesen llamados en las primeras horas de la mañana.

Finalmente Aurelio accedió a que tanto Martha como yo permaneciéramos junto a él en una de las salas que se habían destinado a Centro de Operaciones. Desde allí podríamos comprobar cómo se iban desarrollando los acontecimientos. Como teníamos plena conciencia de que aquella podría ser nuestra última noche con vida pasamos la tarde en la cama de su apartamento en medio de una conversación totalmente intrascendente, tratando temas sin importancia alguna. Teníamos los nervios a flor de piel y, a pesar de que nos hallábamos semidesnudos, ni se nos ocurrió, ni nos apetecía tener sexo. Sólo hablar en compañía del otro. No nos hacía falta nada más.

Aquella sala parecía el Centro de Control de la NASA. Catorce bancadas estaban ocupadas por más de sesenta personas. A la gran mayoría no las habíamos visto en todos los meses que llevábamos ocultos en el Refugio Real. Todos tenían un ordenador ante sus ojos, algunos con más de un monitor. Nadie se fijó en nuestra presencia. Las paredes estaban ocupadas por enormes pantallas que mostraban planos de edificios, mapas de España y procesos informáticos incomprensibles para cualquiera que no fuera un experto.

— ¿Esta gente quién es? —preguntó Martha.

— Ahora eso no importa. Ya os lo diré luego, según se vayan desarrollando los acontecimientos —respondió Aurelio con un tono de voz bastante serio—. Sentaos ahí —nos señaló una zona algo apartada.

— Nos irás explicando lo que se va haciendo, ¿verdad? —pregunté yo.

— Claro. Si no lo hiciera no os enteraríais de nada —volvió a utilizar el mismo tono seco que ya se acercaba a la «bordería».

Se sentó a nuestro lado, abrió su ordenador portátil y colocó junto a él una especie de transmisor al que enchufó unos auriculares. Nos miró y nos dijo:

— Con esto estamos conectados con los equipos que están en la superficie. Mikel es el que va a dirigir esa parte de la operación.

No respondí. Como sólo tenía una imagen superficial de cómo lo iban a ejecutar, la idea con la que me quedé el día en que Aurelio nos expuso las bases generales de cómo planearon el Golpe, era mejor estar callado. La una de la madrugada se iba acercando. Hubo momentos en que los minutos se quedaban estancados y daba la sensación de que el tiempo se detenía, pero esa aparente sensación de parálisis se transformaba sin previo aviso en un sprint de Usain Bolt sólo unos segundos después. Tan impaciente me encontraba porque nos jugábamos mucho.

El Golpe había que darlo aquella noche. No existía ningún margen de error ni para retrasarlo. Mi aparición en televisión provocó una respuesta contundente por parte del Régimen. Se volvieron a producir detenciones. Incluso se retuvo a gente que sólo había criticado al Gobierno en Twitter, Facebook o que escribió textos con temática opuesta a la propaganda gubernamental en periódicos digitales o en blogs. Según Aurelio se torturó en comisarías y cuarteles a alguno de ellos, torturas que no las perpetraron agentes o militares sino esa especie de cuerpo de represión paralelo que se había creado para imponer el miedo en la población. Otra consecuencia de mi discurso fue el juicio rápido a casi un centenar de personas que ya fueron detenidas en los primeros días tras el Golpe de Estado de Cromacio Vila. Se les sentenció a muerte por delitos de terrorismo porque se les acusó de ser los ejecutores o los instigadores de los asesinatos de los expresidentes y de crear un movimiento de oposición clandestino. Todo esto salió en todos los medios de comunicación. Hubo partes de esa farsa de juicio que se retransmitieron en directo por televisión, sobre todo los alegatos de las acusaciones, de la Fiscalía y de los abogados defensores quienes presentaron a sus representados como culpables. A los acusados no se les permitió ni abrir la boca. Sin embargo, se produjo algo que ni el propio Gobierno esperaba: a la mañana siguiente de mi discurso aparecieron pintadas en muchas paredes del país reclamando democracia, soberanía popular, derechos civiles, la dimisión del Gobierno y la convocatoria de elecciones libres. Eso quería decir que existía un descontento oculto que mi aparición en televisión había despertado. En ciertos carteles pintaron grafitis con mi rostro al lado de la foto de Cromacio Vila con una leyenda bajo mi cara: «Nuestro Presidente». Tal vez les di esperanzas, no lo sé, lo que quedaba claro es que les insuflé cierto valor, cierta valentía que provocó que se atrevieran a desobedecer el Toque de Queda para realizar esas pintadas. Por una parte me sentía orgulloso pero por otra me sentía responsable de las vidas de aquellos inocentes a los que sentenciaron a muerte como represalia a mi discurso y para ejemplarizar o para imponer más miedo a los ciudadanos.

La voz de Aurelio me sacó de mis reflexiones:

— Señores, faltan cinco minutos. Iniciamos la Fase 1 —cogió el transmisor y dijo—: Mikel, estamos preparados para Fase 1.

— De acuerdo. Tomamos posiciones —se escuchó a través de los altavoces que habían habilitado en la sala para poder indicar y seguir los movimientos del equipo que se encontraba en la superficie.

Los cinco minutos pasaron y Aurelio hizo una señal para dar inicio a todas las operaciones. El futuro de España se decidía en apenas unas horas. Si no teníamos éxito más valía que nos suicidáramos o que saliéramos del país porque el fracaso era sinónimo de muerte. La venganza de Cromacio Vila sería implacable.

* * *

Neus Yuste visitaba las instalaciones que se habían preparado para las ejecuciones del día siguiente. El Presidente decidió que era necesario que el acontecimiento tuviese impacto en los ciudadanos por lo que eligió un lugar emblemático de Madrid: el Estadio Santiago Bernabéu. El plan era que todos los condenados salieran por el túnel de vestuarios y se colocaran en el campo donde serían ametrallados desde las plataformas que cuando había partido utilizaban las cámaras de televisión. Para que no hubiera fallos, ni escenas desagradables, se colocaron a ras de césped otras veinte ametralladoras. Los condenados se encontrarían en un fuego cruzado del que no habría escapatoria posible. En la parte superior del estadio se colocaron cámaras que retransmitirían en directo aquella atrocidad.

Yagüe tuvo su Plaza de Toros en Badajoz para ejecutar a esa chusma. Pinochet el Estadio Nacional de Santiago. Su Excelencia tendrá el Bernabéu —dijo exultante Jonás Juárez. Acompañaba a Neus en la inspección para dar una visión más profesional y encontrar posibles errores que sólo un militar podría ver—. Llámale y dile que todo está listo.

— Ahora mismo —sacó de su bolsillo el móvil y marcó el número de Cromacio Vila. Sonaron tres tonos hasta que el Presidente respondió:

— Dime, Neus. Ya está todo lis... —la línea se cortó.

— ¿Qué pasa?

— Se ha cortado. Vuelvo a llamarle —pulsó el botón de llamada dos veces pero no dio ni señal. Miró la pantalla del teléfono y se dio cuenta de que no había conexión a la red—. No puedo llamarle, me quedé sin cobertura. Déjame tu móvil.

A Jonás no le gustaba nada que una mujer le hablara con ese tono imperativo. Si hubiera sido su esposa ya le había soltado una hostia que le habría dado la vuelta a la cabeza. Sin embargo, con Neus Yuste era otra cosa, no sabía por qué la tenía respeto y cierto miedo, pero así era. Buscó en su cazadora el terminal y se lo dio. Ella miró la pantalla y comprobó que tampoco tenía cobertura.

— Habrá algún fallo en las antenas. Vamos a buscar algún teléfono fijo.

— En el palco hay. Desde allí le vuelves a llamar.

Entraron en las entrañas del estadio siguiendo el camino inverso que al día siguiente recorrerían los infelices que iban a morir. Llegaron a la zona de los vestuarios. Neus no hacía

más que mirar una y otra vez la pantalla de su celular para comprobar si conseguía entrar en un lugar donde hubiese cobertura, cosa que no logró. Miró a Jonás y le preguntó:

— ¿Por aquí habrá un teléfono?

— En el vestuario de los árbitros seguro que sí porque creo que cuando terminan de redactar las actas de los partidos tienen que enviar una copia por fax a la Federación.

— ¿Por fax? ¡Qué antiguo eres! Las mandarán por correo electrónico o las colgarán en un FTP, pero, si tú lo dices, vamos a ver.

— Comprobémoslo y si no hay subimos al palco. Yo he estado ahí varias veces y vi algún teléfono.

Entraron en la zona habilitada para los árbitros y en una mesa de trabajo había un teléfono fijo. Neus lo cogió y al ponérselo en la oreja comprobó que no había señal.

— No funciona. Vamos al palco y si desde allí no podemos llamar nos vamos al Palacio a hablar directamente con Su Excelencia.

Así hicieron. Como dijo Jonás Juárez en el antepalco vieron varios teléfonos. Todos estaban inutilizados. Miraron en algunos despachos y el resultado fue el mismo.

— Vámonos. Debe de haber una avería en el barrio. Ya estarán los de la compañía al tanto pero no nos vamos a quedar aquí hasta que lo arreglen —dijo Jonás. Se subieron en un ascensor que les llevó al parking donde les estarían esperando los escoltas junto a los coches en los que habían llegado al estadio.

Neus iba pensando que tal vez el militar tuviera razón: una avería les había dejado incomunicados telefónicamente, pero una parte de ella se había puesto en alerta. Era una casualidad muy oportuna que algo así ocurriera en unos días en que sucedieron tantas cosas, entre ellas, la aparición de Sergio Pan.

El aparcamiento se encontraba vacío salvo por los vehículos del Ejército que transportaron el material necesario para las ejecuciones. En aquel instante estaban vacíos. Cerca de ellos se veían los tres Audi S8 en los que llegaron al estadio Neus y Jonás. Sólo se escuchaba el sonido de los tacones de ella que provocaban cierto eco por lo desierto del lugar. Los escoltas fumaban y conversaban tranquilamente. Verles así hizo que parte de las sospechas que se despertaron en el interior de Neus desaparecieran. Contemplar a aquellos hombres leales tan serenos, esos hombres que darían sus vidas por ellos, la tranquilizó.

En cuanto los agentes se dieron cuenta de la llegada de Neus y Jonás tiraron los cigarrillos al suelo y ocuparon los puestos que tenían asignados en cada uno de los coches. Uno de ellos abrió la puerta trasera del que iría en el centro de la formación para que entraran los dos mandatarios. Ella se sentó. El militar abrió la otra puerta sin esperar a que fuera el escolta quien lo hiciera.

Salieron del estadio hacia la Residencia de Cromacio Vila. Eran casi las dos de la madrugada pero ella estaba segura de que aún no se habría acostado. Siempre solía acostarse tarde,

aunque sólo fuera porque se quedara viendo algún partido de la NBA o de alguna liga de fútbol extranjera. No había tráfico. El Toque de Queda se respetaba escrupulosamente. En menos de un cuarto de hora estarían ante el Presidente.

— Por fin haremos lo que se debió hacer hace muchos años — dijo satisfecho Jonás.

Neus no respondió. Sólo asintió y abrió su maletín para sacar unos informes que debía analizar para una importante reunión con representantes de la banca que tendría al día siguiente después de las ejecuciones.

— ¿Tú nunca descansas?

— No —respondió con tono cortante. La verdad era que no tenía ganas de hablar y mucho menos con aquel militar fanfarrón al que no aguantaba y con el que ya había pasado demasiado tiempo, más del estrictamente necesario.

Al llegar a la Cibeles escucharon un fuerte golpe tras ellos. Se giraron rápidamente y vieron cómo un todoterreno negro acababa de embestir al coche que les seguía empotrándolo contra la fuente. Neus se asustó y empezó a dar golpes en el cristal que les separaba del habitáculo de los conductores.

— ¡Nos atacan! ¿Es que no habéis visto que acaban de embestir al coche de atrás? —gritó ella con un tono muy agudo provocado por el pánico que la acababa de embargar.

— Sí, señora —dijo una voz masculina—. Cambiamos la ruta y en vez de ir por la Gran Vía tiramos por Atocha y las Rondas.

Neus notó cómo aumentaban la velocidad y cómo hablaban con el otro coche por la emisora interna. Jonás, por su parte, había sacado una pistola y la estaba armando. Pasaron Neptuno y cuando se veía la silueta de la estación de tren de Atocha escucharon dos disparos tras ellos. Volvieron a girarse y comprobaron cómo un Mercedes azul les perseguía. Desde el lado derecho se podía ver cómo un hombre les disparaba con un fusil. El Audi S8 estaba blindado por lo que sólo escuchaban los impactos en el cristal o en la carrocería. El blindaje impedía que los proyectiles entraran en el interior del coche. Jonás abrió la ventanilla para intentar responder a los disparos pero en cuanto se asomó recibió una bala en el brazo.

— ¡Pidan ayuda, por favor!

— ¡Pidan refuerzos, coño! ¡Es una orden! —gritó Jonás mientras intentaba cortar la hemorragia que le provocó el balazo haciéndose un rudimentario torniquete con su corbata.

— ¡Pidan ayuda, por favor!

— ¡Pidan refuerzos, coño! ¡Es una orden! —gritó Jonás mientras intentaba cortar la hemorragia que le provocó el balazo haciéndose un rudimentario torniquete con su corbata.

— ¡Ya lo estamos haciendo, pero nadie responde!

— ¡Más rápido, más rápido!

Pasaron la Glorieta de Embajadores. La persecución continuó por la Ronda de Toledo. Ahí había una Comisaría de Policía. Neus pensó que cuando los agentes vieran pasar a tres coches a más de 150 km/h con uno de ellos disparando a los otros dos habría una reacción y los refuerzos llegarían. Sin embargo, no vio a nadie en la puerta. Ya se veía la Puerta de Toledo cuando escucharon un fuerte golpe delante de ellos. De la Ribera de Curtidores salió a toda velocidad otro todoterreno negro que embistió al Audi que les precedía. Estaban solos.

— ¡Tenemos bloqueada la salida por Bailén! ¡Nos disparan! ¡Tira por la Ronda de Segovia! —se escucharon impactos de bala en la carrocería y en el cristal blindado.

— ¡Por el túnel no! —gritó Jonás—. ¡Eso es una ratonera!

— Señor, es la única ruta posible —dijo el escolta

— ¡Si tienen bloqueada la salida hacia Bailén, seguro que nos estarán esperando a la salida!

Penetraron en el túnel. Tanto Neus como Jonás pudieron ver cómo el Mercedes aceleraba y se colocaba en paralelo a ellos. Volvieron a dispararles y el blindaje logró que los proyectiles no penetraran en el habitáculo. Las marcas que dejaron los impactos en el cristal delataban que estaban intentando matarles porque se hallaban a la altura de sus cabezas.

Nadie les estaba esperando en la Ronda de Segovia. El Mercedes volvió a colocarse detrás de ellos. De vez en cuando se escuchaban más disparos.

— Nos están llevando hacia donde ellos quieren. Ahora tendremos que realizar un par de giros de noventa grados antes de entrar en Virgen del Puerto —dijo Jonás— Ahí tendremos que reducir la velocidad y seremos un blanco fácil.

— Eso mismo creo que yo —respondió Neus. Estaba muy nerviosa y asustada.

— ¿Avenida de Valladolid o M30? —preguntó el militar a los escoltas.

— Mejor por el Paseo de la Florida, Avenida de Valladolid y vamos directos al Palacio de su Excelencia —respondió el conductor—. Los túneles de la M30 sí que son una ratonera.

Sin embargo, no dio tiempo a más. Cuando se iban a incorporar a la calle Segovia recibieron un fuerte golpe en la parte derecha del Audi que les hizo volcar. Un Hummer H2 amarillo les embistió. Neus pudo ver cómo el coche daba una vuelta y notó cómo les empujaban. Estaba muerta de miedo. Comenzó a gritar y al mirar hacia Jonás comprobó que éste se encontraba sin sentido o muerto porque la cabeza le sangraba mucho. El militar no se había puesto el cinturón de seguridad.

— ¿Están bien? —preguntó uno de los escoltas.

— ¡Yo sí, pero el señor Juárez está inconsciente! —gritó la mujer.

En ese instante entrevió varias piernas que se dirigían hacia el Audi. Buscó su bolso para sacar la pistola que guardaba allí, pero no lo encontró. Escuchó cómo se abrían las puertas delanteras

y sonaban dos disparos silenciados. Ella continuaba con su búsqueda pero una mano enguantada le agarró del brazo y la arrastró a la calle. La pusieron de pie de forma violenta, la amordazaron y le pusieron una especie de bolsa de tela negra en la cabeza. Notó cómo la conducían hacia algún lugar. Nadie hablaba, todo era silencio. Sólo se oía el ruido de varios motores. La introdujeron en un vehículo. Fue en ese momento en que tuvo constancia de que la iban a matar.

IV

02:30

La voz de Mikel se escuchó en toda la sala:

— Fase 1 finalizada con éxito. Sin problemas. Esperamos indicaciones para comenzar con la fase 2.

— Id desplegándoos —le ordenó Aurelio.

— De acuerdo.

— Señores, vamos preparando el segundo paso. Pueden parar diez minutos porque estamos a la espera de que nos lleguen los códigos.

Nadie respondió. Muchos se levantaron para dirigirse a una habitación contigua que se había habilitado para los fumadores. Tanto Martha como yo también nos fuimos allí. Eran tantos los nervios que las ganas de fumar se acrecentaron. Esperábamos que hubiera un gran revuelo, como suele ocurrir normalmente. Habían sido dos horas de silencio absoluto y de concentración extrema por aquellos hombres y mujeres. Sin embargo, lo único que vimos fue a personas que fumaban consultando documentación y en un absoluto silencio. Parecía una sala para fumadores benedictinos.

— Vámonos al comedor y te fumas el cigarro por el camino. Tengo algo de hambre.

Llegamos a la sala y nos preparamos un par de cafés y unas tostadas con el pan que siempre se dejaba colocado en una mesita por si alguien que trabajara durante la noche quería comer algo. Una vez nos sentamos en una mesa nos quedamos en silencio unos segundos, hasta que Martha lo rompió con una reflexión en voz alta:

— No entendí nada de lo que pasó ahí dentro y comprendí algunas cosas. Todo al mismo tiempo.

— ¿Qué? ¿Qué es lo que entendiste? Yo lo único que vi fue que se tecleaba mucho y que las pantallas no hacían más que mostrar códigos y manchas de distintos colores en los mapas.

— Todos esos que están en la sala son hackers o expertos informáticos en seguridad —dijo muy seria—. El Golpe se basa en una mezcla de acción sobre el terreno y de la toma de los puntos estratégicos del país desde aquí, ¿verdad? ¡Estamos a varios metros bajo tierra, joder!

— Entonces... —me quedé pensativo porque la revelación que me acababa de hacer Martha me despejaba muchas de las dudas que se me crearon cuando Aurelio nos explicó muy

someramente el plan operativo—. Cuando él nos dijo que se iban a hacer con el control de las comunicaciones y de otros puntos de vital importancia estratégica para el país se refería a esto... ¡Muy inteligente! —me alegré hasta que vi la expresión de Martha—. ¿Qué pasa?

— Los hackers, en general, son mercenarios. No se venden a cualquier precio y mucho menos se meten en política, salvo que se sientan amenazados o trabajen para un gobierno en concreto, como ocurre con los chicos que tienen unidades del ejército formadas sólo por piratas informáticos. Lo mismo que pasa con los servicios de inteligencia. Cuando se venden lo hacen a un precio muy alto. ¿Con qué dinero les paga Aurelio a los que están allí sentados? ¿Qué les ha prometido? Eso es lo que me preocupa porque si el Golpe sigue adelante y logramos derrocar a Cromacio Vila nuestro Gobierno empezará con una hipoteca que, tal vez, no podamos pagar, además de tener el peligro de que nos ataquen si nos negamos a hacernos cargo de las promesas que Aurelio les haya podido hacer o pagarles el dinero comprometido.

A mí ni se me había pasado por la cabeza una reflexión así. Estaba tan centrado en los preparativos del Golpe, tan ensimismado en el seguimiento del mismo que ni se me había ocurrido que el éxito pudiera estar hipotecado desde el principio. Tenía que hablar con Aurelio de inmediato. Me puse tan nervioso que encendí un cigarrillo en el comedor a pesar de que estaba prohibido fumar allí. No hizo falta ir a buscarle porque apenas un minuto después de que prendiera el cigarro entró en el salón. Se le veía satisfecho y tranquilo.

— ¡Al fin os encuentro! —dijo sonriendo—. ¡Ya estamos más cerca! ¡El primer paso está dado! —nos miró y se dio cuenta de nuestras expresiones de preocupación—. Parece que estáis en un entierro, ¿qué os pasa?

— Me han surgido una serie de dudas —dije muy serio—. Quiero que me las resuelvas ahora mismo —cambié el tono por uno más imperativo que pareció impresionarle—. Y sin misterios. Cartas boca arriba, ¿de acuerdo?

— Decídmelo.

— Esos tipos que están en la sala son hackers, ¿verdad?

— Sí y no. La mayoría son militares y policías expertos en seguridad informática y, en consecuencia, en intrusismo. El resto son, como decís, piratas informáticos que trabajan para la Policía.

— ¿Por qué están aquí? Esa gente no trabaja gratis, y no me vengas con la lealtad o el amor a la democracia porque no me lo creo —sentenció Martha.

— Tienes razón, no trabajan gratis. Como nadie lo hace. Todo el mundo pone un precio por su trabajo —respondió Aurelio con mucha tranquilidad.

— ¿Qué les has prometido? No voy a encabezar un Gobierno que tenga que cumplir compromisos o promesas que vayan en contra de la ley. No voy a pagar deudas que has adquirido tú —le espeté con un tono duro, incluso tosco.

— Nadie va a tener que incumplir ninguna ley ni se va a ver obligado a pagar las deudas de otros. Lo que se les ha prometido a cambio de su trabajo de esta noche es eliminar de su historial todos los antecedentes que pudieran tener...

Casi al unísono Martha y yo hicimos la misma pregunta:

— ¿Que has hecho qué?

— Dejádme terminar, por favor. Entre los que están sentados ahí se encuentran algunos de los mejores hackers del mundo. Quitarles sus antecedentes es un precio demasiado bajo para tenerlos al servicio del Estado en vez de estar bajo la amenaza de que provoquen alguna desgracia. Si el Golpe tiene éxito se va a crear una especie de agencia dependiente tanto de Inteligencia como del Ejército y las Fuerzas de Seguridad. Por un lado van a implementar y mantener un sistema de seguridad informática para todas las instituciones estatales. Por otro van a ayudar a la Policía en la resolución de crímenes o delitos que sólo se pueden resolver con las nuevas tecnologías.

— ¿Sólo eso? ¿No hay nada más?

— ¿Te parece poco? ¿Es que no te das cuenta de que las guerras ya no se van a dirimir en campos de batalla sino desde el teclado de uno de esos cerebritos? ¿No os dais cuenta de que si uno de estos locos quiere organizar un ataque de misiles no tiene más que proponérselo? Por eso es mejor tenerlos en nuestro bando que en contra y mantenerlos ocupados con retos constantes.

— ¿Retos? La verdad es que no te entiendo —la verdad es que no me podía creer que con retos se pudiera comprar a personas.

— Esa gente se mueve por retos personales. Sólo quieren superarse constantemente. Ahí hay sentada una chica que entró en el sistema de seguridad militar ruso y estuvo dentro durante más de dos horas «paseándose». En más de una ocasión pudo haber activado un ataque nuclear sobre el punto del planeta que ella hubiera decidido. No lo hizo. ¿Por qué? Muy sencillo. El reto no estaba en hacer daño sino en ir abriendo una tras otras las puertas de seguridad, en ir esquivando las trampas que todos los sistemas contra el intrusismo tienen. Salió de allí como quien sale del baño, sin tocar nada, sin hacer nada. A los seis meses intentó entrar en el Banco de Inglaterra. Allí pudo haber robado millones de libras esterlinas y no lo hizo. El desafío era lo que la movía. Sin embargo, cometió un error en una de las trampillas y fue detenida en Burgos a los dos días. Tras alcanzar un acuerdo con ella colabora de manera continua con las Fuerzas de Seguridad y con el Servicio de Inteligencia. La historia del resto es más o menos la misma.

Aún no tengo ni idea de cómo ocurrió pero su argumento me convenció. Martha parecía un poco más reticente a confiar en Aurelio y en lo que nos acababa de contar. Su expresión la delataba.

— Muy bien, de acuerdo. ¿Ahora qué viene? Antes has dicho que eran necesarios unos códigos y que alguien los iba a traer —.

— Es cierto. La siguiente fase está basada en hacernos con... —le interrumpió el intercomunicador. Escuchamos la voz de Mikel.

— El paquete está en Correos en perfecto estado y con todas las piezas.

— Gracias Mikel. Ahora esperad a que se os dé luz verde.

— Ok.

Martha y yo nos miramos alucinados e intrigados al mismo tiempo.

— ¿Qué paquete? ¿Correos? Aurelio, no entiendo nada.

— Venid conmigo. Ahora lo entenderéis —sonrió—. Y os vais a llevar una grata sorpresa.

Le acompañamos hacia una zona que no habíamos visitado en todos los meses que llevábamos ocultos en el Refugio Real. Aurelio se acompañó de tres de sus hombres, todos armados.

— Los informáticos están analizando ya los dos ordenadores, los teléfonos y la tablet —le informó uno de los hombres.

— ¿Os han dicho cuánto tiempo tardarán en encontrar los códigos?

— Una media hora, más o menos.

— Perfecto. Todo va según lo previsto —Aurelio volvió a coger el intercomunicador y le dijo a Mikel que estuvieran listos en treinta minutos.

Al final llegamos a una puerta diferente a las del resto del complejo. El cajetín de seguridad también era distinto porque no sólo tenía un teclado sino que era necesaria una validación de huella dactilar y de retina. Aurelio marcó siete cifras, colocó su ojo y su dedo pulgar en los correspondientes visores y la puerta se abrió. Entramos y tuvimos que taparnos los ojos porque el nivel de la luz era muy superior a la que había en el resto del Refugio. Se trataba de una estancia con las paredes blancas y como único mobiliario había una larga mesa y tres sillas del mismo color. Allí se encontraba ya María Pancorbo junto a dos hombres armados, vestidos con uniformes militares de campaña y con el rostro tapado. Sentada en una de las sillas había una mujer con la cabeza tapada con una bolsa de tela negra.

— ¡Quitadle la capucha! —ordenó María a la vez que sacaba una pistola.

Los dos hombres armaron sus fusiles antes de quitarle la bolsa a la mujer. Yo no entendía tantas precauciones con una persona que estaba maniatada pero cuando vi el rostro de Neus Yuste lo comprendí. Mantuvo cerrados los ojos para acostumbrarse a la luz y los fue abriendo poco a poco. Se la veía asustada, apocada, lo contrario a la seguridad que siempre había mostrado. Incluso daba la sensación de que se había consumido. Cuando ya se acostumbró a la luz nos miró a todos los que allí nos encontrábamos y gritó:

— ¡No me matéis! ¡No me matéis! ¡Haré lo que me pidáis! ¡Pero no me matéis! —María le pegó un guantazo para que se callara.

— ¡Claro que harás lo que te digamos, zorra! Pero sólo hablarás cuando nosotros te lo digamos, ¿de acuerdo? Cada vez que abras la boca te llevas una hostia, así que es mejor que estés calladita.

Yo iba a decir que no la tocaran pero Aurelio me hizo una seña para que saliéramos de allí. Martha estaba horrorizada. Recordaba lo que ella había pasado el día de las elecciones y cómo la habían torturado.

— ¿No la iréis a torturar? —preguntó mientras nos dirigíamos a la galería central y regresar al Centro de Operaciones.

— No, no. Esa no es nuestra intención. A la señora Yuste se la mantendrá retenida y su mayor tortura será la duda de si vamos o no vamos a matarla. Ese guantazo que le ha dado María no ha sido más que un modo de demostrarla que ella ya no manda, que somos nosotros los que decidimos. Ella es la que tiene los códigos que necesitamos y que ahora están descifrando los informáticos. A lo mejor se encuentran con algún problema y sólo ella sabe cómo descifrarlo. Por eso es necesario mantenerla con esa duda, con el miedo a perder la vida, porque de otro modo no colaboraría si la necesitáramos.

— De acuerdo, porque tú y yo acordamos que no habría violencia.

— Te prometí que sólo en ciertos momentos haríamos uso de la fuerza —respondió Aurelio. En eso nos alcanzó María.

— ¿Cómo vamos? —preguntó.

— Bien. Por cierto, ¿dónde está Juárez?

— Muerto. El muy imbécil se puso a disparar como loco contra el coche señuelo y como no llevaba el cinturón de seguridad puesto pues... ya sabes.

— ¿Habéis matado a Jonás Juárez? —preguntó sorprendida Martha—. Aurelio acaba de decir que no habría violencia.

— Se ha matado él solito por no llevar el cinturón de seguridad. Todos los escoltas que les acompañaban están bien. Por algo será. Es un daño colateral —me sorprendió y me asustó la frialdad con que la mujer pelirroja dijo estas palabras.

— No debería haber más muertes —se anticipó Aurelio viendo cómo iba a responder yo—. Lo que no puedo prometer es que tengamos que defendernos si nos atacan.

Ya estábamos en la puerta del Centro de Operaciones. María se despidió de nosotros porque iba al exterior. Entramos y uno de los que allí estaban le hizo una señal a Aurelio que indicaba que seguíamos adelante.

Cromacio Vila estaba inquieto. Se había quedado sin poder hablar con Neus Yuste sobre los preparativos de las ejecuciones del día siguiente. Intentó llamarla tanto desde su móvil como desde varios teléfonos fijos del Palacio pero fue inútil. Debía de haber una avería. También pretendió conectarse a Internet pero le fue imposible. Se encontraba incomunicado. Tendría que hacer las cosas a la antigua. Llamó por el intercomunicador interno a uno de sus ayudantes que estaba de guardia y le pidió que saliera de palacio con dos de sus escoltas para ir a buscar a Neus a su casa. Tenía la idea de que habría salido junto a Jonás Juárez tarde del Bernabéu. Pensó que estaría cansada. Finalmente decidió sentarse a ver un rato la televisión. Era tarde y el Toque de Queda también incluía la interrupción de las emisiones de las cadenas en abierto pero no en las de pago. De este modo se calmaría un poco hasta que los policías enviados al domicilio de Neus Yuste le trajeran los informes que ella ya tendría preparados. Buscó con el mando a distancia los canales deportivos. En uno de ellos retransmitían un partido de los play-off de la NFL, los New England Patriots contra los Pittsburgh Steelers. Él era un gran aficionado a este deporte y un gran entendido. Viendo cómo la línea de defensa de los Steelers, la más agresiva de la liga, machacaba al quarterback de los de Boston con dos sack consecutivos pensó que se relajaría pero tenía una sensación extraña, una especie de nudo en el estómago que no era un buen augurio. Sólo esperaba que la avería de la telefonía se arreglara pronto y pudiese llamar a Neus y a Jonás. Volvió a mirar la pantalla de su móvil. Continuaba sin red. Lo dejó a su lado e intentó centrarse en el partido.

Apenas quedaban unos segundos para la interrupción obligatoria de los dos minutos del segundo cuarto. Los Steelers estaban a once yardas de anotar su primer touchdown y de adelantarse en el marcador. Ya se encontraban en field goal range, por lo que, si no eran interceptados, tenían asegurados tres puntos, pero el aún estaban en 3/2.

— ¡A la mano al running back, imbécil! —dijo Cromacio Vila a la pantalla, como si el jugador le pudiese oír.

Al parecer los Steelers no le hicieron caso y se pusieron en formación shotgun. El quarterback lanzó directamente el balón a uno de los wide receivers. La bola ovalada iba por el aire. El Presiente se puso en pie. Se trataba de una jugada muy arriesgada pero, si salía bien, muy espectacular. La disposición de los equipos, los bloqueos y la trayectoria de uno de los receptores respecto a la del balón daba a entender que iban a anotar. Sin embargo, Cromacio Vila no pudo ver el desenlace porque todo se quedó a oscuras.

En ese instante se puso en marcha el sistema de generadores de gasolina del Palacio por lo que apenas se mantuvo unos segundos la falta de electricidad. Cromacio Vila se acercó a la ventana para realizar ese acto casi automático que realizamos todos cuando nos quedamos sin luz y comprobar si se trataba de un problema general o particular. Lo que vio le asustó: salvo las luces del Palacio, el resto de la ciudad que se podía ver desde su posición estaba totalmente en tinieblas. Primero una avería en las comunicaciones. Después un corte del suministro eléctrico. No podía ser una casualidad. Algo ocurría. Necesitaba reunirse con su Gobierno y con los jefes militares y de las Fuerzas de Seguridad del Estado de manera urgente. Pero, ¿cómo les podía convocar?

Se sentía paralizado. No sabía qué hacer. Nunca fue un hombre con iniciativa en momentos de crisis y sin Neus a su lado su capacidad de reacción quedaba prácticamente anulada. ¿Dónde coño se habría metido? Buscó su paquete de tabaco y encendió un cigarrillo en espera de que los dos agentes regresaran, lo que ocurrió apenas pasados diez minutos.

— Excelencia, la señora Yuste no estaba en su casa.

— Y ¿dónde está? —preguntó el Presidente preocupado. Aquello no era normal en Neus.

— No lo sabemos. Fuimos al Bernabéu y nos dijeron que hacía más de dos horas que la señora Yuste y el general Juárez abandonaron el estadio. Pedimos información a través de la emisora del coche por si alguien había visto el convoy. Los compañeros nos dijeron que se había producido un ataque a los coches que custodiaban al que ocupaban tanto la señora Yuste como el general.

— ¿Cómo que un ataque? ¿Quién ha sido? ¿Dónde?

— A la altura de la Cibeles un coche de gran tamaño embistió a los escoltas de cola. Un poco más adelante, cerca del Rastro, ocurrió lo mismo con el coche que les precedía. Finalmente, el Audi donde iban la señora Yuste y el general Juárez fue atacado en el Parque de Atenas. Lo volcaron. Nos acercamos allí y pudimos ver el estado en que había quedado. Le tuvo que embestir un tanque o un vehículo muy grande porque estaba destrozado, a pesar del blindaje.

— ¿Y los ocupantes?

— Tanto los escoltas como el general han muerto.

— ¿Y Neus Yuste? —preguntó Cromacio Vila con la esperanza de que le dijeran que estaba herida pero con vida.

— Excelencia, ya le hemos dicho que no lo sabemos. En el lugar del accidente no estaba y nadie la ha visto. Ha desaparecido. Por lo que nos dijeron los compañeros que inspeccionaban el Audi es muy probable que quienes atacaron se la llevaran.

Cromacio Vila se echó las manos a la cabeza. ¡Neus Yuste secuestrada por unos indeseables! En ese preciso instante le vino a la mente el rostro de Sergio Pan y su discurso. No lo podía probar pero tuvo la sensación de que aquel socialista de mierda tenía algo que ver en aquel ataque, en las comunicaciones desactivadas y en el corte de la electricidad. Tenía que pensar rápido, buscar una solución a lo que ocurría. Miró a los policías y les preguntó:

— ¿Su emisora funciona? ¿La radio de la policía está operativa?

— Sí —respondieron los agentes al unísono.

— Acompáñenme al retén del otro edificio. Desde allí coordinaremos todos los movimientos. Creo que se está organizando un Golpe de Estado. Ustedes no se separen de mí. Van armados, ¿verdad?

— Sí señor. Llevamos nuestras pistolas reglamentarias pero en el coche tenemos dos escopetas Benelli.

— Nos pilla de paso. Recójanlas y vamos a retén.

— Lo que su Excelencia ordene.

Salieron al exterior del Palacio. Lo que en siglos pasados fueron las caballerizas habían sido habilitadas por el primer Presidente que allí vivió como un retén donde se hallaban los agentes encargados de velar por la seguridad del lugar y de los que allí vivieran. Siempre había, al menos, media docena de los mejores policías del cuerpo. No se entraba en aquella unidad sin haber superado un duro examen y un entrenamiento extremo muy similar al del Servicio Secreto del Presidente de los Estados Unidos. El lugar estaba equipado con la última tecnología en sistemas de monitorización de la seguridad del complejo. Jamás se había reparado en gastos y ningún grupo político se atrevió a cuestionar las partidas presupuestarias dedicadas a ello. Lo mismo que ocurría en la residencia del anterior Jefe del Estado.

El Presidente y los dos agentes entraron en el retén. A la derecha de la puerta quedaba una sala de descanso donde un policía dormitaba hasta que se incorporó nada más ver la figura de Cromacio Vila. No era nada habitual que este Presidente pisara el lugar. Sus antecesores, de vez en cuando, se acercaban por allí a charlar un rato con los que tenían la responsabilidad de su seguridad. Cromacio sólo fue al retén el día en que tomó posesión del cargo. De eso hacía ya más de ocho años. El policía que descansaba se unió al grupo saludando militarmente al Presidente y, tras recorrer un pasillo, llegaron a una sala llena de monitores. Nadie se dignó a mirar quién había entrado.

— Buenas noches —dijo Cromacio. Todos los agentes se levantaron de sus sillas al reconocer la voz y saludaron también marcialmente. El Presidente les hizo un gesto para que se sentaran—. ¿Quién está al mando?

— Inspector Peláez, Excelencia. ¿Ocurre algo? ¿Qué podemos hacer por usted? —su tono de voz delataba asombro y un cierto temor. Era un hombre joven para tener una responsabilidad tan grande, lo que indicaba que debía tratarse de alguien muy eficiente.

— ¿Han visto algo extraño en las últimas horas?

—No señor. Desde la hora del Toque de Queda, tranquilidad absoluta.

— En Madrid están ocurriendo cosas. Han atacado al convoy que custodiaba a doña Neus Yuste y al general Jonás Juárez. Éste ha muerto y ella ha desaparecido. No hay luz, teléfono ni internet

por lo que estamos incomunicados. Sus compañeros me han informado de que la emisora de la policía está operativa. ¿Desde aquí podemos utilizarla para activar todos los protocolos de emergencia?

— Claro que sí, Excelencia. Aquí usamos una frecuencia diferente pero la podemos cambiar a la general —respondió Peláez. Se dirigió a uno de los agentes para ordenarle que hiciera el cambio.

— Señores, vamos a organizar desde aquí la defensa de España porque lo que se está produciendo ahí fuera es un Golpe de Estado, una rebelión.

— Excelencia, el alcance de esta emisora es limitado. Sólo podremos llegar a lo que es Madrid pero a las provincias será imposible.

El rostro de Cromacio Vila delató su decepción ante lo dicho por el inspector. Había pensado que con la emisora podría llegar a toda España. Peláez continuó hablando:

— Sin embargo, disponemos de dos teléfonos Iridium con los que podremos llamar a todas las comisarías y cuarteles del país. Nos los instalaron hace dos años cuando la amenaza de los fundamentalistas islámicos se disparó tras los atentados en Londres, Roma y Washington. Con estos teléfonos satelitales ni el Ejército ni las Fuerzas de Seguridad nos quedaríamos sin comunicaciones en caso de alerta o de recibir un ataque. Su existencia es alto secreto y sólo los altos mandos los conocen.

El Presidente estaba alucinado. Él no conocía que se dispusiera de esa tecnología. Seguramente alguien le informó de ello en su momento pero no habría hecho mucho caso.

— Para poder utilizarlos necesitamos su autorización.

— ¡Háganlo! —ordenó. Otro de los agentes se acercó a un armario de seguridad e introdujo un código para abrirlo. De allí sacó los dos aparatos y comenzó a configurarlos.

— En unos minutos estarán operativos. Mientras, utilizaremos la emisora para lo que pudiéramos hacer en Madrid, si le parece bien a su Excelencia.

— Muy bien. Deme ese aparato. Seré yo quien dé las órdenes —cogió el intercomunicador—. Les habla el Jefe del Estado. Estamos en máxima alerta. Cualquier movimiento extraño que vean debe ser reducido con la máxima dureza, matando si fuera preciso. Las unidades que estén cerca de los domicilios de los ministros han de despertarlos y traerlos a Palacio inmediatamente. Lo mismo con el Jefe de la Policía y el general Millán Guzmán. Esto es prioritario —cerró la comunicación. Peláez cogió el intercomunicador y se apresuró a decir:

— Habla el inspector Peláez. Cualquier movimiento sospechoso ha de ser comunicado por esta frecuencia —se giró hacia el agente que configuraba los teléfonos— Cerrato, ¿falta mucho?

— Está conectando con los satélites. En un par de minutos estarán operativos.

— Los otros teléfonos también tendrán que ser configurados, ¿verdad? —preguntó el Presidente.

— En cuanto se activa uno lo hacen el resto y, además, no están guardados como los tenemos aquí. Tienen que tenerlos a la vista en todas las salas de comunicaciones. Ya habrán visto que se están iniciando por lo que estarán atentos a recibir órdenes.

— Muy bien —Cromacio Vila se sintió orgulloso de la eficiencia que estaban demostrando aquellos hombres y de la eficacia de los protocolos de alerta, protocolos que, por cierto, él desconocía.

En ese instante la emisora recibió un mensaje:

— ¡HR16 a P01, HR16 a P01!

— Dime HR16

— Estamos en el domicilio del Ministro de Agricultura y aquí no está. Ni él ni su familia. La puerta estaba abierta, forzada y en el interior hay restos de violencia. Hemos preguntado a los vecinos pero nos dicen que no escucharon nada.

— De acuerdo, HR16. Continúad buscando.

La emisora comenzó a recibir informaciones similares de los domicilios de los ministros. Todos habían desaparecido. Lo único que hallaron los policías fueron casas vacías y con signos de cierta violencia y algún que otro casquillo de bala. Nada más. Cromacio Vila iba palideciendo a medida que los agentes informaban de las desapariciones. Aún no se había comunicado nada ni sobre el Jefe de la Policía ni sobre el general que había ascendido a Jefe de Estado Mayor del Ejército tras la muerte de Jonás Juárez. Sin embargo, la comunicación no tardó en llegar y su contenido hizo que el Presidente se sentara. Ambos habían sido asesinados. En sus domicilios sí que se había producido un intercambio intenso de disparos ya que había muchos casquillos en el suelo y bastantes impactos de bala en las paredes, el techo o los muebles. Cromacio Vila supo que estaba solo y que era el siguiente objetivo.

— Excelencia, los teléfonos satelitales están operativos.

El Presidente cogió uno de los Iridium y marcó el código que el agente Cerrato le escribió en un post-it para comenzar a dar órdenes y, sobre todo, para que un equipo de las Fuerzas Especiales se dirigiera a Palacio.

VI

El silencio sólo era roto por el sonido de los teclados de los equipos de los hackers hasta que volvimos a escuchar la voz de Mikel:

- Última fase desplegada.
- ¿Está listo todo el operativo? —preguntó Aurelio.
- Según lo previsto.
- Adelante.

Aurelio se giró hacia donde nos encontrábamos Martha y yo para decirme:

- Ahora te toca a ti.

Asentí. Era el momento en que saldría del Refugio Real para trasladarme al Palacio Presidencial. Todo estaba yendo según lo que se planeó. Martha me cogió de las manos intentando transmitirme ánimos. La verdad es que me sentía nervioso porque no había surgido ningún problema y eso me mosqueaba porque en ese instante yo entraba en acción y todo se podía torcer justo cuando salía al terreno de juego. Realmente, tenía miedo aunque no lo transmitiera y diera una falsa sensación de tranquilidad.

- Quiero acompañaros —dijo Martha en tono imperativo.
- No podemos salirnos del plan —respondió Aurelio.
- ¡A la mierda el plan! ¡Yo voy con vosotros! No se trastoca nada si vamos uno o dos.
- Sergio, ¿tú qué dices? Si nos ocurriera algo la responsabilidad sobre ella es sólo tuya.
- Quiero que me acompañe —dije en un suspiro.

En principio mi participación en esa fase del Golpe era más testimonial que otra cosa hasta que se concretara su éxito y yo tomara las riendas del país. Sin embargo, existían muchos riesgos, sobre todo en el traslado a Madrid. Podíamos ser detenidos en cualquier control de carretera o cruzarnos con algún contingente militar que, viendo que había un coche circulando e

incumpliendo el Toque de Queda, avisaría rápidamente a los Cuerpos de Seguridad o nos retendrían ellos mismos. El gesto de Martha me emocionó y me dio algo de tranquilidad.

Salimos del Refugio. Apenas había actividad en el exterior. El silencio de la noche lo inundaba todo. Hacía frío pero el frescor en el rostro era agradable tras tanto tiempo encerrados. Respirar aire puro, ver las estrellas y la leve luz de la luna en cuarto menguante reconfortaba. Montamos en un Citroën C5 negro que nos esperaba en la puerta del hangar. Cuando cerré la puerta comprobé que era un vehículo blindado. Miré a Aurelio dándole a entender que me había dado cuenta del detalle. Tantas precauciones me atemorizaban aún más de lo que ya estaba. Él me sonrió, puso una mano en mi hombro y me dijo:

— Hay que proteger al mirlo blanco, por eso vais en la parte de atrás. Yo iré delante y... nada de arrumacos ¡eh! ¡Jajaja!

— ¡Muy gracioso!

El asiento del conductor lo ocupaba María Parrondo. Al lado de la palanca del cambio, en el lugar donde solemos poner unas monedas para los peajes o para los parquímetros, tenía colocada una pistola Glock. Aurelio se sentó y también colocó un arma cerca de él, además de meter un pequeño revólver en la guantera. En ese momento comenzaron a llegar coches a gran velocidad.

— ¿Qué pasa? —pregunté asustado.

— Nada, no os preocupéis. Son los ministros y los que tienen capacidad de mando. Ahora mismo Cromacio Vila está solo.

Me sorprendió. La verdad es que Aurelio ya nos había advertido de que aunque estuviéramos en la sala de operaciones no nos enteraríamos de nada. Más bien lo que me había alucinado era la eficacia que demostraban todos y cada uno de los que ejecutaban el Golpe. Pude ver cómo los iban bajando de los vehículos. Todos iban en pijama y llevaban tapada la cabeza con una bolsa de tela negra. María arrancó el motor e iniciamos el viaje a Madrid.

Nadie hablaba y el silencio en el habitáculo me estaba poniendo aún más nervioso así que, pasado un cuarto de hora, le pregunté a Aurelio:

— ¿Cómo se te ocurrió este modo de dar el Golpe? —la verdad es que me importaba muy poco pero era un tema de conversación tan válido como cualquier otro. Necesitaba iniciar un diálogo.

— No os lo vais a creer pero se me ocurrió cuando vi una película en la televisión. Le empecé a dar vueltas, lo consulté con algunos de los que ahora están ahí abajo y me dijeron que era posible hacer algo parecido a lo de la peli pero no exactamente igual porque, al fin y al cabo, el cine es el cine y la realidad es muy otra.

— ¿Qué película?

— Una de las de la *Jungla de Cristal*.

— ¡No me jodas, Aurelio! ¿Me estás diciendo que todo esto se te ocurrió viendo a Bruce Willis en camiseta y echando sangre por todos los agujeros de su cuerpo?

— Sí. Muchas veces el cine puede aplicarse a la realidad, lo mismo que la literatura.

— Lo que pasa es que los escritores o los guionistas muchas veces van por delante de lo actual —dijo María—. Además de lo de *la Jungla* también hemos cogido ideas de otras pelis. Diréis que estamos locos, pero no es así. Si coges la idea y la llevas a cabo porque estás rodeado de los mejores es muy probable que tengas un resultado positivo: un final de película.

Este tema nos llevó a un debate muy interesante entre la relación de la creación literaria y la ciencia. Al menos eso nos relajó a Martha y a mí. Aurelio decía que en breve la gente podría tener en casa el ordenador de Iron Man. «¿No se han fabricado ya los monopatines de *Regreso al Futuro*?». María afirmaba que casi todo lo que escribió Julio Verne se hizo realidad y se superó, lo que demostraba que la ficción de los escritores servía de inspiración para los científicos cuando lo imaginado tenía un interés real para mejorar la vida de las personas.

— Por tanto, sería poco pretencioso afirmar el hombre sería capaz de fabricar una máquina del tiempo, por ejemplo —dije yo con cierta ironía—. O que con el avance de la ingeniería genética veremos dinosaurios como en *Parque Jurásico*.

Fue Aurelio quien me respondió:

— No te lo tomes a coña. Viajar en el tiempo no es algo que mejoraría la vida de la gente y, mucho menos, crear dinosaurios. Sin embargo, creo que ya se están haciendo experimentos para la donación de mamuts o de especies en serio peligro de extinción.

— ¿Clonar mamuts tiene un interés para la gente? —preguntó Martha en un tono que mezclaba la chanza y la indignación—. De eso a los dinosaurios hay un paso.

— Los hombres de la Prehistoria se alimentaban de esos animales. Mucha gente podría comer su carne.

Ya tenía preparado un contraargumento cuando María frenó el coche. La sangre se me heló cuando pude ver que delante de nosotros la carretera estaba bloqueada por un camión militar y por varios coches policiales. Miré por el cristal trasero y contemplé que de ambas cunetas salían varios vehículos que nos impedían huir dando marcha atrás. Habíamos caído en una emboscada. Nos tenían totalmente inmovilizados ya que a los lados de la carretera había dos muros que hacían imposible escapar campo a través. Martha me cogió de la mano y la apretó de tal forma que escuché cómo me crujieron los huesos. Seguramente a su mente volvieron los recuerdos de la paliza que le dieron el día de las elecciones. La verdad es que yo estaba acojonado. Todo se había ido al carajo. Tanto trabajo, tanta planificación no sirvió para nada. El Gobierno había parado el Golpe y España viviría durante décadas en una dictadura tal y como sucedió con el franquismo. Sentía cómo el miedo me inundaba, cómo me temblaba todo el cuerpo. Lo mismo de le debía ocurrir a Martha, con la diferencia de que ella lo exteriorizó con un llanto convulso y con una especie de ataque de ansiedad. Vi cómo se acercaban al coche una decena de personas armadas. Miré a Aurelio y a María y me sorprendió su tranquilidad. Ni se inmutaron. Daba la sensación de que tuvieran previsto aquel contratiempo, que hubieran tenido en cuenta la posibilidad de encontrarnos con algún control de carretera. Tal vez por eso

la pelirroja había colocado su mano cerca de la pistola. No obstante, ¿qué podrían hacer dos personas contra toda aquella gente? Nada. El Golpe había fracasado.

— ¿Qué hacemos ahora? —pregunté a gritos. Los militares ya casi habían llegado a nuestra altura.

Aurelio cogió su arma y se giró hacia nosotros.

— El juego se ha terminado —dijo encañonándonos—. Ahora os llevaré ante su Excelencia.

VII

Cromacio Vila seguía con atención el desarrollo de todos los acontecimientos. Gracias a los teléfonos satelitales había logrado movilizar a todo el Ejército y a todas las Fuerzas del Orden. El país estaba blindado. También había enviado a técnicos de las compañías telefónicas y de las eléctricas para que arreglaran las averías y recuperar el suministro. Ordenó que aquéllos fueran escoltados. No se habían producido más ataques. Todo estaba tranquilo en espera de que se restablecieran las comunicaciones y el suministro eléctrico. Sin embargo, la desaparición de Neus Yuste, de todo su Gobierno y de las cúpulas tanto militares como de las Fuerzas de Seguridad y de los Servicios de Inteligencia le tenía preocupado. Hasta que los lograran localizar tendría que nombrar a un nuevo Ejecutivo de crisis. Comenzó a escribir una lista de nombres, una lista de fieles en los que confiaba. En eso estaba cuando sonó uno de los teléfonos. El agente Cerrato lo cogió y lo puso en manos libres para que toda la sala pudiera escuchar el contenido de la comunicación. Una voz masculina hizo un anuncio inesperado:

— Acabamos de detener al señor Sergio Pan y a la señora Martha Golfín.

— ¡Por favor, repita eso! —exclamó el Presidente.

— Excelencia, hemos detenido a Sergio Pan y a Martha Golfín —repitió la voz.

— ¿Dónde? ¿Cómo? —Cromacio Vila no pudo ocultar su satisfacción.

— Dos agentes de inteligencia se infiltraron en la organización que quería derrocar a su Excelencia y su Gobierno. Se pusieron con nosotros hace un par de horas y nos comunicaron el lugar donde podríamos detenerlos sin problemas. ¿Qué hacemos con ellos? ¿Los ejecutamos?

— ¡Nada de ejecuciones en caliente! ¡Traedlos a Palacio! —ordenó el Presidente.

— A sus órdenes, Excelencia. En menos de una hora estamos allí. Avisen a la guardia de nuestra llegada para que nos dejen pasar.

— Les espero en el retén de la Guardia Presidencial.

Todo había terminado. La amenaza a su poder había sido neutralizada. Respiró tranquilo, se levantó y le dijo al inspector Peláez:

— Voy afuera a fumarme un cigarro. Yo mismo comunicaré a los soldados que cuando lleguen dejen pasar a los dos detenidos y a los agentes de inteligencia. Son unos héroes de la Patria.

— Como quiera su Excelencia. Le informaré si hubiera alguna novedad.

Al salir de las antiguas caballerizas se sintió satisfecho, tranquilo y orgulloso de la eficacia de los Servicios de Inteligencia. Encendió un cigarrillo mientras contemplaba el despliegue de seguridad que las Fuerzas Especiales habían organizado. Una veintena de hombres tenían totalmente sellado el acceso. Unos patrullaban mientras que otros ocupaban lugares estratégicos. En el punto donde se accedía del exterior del complejo habían montado una Browning en un vehículo URO blindado. Salvo que se produjera un ataque aéreo, cosa harto improbable, era imposible que nadie penetrara allí. Uno de los hombres se acercó a él. Cromacio Vila pudo distinguir perfectamente las tres estrellas de seis puntas que correspondían a un capitán.

— A sus órdenes, Excelencia. Se presenta el capitán Angulo.

No le pudo ver la cara porque, al igual que los demás, llevaba tapada la cabeza con un pasamontañas que formaba parte del uniforme de las Fuerzas Especiales.

— Ya veo que lo tienen todo organizado. Buen trabajo, capitán. En una media hora, más o menos, llegará un coche de policía y un Citroën C5 negro. Déjenlos pasar.

— Como ordene su Excelencia. ¿Desea algo más?

— Nada más. Prosiga. En cuanto termine de fumar volveré al interior —hizo una pausa, dio una calada al cigarro y volvió a mirar al oficial a la vez que expulsaba el humo—. ¿Quiere un cigarrillo?

— Se lo agradezco, Excelencia, pero no fumo.

— Gracias a usted —no estaba acostumbrado a agradecer nada a nadie pero ese hombre que se alejaba de él y sus soldados estaban allí para salvaguardar su vida.

Los siguientes minutos transcurrieron lentamente. El Presidente estaba ansioso por tener ante él a Sergio Pan y a esa zorra de Martha Golfín. Su cabeza meditaba qué iba a hacer con ellos. En un principio pensó en pedir el arma a uno de los agentes del retén y pegarle un tiro en la cabeza a cada uno. También especuló con ordenar a los soldados de las Fuerzas Especiales que custodiaban el Palacio que los fusilaran allí mismo. Sin embargo, debía dejar de lado sus ansias de hacer desaparecer a su amenaza y utilizar lo ocurrido durante aquella noche en beneficio del nuevo Régimen. Ese fue uno de los errores que, según Cromacio Vila, cometió Franco: incrementar el miedo a la represión con muestras públicas de la fuerza de quien tenía el poder. Tras la Guerra Civil se produjo un proceso de limpieza ideológica con ejecuciones nocturnas en los cementerios. Todos los españoles sabían que esa represión se estaba produciendo pero no lo vieron. Como mucho escuchaban los disparos de los pelotones de fusilamiento. Si los ajusticiamientos hubieran sido públicos, a plena luz del día y en las plazas de las ciudades y pueblos, se habría imbuido mucho más miedo a la gente porque habría cauterizado cualquier tentación a la rebelión o a la creación de cédulas de oposición porque ese temor es siempre mayor si las consecuencias se ven, se palpan. En 1939 no existían más medios de comunicación que la radio y la prensa escrita. Sin embargo, él tenía la televisión e internet y lo iba a

aprovechar. Sergio Pan y Martha Golfín serían ejecutados al día siguiente junto con los desgraciados pero ocupando un lugar principal en el espectáculo.

Se hallaba en medio de esos pensamientos cuando la emisora anunció la llegada de los coches que traían a los detenidos. Se levantó para recibirlos como merecían.

VIII

Nos sacaron del coche con malos modos y a empujones. Nos pusieron de cara a las ventanillas laterales y nos esposaron. En medio del aturdimiento pude ver cómo Aurelio y María Parrondo hablaban con los militares. Sonreían y se felicitaban. Yo tenía miedo y, a la vez, sentía desprecio hacia aquel hombre en quien había confiado durante todos los meses que pasamos en el Refugio, el hombre que parecía ser un demócrata y que había organizado todo aquel operativo para defender las libertades y los derechos que Cromacio Vila hurtó a los españoles, el hombre al que esos a los que parecía servir le habían matado a una hija por luchar y reivindicar libertad en vez de represión. No podía quitar la vista de las escenas que se estaban produciendo a nuestro alrededor: las risas, los golpecitos en el hombro y, sobre todo, la expresión de satisfacción que tenía Aurelio en su rostro. Giré mi cabeza. No podía aguantar más, así que decidí fijarme en Martha. Me miraba como si me suplicara que arreglara aquello, que buscara una solución. Ella sí que demostraba estar atemorizada porque ya había sufrido en sus carnes la tortura y la violencia de aquella gente. Intenté cambiar mi expresión con la intención de tranquilizarla pero no me dio tiempo, ya que nos taparon la cabeza con una bolsa de tela negra. En medio de la oscuridad se me vino a la mente la imagen de los detenidos en Guantánamo. Sabía que nuestro destino era la muerte.

Nos metieron violentamente en el Citroën C5. Las voces de los que ocuparon los asientos delanteros me indicaron que ni Aurelio ni María venían con nosotros. Este hecho me asustó aún más. Era posible que nos ejecutaran en cualquier momento. Me acerqué a Martha. Quería sentir su calor, quería estar cerca de ella. Había surgido algo bello entre los dos, algo que la irracionalidad iba a truncar. Ella apretó su brazo con el mío. Temblaba. Escuché los motores de los vehículos que nos bloquearon el paso y, a los pocos minutos, nuestro coche comenzó a circular. Nadie hablaba en el habitáculo. Sólo se escuchaba el sonido del motor hasta que Martha acercó su cabeza a la mía y me susurró:

— Si nos ha traicionado a nosotros también les habrá indicado dónde está el Refugio.

— ¡Silencio! — gritó uno de los que iban en los asientos delanteros. Se notaba que era un hombre acostumbrado a mandar.

No había pensado en lo que Martha me acababa de decir. La traición de Aurelio podía provocar una verdadera catástrofe porque los que allí se encontraban no se quedarían pasivos ante una intervención del Ejército. Se defenderían. En el Refugio Real también había mujeres y niños

inocentes que nada tenían que ver con el Golpe: las familias de los políticos y de los que los pudieron ocultar. Todos podrían morir en medio de la refriega. Alfonso, Alba, sus hijos... Se me saltaron las lágrimas. Me sentía responsable de lo que pudiera ocurrir allí.

No sabía decir cuánto tiempo pasó hasta que el coche se paró un instante para continuar su marcha. Apenas transcurrió un minuto y nos volvimos a detener. Las puertas delanteras se abrieron al igual que las nuestras pasados unos segundos. Nos sacaron violentamente y nos condujeron a empujones hacia el lugar ignoto donde seríamos asesinados.

— ¡Levanta puta! —escuché a mis espaldas. Seguramente Martha se había derrumbado porque sabía cuál iba a ser el final.

— ¿Dónde los metemos? —preguntó una voz potente.

— En esa sala de ahí —esa voz sí que la reconocí. Era Aurelio—. Quedaos con ellos hasta que os diga.

Escuché cómo se abría una puerta. Nos volvieron a empujar y nos sentaron violentamente en lo que parecía una silla de oficina ya que tenía ruedas.

— Un solo movimiento y... —dijo la misma voz a la vez que accionaba el cerrojo de su arma con la violencia necesaria para que fuéramos conscientes de las consecuencias—. No digo más.

Todo pasaba muy rápido y muy lento a la vez. Saber que se va a morir en cualquier momento es una sensación que no se la deseo ni a mi peor enemigo. Por un lado la cabeza no hace más que enviar recuerdos de la vida pasada, momentos felices, momentos tristes, la constante sensación de que no se ha hecho lo suficiente, de que en tal o cual instante se podía haber actuado de un modo distinto al que se actuó, las palabras que se quisieron decir pero que no se pronunciaron, los «te quiero» que se quedaron en silencio, los abrazos que no se dieron, las decisiones que se tomaron y las consecuencias de lo decidido que hubieran sido otras si se hubiera actuado de otro modo. Por otro lado, el cerebro busca una solución, un modo de escapar, una salida, un querer trastocar un destino que está escrito y que no tiene vuelta atrás.

La puerta se volvió a abrir. El miedo activa los sentidos de tal modo que pude escuchar cómo entraban al menos tres personas en la sala.

— ¡Déjenos solos! —ordenó una voz que reconocí al momento. Era Cromacio Vila.

— Lo que ordene su Excelencia, pero ¿no deberíamos quedarnos aquí para protegerle?

— ¡Soldado, no contradiga a su Excelencia y haga lo que le han ordenado! ¡Quédense en la puerta! —esa voz también la reconocí. Era María.

La puerta volvió a cerrarse. No sé si fueron unos segundos o unos minutos en los que no se escuchó más que el silencio. Puedo asegurar que en momentos en que la muerte está cercana el silencio se oye, deja de ser una metáfora. Daba la sensación de que nos habían vuelto a dejar solos. Tanta calma acojonaba, y mucho. En cualquier momento nos podían volar los sesos y con los que allí se encontraban esa era muy posible.

— ¡Quítenles las capuchas! —ordenó Cromacio Vila.

Necesité un tiempo para acostumbrar mis ojos a la claridad de las luces de la sala. Aquel lugar parecía el vending de una oficina: un sofá, un mueble con un microondas, una nevera y máquinas expendedoras de café, sándwiches y bollería industrial. Miré a los lados para ver a Martha. Tenía la cara blanca y la mirada perdida. Seguramente su cabeza rememoraba la paliza que le dieron hacía unos meses. Intenté mover los brazos pero las esposas lo impedían. Forcejeé sabiendo que era imposible soltarme pero mi cabeza me ordenaba que lo hiciera. Ante mí se colocó Aurelio. Le miré y le pregunté:

— ¿Por qué?

— Era necesario. Lo siento Sergio, pero lo que estábamos haciendo no era correcto.

— ¡Eres un hijo de puta! ¡Confié en ti!

No respondió. Se sentó en el sofá y se puso a mirar la pistola que empuñaba.

— Bueno, bueno. ¡Mira quién está aquí! ¿Acaso pensabas que podías dar un Golpe de Estado sin el apoyo del Ejército? Eres un iluso, Sergio Pan, un puto idealista. ¿Creías que podrías restaurar la democracia? Pues no. España es nuestra, ¡te enteras! —dijo Cromacio Vila.

— España es del pueblo y el pueblo es el que tiene el poder, no tú. Tú le has robado al país su futuro. Tal vez yo muera, pero la semilla ya está sembrada y tenemos el apoyo de todos los países democráticos. Tarde o temprano caerás. Tarde o temprano el pueblo despertará y se enfrentará directamente a ti y a la chusma fascista que has puesto en el Gobierno.

— ¿Qué semilla? ¿La que está escondida en ese Refugio Real? Antes de que amanezca serán historia. Un comando del Ejército se dirige hacia allí ahora mismo. Vamos a reventar el lugar con explosivos y tú vas a ser testigo de ello.

Martha no hacía más que mirar a María y a Aurelio que parecían divertidos ante la situación. Yo me callé. Todos iban a morir. Me sentía responsable.

— ¿Qué había de malo en nuestra democracia para que asaltaras el poder? —preguntó Martha.

— España no es un país preparado para ser democrático. El pueblo necesita un poder fuerte que le dirija. Darles la capacidad de decisión es una irresponsabilidad y los resultados están ahí. Si el Régimen de Franco se hubiera mantenido después de su muerte nuestra Patria sería ahora mismo una potencia mundial. Ni los rojos de mierda como vosotros podéis negar una evidencia así.

— Eso que dices es una gilipollez que está muy bien para tus discursos pero nada más.

— ¡Un respeto a su Excelencia! —intervino Aurelio. Se levantó y me dio un golpe con la culata de su pistola que me dejó algo aturdido.

— ¡Quieto! Hay que respetar a nuestros ilustres invitados —dijo el Presidente con cierta retranca.

La cabeza me daba vueltas. Me sentía algo mareado.

— No le puedo tener respeto a quien no lo merece —dije.

— Sabes perfectamente que vas a morir, ¿verdad?

— Sí.

— Y esa zorra también, ¿verdad?

— Sí.

En ese instante un soldado encapuchado entró en la sala anunciando que un grupo de hombres armados se acercaba al Palacio. Seguramente sería el equipo de Mikel que desconocía la traición de Aurelio.

— ¡Acaben con ellos! —ordenó Cromacio Vila.

— ¡A sus órdenes! —y se retiró rápidamente.

A los pocos segundos pudimos escuchar disparos en el exterior. La refriega duró varios minutos y, por el sonido, supimos que estaban utilizando armamento pesado. Martha y yo nos miramos y, a la vez, fijamos nuestros ojos en Aurelio.

— ¿Esto es correcto? ¡Van a morir tus hombres!

— Son daños colaterales —respondió con displicencia—. Y no son mis hombres. Es la gente que recluté para descubrir a los traidores que había en nuestras Fuerzas de Seguridad, en nuestro Ejército y en los Servicios de Inteligencia. Ahora van a ser eliminados.

Cromacio Vila sonreía satisfecho por lo que estaba escuchando, tanto por lo de fuera como por lo dicho por Aurelio. Al final nuestro intento de Golpe de Estado lo que iba a lograr era fortalecer su Régimen. Finalmente habíamos conseguido perpetuar la dictadura cuando el objetivo era el contrario. La sensación de responsabilidad sobre todo lo que estaba ocurriendo y lo que pasaría en el futuro a los españoles me ahogaba. Me sentía mareado. Martha permanecía impassible pero de su mirada había desaparecido el miedo para sustituirlo por el odio. Sus ojos echaban fuego. Sus labios se apretaban de tal manera que su boca quedaba minimizada en una pequeña línea. Mi garganta estaba totalmente seca.

— ¿Me podéis dar un poco de agua, por favor?

Aurelio se levantó y sacó una botella de la máquina y me puso en la boca. Bebí mientras el volumen de los disparos del exterior iba siendo menor. El combate estaba finalizando. También se la ofreció a Martha. Ella la rechazó y le lanzó una patada que esquivó con agilidad.

— ¡Uuuuuhhh, la zorrita se pone farruca! —exclamó divertida María. Se incorporó y le pegó un puñetazo en la cara, en el lado contrario al que le habían dañado cuando fue torturada el día de las elecciones. Un hilo de sangre brotó de la comisura de sus labios.

El intercomunicador de Aurelio anunció que los asaltantes habían sido abatidos.

— ¿Todos muertos? —preguntó.

— Afirmativo.

— ¿Hemos tenido bajas?

— Dos heridos. Ningún muerto.

— Perfecto.

Daba la sensación de que el ex policía había tomado el mando. De un bolsillo de su chaqueta sacó un teléfono satelital, marcó un código y lo colocó encima del mueble del microondas. A los pocos segundos escuchamos la voz de una mujer que notificó que ya estaban penetrando en el Refugio Real. María pidió que no cerrara la comunicación porque el Jefe del Estado se encontraba supervisando la operación. Oímos cómo se daban órdenes, cómo afirmaban que los explosivos habían sido colocados y que la cuenta atrás se iniciaba. Pasaron cinco minutos de intenso silencio:

— Tres, dos, uno...

Sonó una gran explosión.

— Vamos a entrar —dijo la mujer

— No. Poned otra carga en la salida y sellad el lugar —ordenó el Presidente.

— ¡Si ha habido supervivientes morirán asfixiados!

— Cada cual tiene lo que se merece. Esos que están en ese sitio son traidores a la Patria, indeseables que merecen una muerte lenta y dolorosa —dijo con una frialdad que asustaba—. Y ahora dime, ¿dónde habéis metido a Neus Yuste y a los ministros?

— No lo sé.

Fue lo primero que se me ocurrió. La negación. Sin embargo, la pregunta me había pillado desprevenido. Lo lógico era que Aurelio y María le hubieran informado de que se les había retenido en el Refugio Real.

— ¡Tú sabes dónde están! ¡Dínoslo! —me gritó la pelirroja.

— ¡Yo no sé nada! —algo estaba ocurriendo allí. Ella misma los había visto entrar encapuchados en el hangar antes de salir hacia Madrid.

— ¡O nos lo dices o le reviento la cabeza! —sacó su Glock y encañonó a Martha.

Vi cómo Aurelio se metía la mano en el bolsillo de su americana, como si buscara algo.

— ¡Para! —grité.

— Señorita, por favor, aquí no quiero sangre y sesos —dijo Cromacio Vila.

— Como ordene su Excelencia.

— Antes o después terminará confesándolo. En cuanto recuperemos las comunicaciones vendrán unos amigos míos que le ayudarán a recordar.

Sabía a quiénes se refería pero no me daban miedo. Neus Yuste y todos los demás habían muerto en el Refugio. Pero, ¿por qué el Presidente no sabía nada, por qué Aurelio no se lo había contado cuando le informó de la existencia de aquel lugar? Estaba confuso. No entendía nada de lo que estaba pasando allí. ¿No sería que el Golpe de Estado fue pensado para que fuera el ex policía quien asumiera el poder y en vez de restaurar la democracia se hiciera cargo él de gobernar?

En ese instante entró un oficial en la sala. Traía las ropas sucias y su fusil de asalto, un HK G36, aún echaba humo.

— Excelencia, queda usted detenido —se quitó el pasamontañas y apuntó con su arma a la cabeza de Cromacio Vila. Era Mikel.

IX

Martha, Aurelio y yo nos sentamos en uno de los parterres del Palacio mientras veíamos cómo Mikel y María se llevaban esposado a Cromacio Vila.

— Tenéis que perdonarme por todo lo que habéis tenido que pasar estas últimas horas. Era necesario que no supierais nada de esta parte del plan. Siento haberos insultado y pegaros.

— ¿Por qué nos lo ocultaste? Y, sobre todo, ¿qué es lo que ha pasado?

— Necesitábamos que esta parte fuese lo más creíble posible porque íbamos a estar delante de ese fascista. No tenía confianza en vuestras dotes interpretativas y podíamos generar ningún tipo de desconfianza en el Presidente. Se lo tenía que tragar y para que eso ocurriera era absolutamente necesario que creyeseis que todo lo que pasaba no formaba parte de una representación. Os explicaré cómo lo hemos hecho.

» El primer paso era dejar incomunicado a todo el mundo. Por eso los hackers que visteis intervinieron todas las redes telefónicas porque de ese modo el país se quedaba sin telefonía móvil, fija e internet. Al ser por la noche y con el Toque de Queda la gente no se sintió afectada. La gran mayoría estarían dormidos. Sabíamos que Neus Yuste y Jonás Juárez estaban en el Bernabéu supervisando los últimos detalles para las ejecuciones que tenían programadas para mañana. Al no poder comunicarse con el Palacio se verían obligados a trasladarse aquí. Como no se sentían amenazados tomarían la ruta más corta, es decir, bajando por la Castellana hasta la Cibeles para seguir por la Gran Vía, Plaza de España, Princesa y carretera de La Coruña. En Cibeles inutilizamos uno de los coches escolta y les obligamos a cambiar la ruta hasta Atocha para seguir por las Rondas y por Bailén. A la altura del Rastro inutilizamos al segundo de los vehículos y les bloqueamos la salida por la Puerta de Toledo por lo que no les quedaba más remedio que continuar por la Ronda de Segovia. En el parque de Atenas asaltamos el Audi donde iban Yuste y Juárez. Allí fue donde la cogimos. Por desgracia el general murió porque, el muy imbécil, no llevaba el cinturón de seguridad puesto, lo mismo que los dos policías. Necesitábamos los códigos de seguridad que Neus Yuste tenía en su poder para acceder a la red eléctrica y dejar inoperativas todas las centrales del país. Una vez hecho esto ya teníamos aislado a Cromacio Vila. Como no es un hombre con iniciativa intuíamos que convocaría a su Gobierno, al Jefe de la Policía y a Jefe del Estado Mayor de la Defensa. Enviamos a nuestros hombres a sus domicilios para retenerlos y llevarlos al Refugio. No hubo ningún problema salvo en el caso de Rogelio Martínez y del general Millán Guzmán que recibieron a nuestros hombres con disparos. Al repeler la agresión ambos murieron.

» Por otro lado, intuíamos que Cromacio Vila utilizaría la emisora de la policía para organizar la defensa de su Régimen. La que tenía más a mano estaba en ese retén de la Guardia Presidencial y, además, ahí podría acceder a los teléfonos satelitales que tanto las Fuerzas de Seguridad

como el Ejército tienen para evitar quedarse incomunicados en una situación de emergencia nacional. Sabíamos que pediría ayuda a las Fuerzas Especiales. Ahí entraba el equipo de Mikel quien, desde el primer momento, ya se encontraba cerca del Presidente. Gracias a los códigos de Neus Yuste pudimos manipular todas las comunicaciones que desde aquí se hacían. Nada de lo que se ordenó se llevó a efecto porque quienes atendían al otro lado eran nuestros hombres del Refugio. Cromacio Vila estaba tranquilo porque había organizado la defensa de su Régimen cuando, en realidad, estaba clavando la tapa de su ataúd. Como es un cobarde sabíamos que no saldría del retén en ningún momento.

— ¿Por qué no entraron directamente los hombres de Mikel cuando llegaron?

— Hubiera sido demasiado violento. No podíamos estar seguros de la reacción de los agentes. Era necesario dar una sensación de tranquilidad en el interior del recinto y, sobre todo, había que relajar el estado de alerta en que se encontraría el Presidente tras enterarse del ataque al convoy de Neus Yuste y de la desaparición de todo su Gobierno y de los jefes policiales, militares y de inteligencia. María y yo preparamos toda la pantomima. El último punto del plan era precisamente ese. Llevarte ante Cromacio Vila como prisionero, como si los dos hubiéramos sido dos agentes de inteligencia infiltrados.

— Es decir, me utilizaste como cebo.

— Más o menos. Había que convencerte de que era fundamental que me acompañaras a Madrid para entrar en Palacio y tomar posesión del Gobierno. No pusiste ningún problema. Sin embargo, Martha dijo que quería acompañarte. En principio me pareció una mala idea pero, pensándolo bien, la alerta se rebajaría aún más si las presas eran dos y no sólo una. Cromacio Vila estaría mucho más contento y más seguro de que el Golpe se había parado si sus principales rivales políticos, los que podrían organizar a su alrededor cualquier movimiento de oposición en la clandestinidad, habían sido retenidos. Como las comunicaciones con el retén las teníamos controladas les dijimos que fuisteis detenidos y les contamos que todo fue posible gracias a dos agentes de inteligencia, es decir, María y yo. De este modo ya teníamos acceso libre al Palacio.

— ¿Y todo el follón que se montó aquí afuera? ¿Y las explosiones en el Refugio Real?

— Lo de aquí fueron una especie de maniobras. Se disparó al aire con balas de fogueo. Lo del Refugio fueron grabaciones de explosiones. Allí no ha ocurrido nada. Nadie ha muerto.

— Me pareció que algo raro pasaba cuando el Presidente me comenzó a preguntar por dónde estaba Neus Yuste.

— Se puso muy tenso, por eso mandé un aviso a Mikel para que entrara en el retén.

— ¿Por eso buscabas algo en el bolsillo?

— Es que no encontraba el botón que apretar...

Miré a Martha. Seguía como en estado de shock. No hacía más que contemplar el movimiento de hombres armados. Estaba meditando. Algo rumiaba en su cabeza.

— ¿Y ya? —dijo—. Según lo cuentas parece que fue fácil.

— Esto lleva mucho trabajo y lo sabes. No están solamente los que se encontraban en el Refugio. Teníamos a mucha gente infiltrada que nos iba informando de los movimientos del Gobierno. Esos sí que se la han jugado.

Llegó María. Nos traía café caliente y un paquete de tabaco para mí.

— Espero que no te importe, pero es el tabaco de Cromacio Vila.

Cogí un cigarrillo, lo encendí y le di una profunda calada. Necesitaba nicotina.

— Aurelio, ¿por qué? ¿Cómo un hombre como tú que ya tenía la vida resuelta se ha metido en todo esto? —preguntó Martha.

— Es cierto, ha tenido que haber una razón más que el asesinato de tu hija —me apresuré a decir antes de que nos volviera responder con el argumento de que estaba moralmente obligado por la memoria de la joven.

— Como ya os habrá explicado Alfonso yo fui policía hasta que me jubilé. En los años del franquismo yo estuve al lado de la oposición y por ello fui arrestado en varias ocasiones por mis propios compañeros. Siempre fui un demócrata. En aquellos años me llamaban comunista aunque nunca pertenezco a ese partido. En realidad jamás estuve afiliado pero les ayudaba. Les informaba cuando sabía que iba a haber tal o cual redada e intentaba estar con ellos si los detenían. Al morir el dictador e iniciarse la Transición fui uno de los que reclamaron la desmilitarización de la Policía y por ello fui arrestado. En resumen, que no me quiero extender, siempre fui un demócrata. Nací, viví y trabajé en una dictadura y no quería que mi país volviera a esa situación. Cuando me enteré de lo que se estaba cocinando en el sector del Partido Conservador más ultra me puse en marcha. Conocía a mucha gente que cuando se enteraron de la operación se pusieron enseguida a mi disposición. Ya os conté cómo lo hicimos. Sin embargo, nos faltaba el factor político, necesitábamos una figura sobre la que asentar el nuevo proyecto de país, una persona que recuperara el consenso. No queríamos imponer a un Gobierno por las armas porque caeríamos en lo mismo que ellos. Fue entonces cuando tu figura comenzó a hacerse más presente y decidimos que eras la persona adecuada sobre la que asentar la nueva democracia, un sistema que se acercara más a la gente, que se preocupara más de la gente encabezado por un político capaz de generar el acuerdo entre los diferentes partidos. Durante los meses anteriores a las elecciones estuviste bajo nuestra vigilancia. No queríamos que te pasara nada. Por eso hicimos que nuestros hombres se mostraran para que tomaras las precauciones necesarias porque pensarías que se trataba de gente enviada por el Gobierno para vigilarte. El resto ya lo has vivido tú.

— Y ahora, ¿qué? —preguntó Martha.

— Ahora os toca a vosotros. Ahora tenéis que hacer efectiva el proyecto político que Sergio presentó a los españoles, cumplir con lo prometido y ser quienes protejan nuestra democracia para que lo que ha ocurrido en España en estos años no vuelva a suceder.

Ya se veían las primeras luces del amanecer. Aurelio se levantó y me tendió la mano para ayudarme a incorporarme.

— Vamos, Sergio. Tienes que arreglarte un poco antes de hacer una declaración por televisión y por radio. En Palacio hay una ducha. María metió en el maletero del coche una bolsa con ropa.

— ¿Vienes? —le pregunté a Martha.

— Siempre estaré a tu lado.

EPÍLOGO

Sergio Pan se despertó. Miró al techo y a la ventana del dormitorio y se dio cuenta de que aún no había amanecido. Cogió su teléfono móvil y comprobó que apenas faltaban cinco minutos para que sonara la alarma. Se giró y contempló el cuerpo desnudo de Martha Golfín. No lo podía evitar. La visión de la desnudez de la mujer con la que había compartido algo más que una relación le llenaba de gozo, le relajaba ver cómo sus pechos subían y bajaban al ritmo de su respiración. Se iniciaba un nuevo día que iba a ser decisivo para el futuro del país, no ya tanto para él. Habían pasado muchas cosas en el último año y medio, había vivido una experiencia muy intensa en el tiempo en que había ocupado la Presidencia del Gobierno. Sin embargo, se sentía satisfecho del trabajo realizado y, sobre todo, de sus compañeros políticos. Nadie había desentonado, nadie se había salido de lo pactado en el Refugio Real.

Tras la caída de la dictadura de Cromacio Vila los partidos comenzaron a trabajar en poner sobre la mesa todas sus propuestas para el periodo constituyente hasta la convocatoria del referéndum en el que los ciudadanos deberían avalar con su voto el proyecto de nueva Constitución o rechazarlo. Finalmente, se decidió que las Cortes tuvieran una representación igual para cada una de las formaciones para, de este modo, dar una imagen de unidad. Lo mismo ocurrió con el Gobierno que presidió Sergio Pan. Todos los ministerios estaban ocupados por miembros de diferentes partidos. En ese año y medio, además de aplicar el proyecto político generado en el Refugio Real se hicieron reformas que eran urgentes y que no podían esperar.

Los españoles votaron en el referéndum. No se les presentó un solo punto, sino que en diversos aspectos se les pedía un voto concreto. Todos los partidos, incluso el Conservador, estuvieron de acuerdo en que uno de los mayores errores de la Transición fue votar la Constitución monolíticamente hurtando a los ciudadanos la posibilidad de dar su aprobación o su negación a ciertos puntos fundamentales para un Estado como, por ejemplo, el sistema de protección social, el sistema territorial, la laicidad, las libertades civiles o la forma de Jefatura del Estado. Es cierto que en 1978 podía ser peligroso plantear alguno de esos aspectos de manera individualizada por el rumor constante de los cuarteles pero fue un error, al fin y al cabo. Ya habían pasado más de cuarenta años de la muerte de Franco y un año de la caída de la dictadura de Cromacio Vila por lo que la sociedad española ya estaba preparada para tomar la decisión sobre todas y cada una de esas cuestiones de manera individualizada.

Sergio Pan puso los pies sobre el frío suelo y se incorporó. Rápidamente se puso la ropa interior y se dirigió al cuarto de baño donde se duchó. Se acercó de nuevo a la cama para preguntar a su compañera si quería desayunar. Ella lanzó un gruñido que era una clara declaración de que se quedaría acostada un rato más. Tras comerse un par de tostadas y de beberse un café con leche, se vistió y salió a la calle. A pesar de que era el Presidente del Gobierno no había querido cambiar su residencia al Palacio sino que siguió viviendo en su piso. Evidentemente, algunas cosas cambiaron como, por ejemplo, la presencia constante de una pareja de policías en la puerta del bloque y de una furgoneta con otros seis agentes encargados de su seguridad. Él lo

entendía como algo normal pero echaba de menos poder salir de su bloque con total libertad o de moverse por Madrid sin ir acompañado por un par de escoltas de paisano. Caminó hasta el bar de Salazar tras comprar la prensa en el quiosco de Rodrigo. Nada más cruzar la puerta se dio cuenta de que ya le tenían preparado su café y el de sus escoltas. Desde el día en que asumió la Presidencia volvió a retomar la rutina de tomarse al menos un café en el bar del barrio, como lo había hecho durante toda su vida. Todos los días tenía una discusión con Salazar porque éste se negaba a cobrarle las consumiciones y Sergio Pan se empeñaba en pagarle sobre todo cuando se enteró de que también invitaba a los agentes de uniforme que le custodiaban.

— Lo siento, Sergio, pero no puedo cobrarte. Has hecho tanto por nosotros que me sentiría sucio si cogiera el dinero —le dijo un día en que se puso muy cabezón y quiso meterle a la fuerza un billete de cincuenta euros en la caja. La expresión del camarero delató tanta sinceridad que, aunque siempre intentaba pagar, ya no lo hizo con tanta violencia.

Ese día le esperaban Aurelio, Mikel y María. Habían quedado para charlar un rato antes de que Sergio Pan se acercara al colegio electoral donde tenía que votar. Las reuniones de los que habían estado en el Refugio Real fueron continuas desde que la caída de la dictadura de Cromacio Vila. Unas veces se producían en el Palacio, otras en el Congreso, pero siempre intentaban hacerlas en el bar de Salazar porque, como bien decía Martha, allí podían hablar con total libertad como si fueran una cuadrilla de amigos, cosa que también podían hacer en los otros lugares pero que ellos no lo sentían así. Sus conversaciones oscilaban entre el análisis de cómo estaban yendo las cosas en el país, en el recuerdo de anécdotas de los meses que estuvieron ocultos y preparando el Golpe de Estado y en reírse mucho, sobre todo eso, en reírse mucho. Los tres habían insistido mucho en acompañar a Sergio a votar y él también quería que sus amigos estuvieran con él. Le faltaba Martha pero era normal que hubiese preferido quedarse en la cama después de la noche frenética que habían pasado. Él estaba machacado.

Aquel día los españoles decidían quién iba a ser el Presidente de la República y cómo quedaría dividido el Congreso de los Diputados. Sí, España volvía a ser una República después de ochenta años. Fueron los ciudadanos quienes lo decidieron en el referéndum y sería la viuda del último Rey la que hiciera el traspaso de poder al nuevo Jefe del Estado. Sergio Pan no se presentaba porque creyó que su misión había concluido con éxito el día en que los españoles votaron y aprobaron el proyecto político y la nueva Constitución que entre todos los grupos políticos habían redactado.

Mientras tomaban el café comentaron las penas que los jueces habían impuesto a Cromacio Vila, a su Gobierno y a todos los gerifaltes de la dictadura. Fueron sentencias muy duras. La gran mayoría moriría en la cárcel ya que no tendrían ningún beneficio penitenciario ni de reducción de pena. Era lo menos que se podía pedir a la justicia de un país cuya democracia había sido atacada de tal modo.

Aurelio miró a Sergio, le puso la mano en el hombro y le dijo:

— ¿Nos vamos?

Sergio Pan miró el reloj, sonrió y asintió. Se despidió de Salazar y dijo:

— Sí, amigo Aurelio, vámonos. El futuro nos espera.

[\[1\]](#)

Esperar a que el mañana llegue rápido y que
Desvanezca cada pensamiento.
Dejar que el paso del tiempo lo vuelva
Todo un poco más claro
Porque nuestra vida en el fondo no es
Nada más que
Un instante eterno